
BARBARA
McCAULEY
Legado de mentiras

Un legado de mentiras
Barbara McCauley
11º Blackhawk-Sinclair

Legado de mentiras (2006)
Título Original: Blackhawk legacy (2004)
Serie: 11º Blackhawk-Sinclair
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo Especial 3
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dillon Blackhawk y Rebecca Blake

Argumento

Había huido de su pasado tanto como había podido, pero ella lo obligaba a enfrentarse a él.

Con un padre que había traicionado a su propia familia y una madre que prefería no ver la realidad, Dillon Blackhawk había prometido no regresar jamás a Wolf River, Texas. Pero entonces apareció en su vida una mujer que tenía algo que él necesitaba desesperadamente: las respuestas a todo un legado de mentiras.

Barbara McCauley - Un legado de mentiras – 11 Blackhawk-Sinclair *Dejando atrás su plácida vida, Rebecca Blake se adentró en la misión de desvelar todos aquellos secretos. Pero al encontrar a Dillon, también se despertó el deseo que durante tanto tiempo se había negado a sentir.*

Capítulo 1

Despertó del sueño a medianoche.

Dillon Blackhawk estaba tumbado sobre su espalda, apretando las sábanas húmedas entre sus manos y respirando profundamente. Como siempre, le llevó unos segundos darse cuenta de dónde estaba. En qué ciudad, en qué pueblo, en la cama de quién.

No importaba. Para él eran todas iguales. Caras diferentes, quizá, distintos trabajos pero, aun así, lo mismo.

Medianoche. Volvió a cerrar los ojos. Siempre era medianoche.

Dillon se sentó al borde del colchón esperando a calmarse y se pasó la mano por el pelo, que no se había cortado en meses.

No iba a poder dormir. Dillon había aprendido eso en los últimos dieciséis años. Al principio había intentado luchar contra ello; lo llevaba en la sangre. Sangre de guerrero que se transmitía con orgullo de generación en generación. Pura sangre Cherokee.

Pero «las criaturas de la mente», como solía llamar su abuelo a los demonios del sueño, no luchaban limpio. Disfrazados con pieles de animales, se arrastraban silenciosamente en la oscuridad. Como las sombras, se deslizaban y traspasaban las defensas, despertando los recuerdos y los sentimientos que Dillon había bloqueado hacía tiempo. Había conseguido mantener a las criaturas alejadas pero, durante las pasadas tres semanas, se habían mostrado despiadadas, invadiendo sus sueños constantemente.

Desnudo, Dillon se levantó y pasó por encima del perro, que dormía a los pies de la cama. Bowie levantó la cabeza ligeramente y luego volvió a aposentarse con un suspiro. El animal estaba acostumbrado al insomnio de su dueño, así que, simplemente, lo aceptaba como parte de la rutina.

Dillon entró en el cuarto de baño pero no se molestó en encender la luz. El suelo de baldosas estaba frío bajo sus pies, un alivio en aquel cálido verano del oeste de Texas. La luz de la luna entraba por la ventana del baño y lo teñía todo de gris. Dillon se lavó la cara con agua fría, luego se agarró a los bordes del lavabo de porcelana y echó la cabeza hacia atrás. Se quedó mirando al techo y escuchando el goteo del grifo al tiempo que respiraba los olores provenientes del jardín de María Guadalupe.

Cilantro, guindillas, romero y albahaca.

Hacía seis meses que Dillon había alquilado una habitación, un antiguo garaje, detrás de la casa de ladrillo de su casera. A María, una viuda con el pelo gris y constitución ancha, le encantaba cocinar tanto como le encantaba comer. Cada domingo enviaba a su nieto Juan, de

nueve años, con una cesta de chilis rellenos y de trigo caseras. Juan insistía en que su abuela lo abofetearía si Dillon no aceptaba la comida. Aunque Dillon sabía que María levantaba la voz de vez en cuando, también sabía que jamás le pondría una mano encima a su único nieto.

Había criado al niño ella sola desde que tenía seis años y, el pequeño Juan, con sus enormes ojos marrones y su sonrisa perenne, era la mayor alegría de María.

Así que Dillon simplemente aceptaba la mentira al igual que aceptaba la cesta pero, aparte de algunas reparaciones domésticas para su casera, no le ofrecía nada a cambio. No tenía nada que ofrecer. Ni a los Guadalupe ni a nadie más.

Miró al espejo que había sobre el lavabo pero el cristal sólo le devolvió una cara gris sin rasgos. Pensó que quizá por eso sus sueños habían sido tan frecuentes últimamente. Quizá sin darse cuenta se hubiese acercado demasiado a la línea que jamás había cruzado. Deseando cosas que no eran de su incumbencia. Quizá por eso se había sentido incómodo en los últimos días, como anticipando que algo, o alguien, se acercaba.

Dillon se sacudió las gotas de agua de la cara y del pecho y se pasó ambas manos por el pelo. Al día siguiente era viernes. Día de pago. Tras pagarle a María el alquiler del mes, se gastaría lo que le quedase en cerveza y unas cuantas partidas de billar. Alguna mujer ayudaría también a liberar tensiones. Llevaba demasiado tiempo sin compañía femenina.

Cerveza fría y sexo caliente. ¿Qué mejor solución para dormir bien por la noche?

Satisfecho con aquella idea, Dillon regresó a la cama y esperó a que amaneciera.

El bar se alzaba solitario a las afueras del pequeño pueblo. Las bombillas de las farolas brillaban escasamente sobre el aparcamiento infestado de malas hierbas.

Sobre el tejado del establecimiento de madera, un cartel de neón amarillo decía Backwater Saloon.

Mientras aparcaba su pequeño sedán blanco entre dos furgonetas con remolque, Rebecca Blake consideró que no se trataba de un nombre muy original pero, desde luego, encajaba en el lugar.

Resolute, Texas. Población, 2.346

Tras conducir más de setecientos cincuenta kilómetros de llanura, autopistas interminables y carreteras secundarias polvorientas, había acabado allí. Resolute parecía ser como el resto de pueblos pequeños por los que había pasado Rebecca desde que había aterrizado en el

aeropuerto de Midland. Una calle larga y principal, edificios de ladrillo de los años veinte y, al menos, un bar, si no dos, donde los lugareños se reunían después del trabajo.

De acuerdo con la guía de viaje que Rebecca había leído, Resolute, como muchos otros pueblos de Texas, había prosperado gracias al petróleo cuando un ranchero en busca de agua se había topado, en su lugar, con oro negro. Aunque ese apogeo petrolero ya había cesado, seguía quedando suficiente petróleo para abastecer una pequeña refinería y dar beneficios suficientes para que aquel pequeño pueblo siguiera apareciendo en los mapas.

Sin embargo, el Backwater Saloon era cualquier cosa menos tranquilo. Incluso con las ventanillas del coche subidas, Rebecca pudo oír la música country del establecimiento cuando las puertas al estilo del viejo oeste se abrieron y dieron paso a un par de hombres. Mientras se reían, ambos se encendieron unos cigarrillos y se apoyaron sobre la barandilla de madera a fumar. Su conversación era animada y ambos iban vestidos de forma casi idéntica: vaqueros, botas, camisas de rayas remangadas hasta los codos. La única diferencia era que uno llevaba una gorra de béisbol y el otro un sombrero vaquero.

Rebecca había visto más vaqueros, sombreros y botas en los últimos tres días que en sus veintiocho años de vida. No es que la gente en Boston no llevara vaqueros. Por supuesto que se llevaban. Incluso ella tenía algunos. Pero en Texas era más bien el modo de llevarlos lo que lo hacía diferente. Era como si aquel tejido les perteneciera. Lo llevaban con la misma aceptación y seguridad con la que la realeza llevaba las coronas. Allí el vaquero no tenía nada que ver con la moda sino con la funcionalidad.

De pronto una rubia salió por la puerta del bar como una stripper de una tarta.

Su falda roja era lo suficientemente corta como para que la arrestaran en la mayoría de estados y su camiseta blanca tan ajustada como para cortarle la circulación. Se abrazó a uno de los hombres, el más alto, el que llevaba el sombrero, y, acto seguido, los tres regresaron al bar.

Rebecca nunca había estado en un lugar como el Backwater Saloon. Ni siquiera había visto uno así antes de ir a Texas. Habría mentido de no admitir que tenía miedo. Más bien estaba aterrorizada. Entrar en un bar plagado de hombres un viernes por la noche no era lo más inteligente que hubiera hecho recientemente. Si acaso, era algo totalmente estúpido. Una locura.

Sólo podía imaginarse lo que dirían su hermano y su hermana si

supieran dónde estaba y lo que estaba haciendo. Melanie se pondría hecha una fiera y trataría de razonar con ella. Sean, por otra parte, probablemente la mataría.

Pero no podía permitir que eso la detuviese. Había llegado demasiado lejos, ya había esperado demasiado. Le gustara o no, iba a hacerlo esa misma noche.

Tras tomar aire, Rebecca abrió la puerta del coche y salió, sintiendo inmediatamente el calor y la humedad del ambiente. A pesar de haberse recogido el pelo con una coleta, varios mechones comenzaban a rizársele, rebelándose contra la humedad. Más por nervios que por vanidad, Rebecca se enderezó el cuello de su blusa rosa de manga larga y se ajustó el cinturón de sus pantalones negros.

«Puedes hacerlo», se dijo a sí misma mientras se colgaba el bolso al hombro y cerraba la puerta del vehículo. No había dado más de dos pasos cuando una masa de pelo y dientes afilados se abalanzó sobre ella desde el remolque de una de las furgonetas aparcadas a su lado.

Con un grito de pánico, Rebecca se encaramó sobre el capó de su coche y se dio cuenta, aliviada, de que el perro estaba atado con una correa en el remolque. El animal, que parecía una mezcla entre un oso y un pastor alemán, continuó ladrando.

—Buen perro —dijo Rebecca mientras se apartaba lentamente sin dejar de mirar al animal—. Perro bueno. Quieto.

Finalmente, el perro se sentó, sin dejar de mirarla fijamente. Con el corazón latiéndole con fuerza, Rebecca se dio la vuelta y comenzó a atravesar el aparcamiento hasta llegar al porche de madera del bar. Un cartel sobre la entrada rezaba: No se permiten perros ni lagartos.

Dado que el cartel no decía nada sobre profesoras de tercer grado de Boston, Rebecca empujó las puertas de madera.

Una vez dentro, una nube de humo la golpeó con fuerza mientras el aire frío se impregnaba en su piel caliente y húmeda. Por encima de la conversación y de la música que reconoció como una canción de Willie Nelson, podía escucharse el sonido de las bolas de billar en una mesa en una de las esquinas. Cervezas de neón colgaban de las paredes, inundando el interior con brillos amarillos, rojos y azules.

Al dar otro paso hacia delante, la sala, a excepción de la canción de Willie Nelson, quedó en silencio.

Parecía como si todas las cabezas del lugar se hubieran girado hacia ella al mismo tiempo. «Ya está», pensó Rebecca tratando de tragarse el nudo de pánico que sentía en la garganta. «Voy a morir».

Aunque, probablemente, sólo pasaron unos segundos, le pareció una eternidad antes de que las conversaciones volvieran a fluir lentamente y el juego de billar prosiguiese su curso. Aunque sabía que

todos seguían mirándola, Rebecca se acercó a la barra y se sentó en el único taburete disponible. A su izquierda, un hombre joven y delgado con patillas tipo Elvis Presley y nariz aguileña le dirigió una mirada de curiosidad, mientras que, el hombre mayor de su derecha, se tocó el ala del sombrero vaquero y sonrió, haciendo que su cara se llenara de arrugas.

—¿Qué tal? —dijo el hombre con una voz seca y ronca—. Elton Potter.

—Señor Potter —dijo Rebecca con una leve sonrisa—, Rebecca Blake.

—La gente me llama Elton —dijo el hombre—. Por aquí no somos muy elegantes.

Rebecca miró a su alrededor y observó la sala llena de humo, el polvo en el suelo de madera y la cabeza de búfalo que había colgada sobre la mesa de billar.

Además, la piel de una enorme serpiente de cascabel adornaba la entrada a los servicios.

Desde luego, Elton tenía razón al decir que no eran muy elegantes.

De pronto apareció un camarero limpiando un vaso con un trapo. No era muy alto, tenía la nariz achatada y los brazos anchos.

—¿Qué le pongo?

—Chardonnay, por favor.

El hombre a su izquierda se rió pero, cuando el camarero le dirigió una mirada de reprobación, se aclaró la garganta y se centró en la cerveza que tenía en la mano.

Rebecca se dio cuenta del cartel que había al otro lado de la barra y que decía: No te metas con Texas ni con Lester. Al parecer, ése era Lester.

El camarero sacó una botella de vino blanco de debajo de la barra, le quitó el polvo con un trapo, la abrió y sirvió el vino en un vaso de whisky. Deslizó el vaso sobre la barra de madera y colocó junto a la bebida una pequeña servilleta de coctail.

—Veinte dólares —dijo.

—¿Por un vaso de vino? —preguntó Rebecca sorprendida.

—Por la botella —dijo Lester cruzándose de brazos—. Y por cualquier otra cosa que ande usted buscando por aquí.

Desde luego, el hombre no tenía pelos en la lengua, pensó Rebecca. Dio un trago al chardonnay y se atragantó. Le habría dado lo mismo pedir una botella de vinagre.

No importaba. No había ido allí en busca de buen vino y servicio agradable.

Dejó el vaso a un lado, buscó en su bolso y sacó dos billetes de

veinte y un bolígrafo. Escribió algo en la servilleta y la deslizó sobre la barra.

Tanto Elton como Elvis levantaron el cuello para ver lo que había escrito, pero el camarero agarró la servilleta a toda velocidad, leyó lo que había escrito y luego miró a Rebecca.

—No he oído hablar de él —dijo Lester, arrugando la servilleta y lanzándola al cubo de la basura.

—¿Quién? —preguntaron Elton y Elvis al mismo tiempo.

Lester les dirigió una mirada que podría haber atravesado el acero y Rebecca se preguntó por qué sería. Si el camarero realmente no reconocía aquel nombre, ¿por qué estaría tratando de silenciar a Elton y a Elvis?

—¿Por qué está buscando a este tipo? —preguntó Lester.

—Es un asunto personal.

—¿De verdad? —dijo Lester apoyando las manos sobre la barra e inclinándose hacia Rebecca—. ¿Cómo de personal?

No le gustó el tono ni la sugerencia de aquel hombre, pero Rebecca no estaba allí buscando que la invitaran a la cena de Acción de Gracias. Quizá aquel hombre supiera algo y quizá no. No iba a marcharse hasta que no lo supiera con seguridad.

—Soy amiga de la familia —dijo ella mientras sacaba otro billete del bolso—.

Quizá podría usted preguntar.

Sin cambiar de expresión, el camarero miró el dinero pero no dijo nada.

—Iré al baño mientras usted se lo piensa —añadió Rebecca mientras se bajaba del taburete, sintiendo la gruesa capa de polvo que cubría el suelo—. Vigile mi vino,

¿de acuerdo, Elton?

—Claro, señorita —dijo el hombre con una sonrisa.

Una vez más, la actividad en la sala se detuvo mientras ella cruzaba hacia el baño. Aun así, Rebecca mantuvo la cabeza alta y los hombros estirados. No se apresuró, pero tampoco se detuvo. Cruzó la mirada con algunos clientes del establecimiento, hombres y mujeres, pero no la mantuvo. Si algo había aprendido dando clase a niños de ocho años, era a no mostrar miedo. El mínimo escalofrío, el menor temblor, y todo el control que tuviera sobre la situación desaparecería.

Un par de hombres la saludaron educadamente con un movimiento de cabeza.

Rebecca les devolvió el saludo pero no sonrió, sabiendo que las mujeres del local ya estaban alerta, mirándola como si fuera una extraterrestre que hubiese llegado para llevarse a los hombres a la

nave nodriza.

Pero ella había ido allí buscando exclusivamente a un hombre. Un hombre en el que estaba vagamente interesada. Había recorrido todo el oeste de Texas, de pueblo en pueblo, con la esperanza de encontrarlo. Algo en los ojos de Lester le decía que, por fin, había llegado al lugar indicado.

A pesar de lo nerviosa que estaba, también sentía cierta excitación en el estómago.

Encaró el pasillo que daba a los baños. La sala de la derecha tenía el dibujo de un vaquero en la puerta. La de la derecha, una vaquera. Pero Rebecca no entró. Sin embargo, se quedó esperando y luego se asomó al bar.

Lester había desaparecido.

Escaneó la habitación con la mirada y divisó al camarero de pie junto a una de las mesas de respaldo alto al otro lado de la sala. No podía ver con quién estaba hablando pero vio que Lester sacaba una bola de papel del bolsillo de su delantal y la colocaba sobre la mesa. A no ser que le fallara la vista, se trataba de la servilleta que había tirado a la basura. El camarero asintió un par de veces y luego miró por encima del hombro hacia los lavabos. A Rebecca le dio un vuelco el corazón y se escondió a toda prisa.

¿Sería él? Una parte de ella quería que así fuera, necesitaba que así fuera. Pero otra parte estaba aterrorizada ante la posibilidad.

Se sentía como la mujer en una película de terror que oye ruidos en el sótano.

Era una locura bajar a ver. ¿Quién en su sano juicio bajaría? La voz de la razón, como el público en el cine, le decía a gritos que saliera corriendo, que era tonta.

Rebecca dio un brinco cuando la puerta del servicio de señoras se abrió de golpe. Una nube de risas y colonia fuerte precedió a las dos mujeres que salieron por la puerta. Rebecca reconoció a una de ellas. Se trataba de la rubia que había salido del bar y había hablado con los hombres del porche. La morena que iba a su lado llevaba una camiseta roja que dejaba al descubierto su cintura, una falda corta vaquera y botas de piel de serpiente rojas.

La rubia miró a Rebecca con interés y levantó una ceja excesivamente perfilada.

—¿Te has perdido, cariño?

—No, si éste es el servicio de señoritas —dijo Rebecca con una sonrisa.

La rubia pareció sopesar la respuesta de Rebecca, la aceptó y finalmente esbozó una sonrisa brillante.

—No estoy muy segura sobre la parte de «señoritas» —contestó la rubia con un fuerte acento texano— pero, si tienes que sentarte para orinar, entonces estás en el lugar indicado.

La morena comenzó a carcajearse.

—Muy buena, Dixie —dijo—. Deberías hacer monólogos.

Las dos se carcajearon tan exageradamente, que tuvieron que agarrarse la una a la otra para no caerse. Sabiendo que nunca estaba de más ser amable con los nativos, sobre todo si eran mujeres, Rebecca sonrió y vio cómo ambas se alejaban.

Tras soltar el aliento, Rebecca entró en el baño y se sintió aliviada al ver que estaba vacío. Había tres cabinas de madera, aunque en una había un cartel de «no funciona». El olor a colonia fuerte inundaba el aire, la encimera del lavabo estaba llena de quemaduras de cigarrillos y las paredes vibraban con el sonido de la gramola.

Rebecca observó su reflejo en el espejo. Pensaba que los últimos seis meses la habían cambiado. Quizá no por fuera. Puede que nadie advirtiese diferencia alguna en su apariencia externa, pero en su interior, lo que realmente importaba, ya no sabía quién era.

Había recorrido un largo camino para averiguarlo. No importaba lo que pudiese ocurrir, no iba a detenerse.

Dillon había notado el instante en el que la mujer había entrado en el Backwater Saloon. No sólo porque las botellas de cerveza se hubieran quedado suspendidas en el aire y la partida de billar se hubiese detenido. No sólo porque todas las cabezas del local se hubieran girado en su dirección.

Sino porque la había sentido.

Había sentido su presencia, había sabido, incluso antes de girar la cabeza, que había ido allí buscándolo. Había sentido su sombra junto a él durante todo el día, había tratado de achacarlo a la falta de sueño de la noche anterior. Pero, en el fondo, lo había tenido claro. Los sueños le habían advertido, pero no había prestado suficiente atención. Si así hubiera sido, habría hecho las maletas y se habría marchado aquella misma mañana.

«Debo de estar haciéndome viejo», pensó.

Dillon se dijo que no importaba y dio un trago a la cerveza que tenía en la mano. No era la primera vez que su pasado resurgía de entre las cenizas.

Probablemente no sería la última. No lo sorprendía que, en esa ocasión, hubiesen mandado a una mujer a buscarlo, sobre todo una que parecía salida de uno de los internados más refinados. Podía imaginársela caminando por una habitación con un libro sobre la cabeza, probablemente de Dickinson o de Brontë. Tenía la cara de una

heroína de una de esas escritoras victorianas: pómulos altos, piel blanca, mechones castaños que rodeaban su cara angelical y ojos grandes.

También era delgada y alta, al menos un metro y setenta centímetros. A Dillon le daba la sensación de que, bajo esos pantalones negros y esa blusa de manga larga, tenía que tener curvas. Había advertido el miedo en su mirada al entrar en el bar, pero lo había superado, había mirado a su alrededor y se había acercado a la barra con seguridad para sentarse en un taburete. Incluso había sentido cierta admiración hacia ella al ver que no se estremecía ante el intenso escrutinio de todos los asistentes al local.

Encajaba allí como un cactus en un jacuzzi pero, fuera quien fuera, y quisiera lo que quisiera, iba a mandarla a paseo tan pronto como pudiera.

Dillon observó la servilleta que Lester le había entregado. Estaba seguro de no haber visto a esa mujer con anterioridad, a no ser que hubiera estado borracho. Era una posibilidad, aunque bastante escasa. Aun así, la recordaría.

Lo que significaba que Peter la habría enviado. Aunque nunca antes había enviado a una mujer. Maldición. Debería haberse marchado mientras ella estuviera en el baño.

Pero estaba muy cómodo sentado donde estaba y, además, le quedaba media cerveza. No se lo perdonaría si se marchara antes de terminársela.

Y, para ser sincero, sentía cierta curiosidad. Observó la servilleta en la que ella había escrito su nombre, le dio la vuelta y colocó la cerveza encima. O no era muy inteligente o, desde luego, la chica tenía agallas. Más que el resto de hombres que la habían precedido. Ellos habrían ido a esperarlo al trabajo, o lo habrían esperado fuera de casa, pero no habrían puesto un pie en un lugar como aquél.

Fuera lo que fuera, dado que, aparentemente, había llegado hasta tales extremos para encontrarlo, decidió que, al menos, la escucharía.

Supo que estaba de pie a su lado. Incluso antes de que hablara, Dillon pudo captar su fragancia. Era el tipo de olor dulce y floral que un hombre no sólo quería oler, sino también saborear.

—¿Dillon Blackhawk?

Él ignoró la pregunta y su voz aterciopelada y agarró la cerveza con fuerza.

Dillon sabía que todo el mundo en el bar estaba observándolo, esperando. Inclinó la botella de cerveza levemente en su mano y luego comenzó a subir la mirada observando su cuerpo y deteniéndose a la altura de sus pechos. Redondos, contundentes, el tamaño perfecto para

la mano de un hombre.

—¿Es usted Dillon Blackhawk? —repitió ella levantando la barbilla.

Finalmente el levantó la vista y la miró a los ojos. Eran unos ojos verdes que lo pillaron desprevenido.

—¿Quién quiere saberlo?

—Me llamo Rebecca Blake —contestó ella mientras se sentaba frente a él.

El nombre no le dijo nada, pero Dillon notó que tenía una boca sensual. Al no responder Dillon, Rebecca buscó en su bolso y extrajo de él una fotografía, que luego deslizó sobre la mesa. A Dillon le llevó un momento darse cuenta de que era la foto de su graduación en el instituto. ¿Realmente había habido un tiempo en que había sido tan joven? Aparte de la foto del carné de conducir y del ejército, era la última vez que recordaba que alguien le hubiese sacado una foto. ¿Qué diablos hacía esa mujer con ella?

Aun así, no mostró reacción alguna.

—Necesito saber si he encontrado al hombre apropiado —dijo ella finalmente.

—Eso depende de lo que estés buscando, cariño —dijo Dillon levantando una ceja.

Ella apretó aquellos increíbles labios y enderezó su, ya de por sí, rígida espalda.

—¿Es usted Dillon Takota Blackhawk?

Su pregunta fue un golpe verbal que lo alcanzó de lleno. Takota. Su segundo nombre ni siquiera figuraba en su partida de nacimiento. Lo había adquirido más tarde gracias a su abuelo. Nadie lo conocía. Al menos, nadie que estuviese vivo.

—Señorita —dijo Dillon entornando los ojos—, tiene exactamente cinco segundos para decirme quién es y lo que quiere.

Capítulo 2

Una cosa era buscar a un hombre, pensaba Rebecca sin sacar las manos de debajo de la mesa para que él no pudiera ver lo mucho que temblaban. Otra muy distinta era encontrarlo.

Rebecca miró fijamente a Dillon Blackhawk, tratando de encontrar algún parecido con el chico de diecisiete años de la fotografía al que le habían ofrecido becas en todas las universidades en las que había solicitado admisión, y algunas en las que no la había solicitado, y que había desaparecido tras su graduación en el instituto. Trató de descubrir alguna semejanza remota con el capitán del equipo de fútbol y el chico encargado de dar el discurso de despedida de su clase.

Pero no había ninguna reminiscencia de aquel chico en el hombre que estaba sentado frente a ella. No había rastro de aquella sonrisa encantadora, ni del brillo de desconfianza en la mirada, ni de la inclinación rebelde de su cabeza.

Aquel Dillon Blackhawk podía haber sido esculpido a base de granito. No sólo su pecho ancho y fornido bajo su camiseta azul marino, sino también sus rasgos faciales eran severos y angulares, su boca firme y dura, sus ojos casi tan negros como su pelo largo y revuelto. Rebecca habría jurado que se había equivocado de hombre a no ser por la estructura de su cara. Los pómulos marcados, la mandíbula angulosa y la piel bronceada dejaban constancia no sólo de su herencia nativa sino de su pertenencia a la familia Blackhawk.

—Ya le he dicho quién soy —contestó ella, aunque sabía que su nombre no le diría nada—. La razón por la que estoy aquí es un poco más compleja.

—Le diré una cosa —dijo Dillon con tono de aburrimiento—, diga palabras de menos de tres sílabas y hable muy despacio. Quizá así sea capaz de seguirla.

Por raro que pareciera, Rebecca nunca había imaginado que su encuentro con Dillon fuese a ser tan difícil. Aunque no imaginaba que fuese a recibirla con los brazos abiertos, tampoco había esperado que fuese a ser tan brusco y desagradable.

El sonido del cristal rompiéndose y luego una retahíla de insultos hicieron que Rebecca se estremeciera. Miró por encima del hombro y observó el alboroto que se había formado en torno a la mesa de billar, donde dos hombres discutían hasta que un tercero intervino y los separó. Volvió a mirar a Dillon, que parecía totalmente ajeno al altercado.

—¿Hay algún lugar tranquilo al que podamos ir a hablar?

—Cariño, si vamos a un lugar tranquilo, no podremos hablar —dijo

él con los ojos negros brillantes—. Simplemente iremos directos a la parte buena.

Rebecca se dio cuenta de que estaba tratando de provocarla y, la verdad, lo estaba consiguiendo. Seis meses atrás, probablemente, habría salido corriendo. No, no probablemente. Seis meses atrás habría estado en casa corrigiendo exámenes y escuchando a Mozart en vez de estar sentada en ese bar escuchando a una mujer contar cómo su novio la había engañado con otra.

Rebecca miró fijamente a Dillon a los ojos Y dijo:

—No hay necesidad de ser grosero.

—¿Estoy siendo grosero? —preguntó el arqueando las cejas—. Yo considero groseras las mentiras y el soborno, señorita Blake. Vaya corriendo a Peter y dígale que, la próxima vez que envíe a una mujer a molestarme mientras estoy bebiendo, será mejor que sea una fulana.

Una cosa era ser grosero y otra ser vulgar. Rebecca levantó la barbilla y frunció el ceño.

—Si el soborno es el dinero que le he dado al camarero, simplemente estaba comprando información. No he mentido en nada y no tengo ni idea de quién es Peter.

—Ahora está mintiendo sobre lo de mentir —dijo Dillon poniéndose en pie—.

La conversión ha acabado.

—Espere.

Sin pensarlo, Rebecca estiró la mano y lo agarró del antebrazo. Su piel estaba caliente bajo su mano y sus músculos eran como de acero forjado. Era muy alto y Rebecca supo que, con un movimiento de su mano, podría quitársela de encima.

Cuando Dillon le dirigió una mirada de odio, también supo que debería soltarlo; desde luego una persona más sabia lo habría hecho. Pero no lo haría, y no le importaban las consecuencias. Notó cómo Dillon se tensaba por momentos y observó cómo entornaba los ojos.

No sabía qué más hacer, así que, simplemente, comenzó a hablar en un susurro.

—Nació en el condado de Wolf River, en Texas, hace treinta y tres años, hijo único. Su padre era William Blackhawk, su madre Mary. Cuando tenía ocho años tuvo un perro llamado Arroz que dormía en su habitación por las noches. Cuando tenía nueve años, se rompió el pie derecho en un concurso de equitación. Abandonó Wolf River el día después de su graduación en el instituto. Su madre murió dos meses después, su padre murió hace dos años en un accidente de avión. Posee cuarenta millones de dólares pero vive como un pobre, yendo de pueblo en pueblo, de explotación petrolera en explotación

petrolera, sin dejar dirección alguna.

En un microsegundo, los ojos de Dillon se convirtieron en auténticas llamas que la atravesaban con la mirada. Rebecca sintió la furia controlada como una corriente eléctrica que le subía por el brazo, manteniéndole la mano pegada a él. Aunque hubiera querido, no habría podido soltarlo.

Dillon miró a Rebecca fijamente y ésta se sorprendió al no derretirse bajo el calor de su mirada. No pretendía decir tantas cosas pero, entre la exasperación y la desesperación, había perdido el control.

—Ojalá pudiera decir que ha sido un placer, señorita Blake —dijo Dillon apartando el brazo—. Pero no lo ha sido. Y acaba de perder sesenta pavos.

Se dio la vuelta y se alejó sin mirar atrás. La multitud de gente parecía apartarse mientras Dillon caminaba por el bar. Un par de hombres le dijeron algo sobre una cerveza y una partida de billar, pero él no contestó y siguió su camino hacia la entrada.

Obviamente, la había rechazado.

Rebecca observó cómo Dillon desaparecía por la puerta, luego apretó los dientes y entornó los ojos. No podía dejar que se le escapara. Al menos no hasta que hubiera escuchado todo lo que tenía que decir. Si no le gustaba, entonces sí que sería un problema. Se colgó el bolso al hombro y salió corriendo tras él.

Una vez fuera, observó el oscuro aparcamiento y lo divisó abriendo la puerta de una furgoneta negra. Era la del perro. Genial. Era la manera ideal de terminar una velada perfecta. Otro encuentro con Cujo.

Claro que, con Dillon, tampoco le había ido mucho mejor.

—¡Dillon! —gritó ella mientras cruzaba el aparcamiento, pero él no respondió y ni siquiera se detuvo un instante. Simplemente subió a la furgoneta y cerró la puerta.

Rebecca echó a correr y consiguió llegar hasta la puerta del copiloto y abrirla mientras él ponía en marcha el motor. El perro atado en la parte trasera se abalanzó sobre ella, agarrando la manga de la blusa entre sus colmillos. Rebecca oyó el sonido de la tela rasgándose mientras se subía a la furgoneta.

Dillon se quedó mirándola con aire de incredulidad, luego observó su camisa rasgada y preguntó:

—¿Qué diablos cree que hace?

—Necesito hablar contigo —dijo ella casi sin poder respirar, aún con miedo de que el perro pudiera atravesar la ventana trasera de la cabina—, sobre tu familia.

—No tengo familia. ¡Bowie, siéntate! —dijo Dillon mirando al perro. El animal se sentó pero mantuvo los ojos puestos en la intrusa —. Usted misma lo ha dicho. Mi madre y mi padre murieron y no tengo hermanos ni hermanas. Ahora, dígame qué diablos quiere o salga de mi furgoneta.

—Sí que tienes familia —insistió Rebecca. Tenía que empezar por alguna parte, y Lucas era una tan buena como cualquier otra—. Un primo, Lucas. Es tres años mayor que tú.

—Muy bien. Lucas. Ése es el plan, ¿no? —dijo Dillon mientras apagaba el motor

—. Mi primo largamente desaparecido necesita unos cuantos pavos, sólo hasta que pueda recuperarse, ¿verdad?

—No —dijo ella confusa—. No hay ningún plan. Yo puedo…

—¿Por qué no me había dicho que era dinero lo que quería, señorita Blake? —

preguntó él agarrándola de la barbilla y acariciándole la mandíbula—. Dado que, aparentemente, usted es el cerebro financiero, estoy seguro de que podemos llegar a algún acuerdo.

Ella le apartó la mano de un golpe, lo cual hizo que el perro empezase a ladrar de nuevo.

—Eres el hombre más desagradable que jamás he conocido —dijo ella apretando los dientes—. ¿Es que no te entra en la cabeza que no se trata de dinero?

Lucas no necesita ni quiere tu dinero. Ni tampoco Rand, Setfi ni Elizabeth.

Dillon se quedó muy quieto y entornó los ojos.

—¿Se trata de una broma de mal gusto? —preguntó él.

Desde luego, Rebecca no había planeado decírselo de ese modo. ¿Pero por qué se sorprendía? Al fin y al cabo, nada estaba saliendo según lo planeado.

—Están vivos, Dillon —dijo ella frotándose la barbilla—. Rand, Seth, Elizabeth.

Sé que piensas que tus primos murieron en un accidente de coche hace veinticuatro años, pero están vivos.

—Y una porra —dijo Dillon—. Fui a sus funerales. Estuve frente a sus tumbas abiertas y vi sus ataúdes descender. No me diga que no murieron, señorita. Estuve allí.

—Es complicado —dijo ella, sabiendo que, decir eso, era quedarse corta— pero, si me das la oportunidad, puedo…

—Cielo, no tiene oportunidades —dijo él echándose sobre ella para abrir la puerta—. No sé lo que quiere y, francamente, no me importa. ¡Ahora largo de mi furgoneta!

Entre Dillon y el perro ladrándole, Rebecca no tuvo más opción que bajar de la furgoneta. Se tropezó contra su propio coche y se apoyó sobre el capó para recuperar el equilibrio.

Dillon puso en marcha la furgoneta y comenzó a avanzar hacia delante. Las ruedas traseras derraparon, levantando polvo y arena.

A Rebecca le quemaban las lágrimas en los ojos mientras Dillon se alejaba.

«Maldito seas, Dillon Blackhawk. Maldito seas», pensó.

Observó el brillo rojo de sus faros traseros mientras Dillon se alejaba hacia la calle principal. Cuando giró hacia la izquierda y desapareció, ella se apoyó sobre su coche y se llevó las manos a la cara.

Consideró la posibilidad de marcharse. Sería muy fácil meterse en el coche y regresar a la habitación del motel. Luego, por la mañana, ir al aeropuerto y tomar el primer vuelo, dejando que aquel hombre miserable se pudriese en su vida miserable.

Pero, le gustase a Dillon o no, y obviamente no le gustaba, él era parte de todo aquello. Rebecca no volvería al motel esa noche, y no regresaría a casa al día siguiente.

Se remangó la camisa para ocultar la tela rasgada, se pasó la mano por el pelo y luego se dirigió de vuelta al bar.

Las luces aún seguían encendidas en el salón de los Guadalupe cuando Dillon aparcó la furgoneta. Eran sólo las nueve de la noche y sabía que su casera estaría viendo la televisión. La mujer era una adicta a los reality shows, y grababa sus favoritos durante la semana para luego verlos de nuevo el viernes por la noche. El favorito de María era uno en el que un soltero comenzaba a salir con dieciséis mujeres e iba eliminándolas hasta quedarse con una.

María le había dicho una vez que iba a enviar su fotografía al concurso, que lo consideraba más sexy y guapo que cualquier otro hombre que hubiera aparecido en la tele. Él había fruncido el ceño pero, inmediatamente, ella había hecho lo mismo y se había cruzado de brazos.

—Va contra las leyes de la naturaleza que un hombre como tú esté solo —había dicho María con aire autoritario—. Necesitas una mujer. Alguien que cuide de ti. Una esposa. Espera aquí e iré a por mí cámara. Vas a ser el soltero favorito de América.

Debió de ser la expresión de pánico en su cara lo que hizo que María se riera al instante.

—Algún día, querido —había dicho con un suspiro—. Algún día.

«Ni hablar», había pensado Dillon. No necesitaba a nadie que cuidase de él y, desde luego, no necesitaba, ni quería, una esposa.

Desde la parte trasera de la furgoneta, el ladrido de Bowie sacó a Dillon de su ensimismamiento. Apagó el motor, salió de la furgoneta y desató al perro. El animal ni siquiera esperó a que Dillon bajara la puerta trasera, sino que saltó por un lado del remolque y cruzó la calle a toda velocidad hacia la casa de los vecinos, que tenían una preciosa golden retriever llamada Maggie.

Mientras esperaba a que Bowie regresara, Dillon se cruzó de brazos y se apoyó sobre la furgoneta, disfrutando de la fragancia del jazmín que había en la casa de al lado, escuchando el sonido de los grillos y el ruido del ventilador de María. Estaba demasiado furioso todavía para entrar dentro y sabía que, si lo hacía, las paredes se le echarían encima.

Al ver que Rebecca Blake había conseguido encontrarlo, se sentía furioso y confundido. Nadie en Resolute ni en ninguno de los otros lugares en los que Dillon había vivido en los últimos dieciséis años sabía nada sobre su pasado. Era así como quería que fuesen las cosas, y así pretendía mantenerlas.

Al parecer, se había confundido al pensar que Peter estaba detrás de todo eso.

Como albacea de la herencia de William Blackhawk, Peter Hansen era el único que sabía cómo contactar directamente con Dillon. En varías ocasiones, aparecía alguno de los ayudantes de Peter requiriendo su firma y aprobación para algunas de las inversiones y transacciones.

Pero Peter nunca había enviado a una mujer. Y, desde luego, nunca había enviado a alguien capaz de hablarle a Dillon de sus padres.

Incluso la noticia de la muerte de William Blackhawk le había llegado a Dillon por correo certificado después de que un detective privado lo hubiera localizado.

Peter, a su manera pragmática y eficiente, simplemente había escrito: *Dillon, lamento informarte de que te padre murió hace dos días en un accidente de avión en Nuevo México. El funeral será el jueves a la una en la iglesia de Wolf River. Mi más sentido pésame.*

Peter Hansen, Albacea de Empresas W.B.

Dillon no había asistido al funeral, pero Peter le había enviado las últimas voluntades que aparecían en el testamento de William Blackhawk, así como su herencia: cincuenta mil acres, que comprendían el rancho Circle B en el condado de Wolf River, junto con otras fincas en Texas, California y Nuevo México. Acciones y bonos del estado. Fondos de pensiones. Cuentas de ahorro. Todo por un valor de cuarenta millones de dólares. Todo para Dillon.

Él no había aceptado ni un centavo.

Circle B llevaba cerrado desde la muerte de su padre y Peter supervisaba las propiedades de Dillon. Ninguna de esas cosas, ni el dinero, ni las tierras, significaban algo para Dillon.

Pero era evidente que, para la señorita Rebecca Blake, sí significaba algo.

La visita de aquella mujer tenía que formar parte de alguna estratagema. Tres primos que resucitaban milagrosamente. Todos vivos y ansiosos por reunirse con el primo al que apenas conocían. Todos reunidos emotivamente mientras los pájaros cantaban y las flores florecían.

Menuda tontería.

Aunque admiraba a la señorita Blake. Desde luego, había hecho los deberes. Lo de su perro y su pie roto había sido interesante pero, si hubiera indagado más, habría descubierto que, seguramente, quedaría aún algunas personas que trabajaban para su padre en el rancho cuando Dillon era pequeño. Era fácil comprar información.

¿Cómo podía esa mujer, o cualquier persona en su sano juicio, esperar que fuese a creerse semejante mentira sobre sus primos? Él había estado allí. No era más que un niño, pero había visto con sus propios ojos las cinco tumbas abiertas, los cinco ataúdes descender hacia la tierra aún húmeda por la tormenta que se había llevado a Jonathan y a Norah Blackhawk junto con sus tres hijos.

Elizabeth, de apenas tres años, había sido el ataúd más pequeño de todos.

Dillon aún podía recordar a su madre apretándole la mano con fuerza, podía oír sus sollozos mientras aquel pequeño ataúd blanco descendía hacia la tierra.

Varios metros más allá, William Blackhawk de pie como una estatua, vestido de negro, con los brazos cruzados y los ojos ocultos tras las gafas de sol. Llorando, Dillon soltó a su madre y salió corriendo hacia su padre, rodeándole la cintura con los brazos. Pero su padre no reaccionó. Ni siquiera miró hacia abajo y, un instante después, su madre lo apartó de allí para llevárselo al coche.

—Debemos dejar a tu padre solo, Dillon —dijo ella.

Por aquella época, Dillon no entendía todo lo que significaba la muerte.

—¿Por qué se queda de pie ahí? —preguntó Dillon a través de la ventanilla del coche sin comprender nada.

Su madre miró por la ventanilla a su marido y contestó:

—Porque está muy triste.

A Dillon no le parecía que su padre estuviese triste sino, más bien,

enfadado.

—Tienes que ser fuerte por él ahora mismo —dijo Mary Blackhawk —. Y por mí.

—Soy fuerte —dijo Dillon levantando la barbilla—. Ayer monté a Atrilla yo solo.

Pero, cuando Dillon volvió a mirar a las tumbas, no se sintió fuerte. Estaba asustado. Hacía sólo un año su abuelo había muerto.

Ahora sus tíos y sus primos. ¿Y si sus padres también muriesen? ¿Quién cuidaría de él? ¿Dónde viviría?

—Estoy muy orgullosa de ti —dijo Mary dándole un abrazo—. Prométeme que nunca me abandonarás.

—Nunca.

Entre los brazos de su madre, Dillon olvidó su miedo. Incluso vestida de negro y con el pelo recogido, pensaba que su madre era la mujer más guapa del mundo.

Sus ojos eran incluso más brillantes que los de él. Su pelo liso y negro como el carbón le llegaba hasta la mitad de la espalda y tenía los mismos pómulos altos que él, pero sus rasgos eran suaves y delicados. Cuando lo arropaba por las noches, siempre le estiraba las sábanas y le daba un beso en la mejilla.

Esa noche le diría que ya era demasiado mayor para que lo arropase. Esa noche, comenzaría a ser fuerte y valiente.

El sonido de un perro ladrando devolvió a Dillon al presente. Silbó a Bowie y, por un segundo, mientras el perro regresaba corriendo por la oscuridad, no fue a Bowie a quien Dillon vio. Era otro perro, un collie blanco y negro que había dormido a los pies de su cama durante doce años.

Con la misma rapidez con que había aparecido, la imagen desapareció y fue Bowie el que se acercó corriendo.

Dillon frunció el ceño. Rebecca Blake no sólo había mentido, sino que había despertado en él recuerdos que creía olvidados. Recuerdos que era mejor dejar enterrados.

Y eso era imperdonable, pensó mientras se apartaba de la furgoneta y se dirigía adentro.

En el último de los treinta y dos pisos de aquel bloque de apartamentos de lujo, el hombre estaba de pie junto a la ventana observando la oscuridad. Tras él, Las Cuatro Estaciones de Vivaldi sonaban en el equipo de música. Delante de él, la luz de la luna jugaba con el océano, iluminando el puerto. Su pequeño estaba amarrado allí abajo. El Island Dream. Ciento veinticuatro pies, todo hecho a medida. Seis cabinas, un salón y un comedor, salsa de televisión por satélite, jacuzzi. Le había llevado tres años construirlo como quería y, en dos

semanas, se retiraría allí. A sus cincuenta y seis años, no lo consideraba exactamente un retiro sino, más bien, un cambio de dirección.

Un cambio permanente.

Podría ir a donde quisiera, cuando le diera la gana. No tendría que rendir cuentas a nadie. Le había llevado casi treinta años conseguir su sueño pero, en exactamente una semana, levaría anclas.

Sonriendo ante la perspectiva, dio un sorbo al vaso que tenía en la mano y disfrutó del intenso sabor de aquel whisky escocés de doce años. Una semana y no tendría que volver a mirar por encima del hombro. Nunca tendría que volver a comprobar si había ocultado su paradero lo suficientemente bien. Nunca más tendría que volver a cambiar su nombre, su residencia ni su oficina. Ni su apariencia.

No era que no le gustara su nueva nariz ni su mandíbula. Pensaba que su cara le proporcionaba un aire de elegancia y sofisticación. Incluso un aire noble. Las mujeres nunca se quejaban. ¿Pero por qué iban a hacerlo? Él disfrutaba gastando dinero del mismo modo que disfrutaba ganándolo, y una pulsera de diamantes o un coche nuevo hacían que hasta la más difícil de las mujeres se estuviese callada.

Justo como a él le gustaban.

Cuando sonó el teléfono, lo ignoró. Cuando volvió a sonar, frunció el ceño.

¿Para qué diablos le pagaba al criado si no era para ocuparse de las aburridas tareas del día a día?

El mayordomo apareció en la puerta poco después y se aclaró la garganta antes de hablar.

—El señor Edmunds al teléfono, señor. ¿Le digo que está usted aquí?

«Ya era hora», pensó.

—Contestaré en mi despacho —dijo él.

Se desplazó a la habitación contigua, cerró la puerta tras él y descolgó el auricular, que estaba sobre su escritorio de cristal.

—¿Y bien? —dijo.

—He tenido un contratiempo temporal.

Apretó el auricular con fuerza al escuchar las palabras de su interlocutor.

—¿Qué diablos quieres decir con contratiempo temporal?

La voz del hombre al otro lado de la línea sonaba clara y despreocupada.

—La estuve siguiendo hasta esta mañana. Entonces se me pinchó un neumático y la perdí.

—Trabajas para mí porque se supone que eres el mejor —exclamó

sintiendo cómo la sangre le palpitaba en las sienes. Entonces, respiró hondo y trató de controlarse—. Te pago mucho dinero, Edmunds.

—Ya le he dicho que es temporal. Sé lo que ella está haciendo y adonde va. Le voy pisando su precioso trasero.

—No te quiero en su trasero, demonios —siseó él al teléfono—. Te quiero encima de ella. Te quiero delante de ella. Quiero que respires el mismo aire que ella, al mismo tiempo. No vuelvas a llamarme hasta que no la tengas.

Colgó el teléfono de golpe, se apuró el whisky que le quedaba en el vaso y se pasó una mano por la cabeza.

—Maldito idiota.

Puede que estuviese molesto, pero no estaba preocupado. Incluso aunque esa mujer encontrara al hijo de William, y dudaba de que así fuera, las posibilidades de que él la ayudara eran más bien escasas. A excepción de una temporada en el ejército, Dillon Blackhawk había estado deambulando por el oeste de Texas durante los últimos dieciséis años. Ni siquiera el hecho de ganar cuarenta millones de dólares había conseguido sacarlo de su escondite. ¿Qué posibilidades había de que lo hiciera ahora?

Aun así, sabía que tenía que tener cuidado. No había estado dejándose la piel durante los últimos veinticuatro años para que una estúpida mujer dejara su vida hecha jirones. Haría lo que fuera para asegurarse de que nadie interfiriera.

Una semana más y sería libre por completo. Tenía tiempo de sobra para hacer lo que tenía que hacer antes de levar anclas. Cuando lo hubiera hecho, no habría persona sobre la Tierra capaz de encontrarlo.

Capítulo 3

Teresa Angelina Bellochio sintió la primera contracción cuando se bajó del autobús. No fue más que una pequeña punzada, pero suficiente como para hacerle contener el aliento. No estaba preocupada. Era demasiado pronto como para estar de parto. Sólo estaba de ocho meses y, el día anterior, el doctor de la clínica de San Antonio le había asegurado que todo iba bien y que no pasaría nada por recorrer distancias cortas.

No le había quedado más remedio que hacer el viaje de trescientos kilómetros en autobús. En San Antonio no le quedaba nada más que dolor. Su novio había negado que el bebé fuera suyo y sus padres le habían dado la espalda al negarse a abortar o dar el niño en adopción. Su padre la había insultado y le había dicho que era la vergüenza de la familia Bellochio.

Teresa se pasó la mano por la tripa preguntándose cómo podría ser una vergüenza algo tan preciado. No le importaba tener apenas dieciocho años, ni que tuviera que trabajar para mantenerse a ella y al niño. Sabía que sería duro, pero moriría antes que renunciar a su bebé. Había cometido errores, sí, pero decidir quedarse a su bebé no era uno de ellos.

Miró a su alrededor en la terminal de autobuses. Montones de personas se apresuraban de un sitio a otro con maletas y mochilas. Caras nuevas, lugar nuevo.

Estaba nerviosa pero, al menos, tenía un trabajo allí. No estaba muy bien pagado, pero era la posibilidad de empezar una nueva vida. Nunca miraría atrás ni pensaría en lo que había dejado. No sabía el sexo del bebé. La única ecografía que se había hecho hacía tiempo no había sido precisa. Pero no le importaba que fuese niño o niña. Sólo rezaba para que estuviese sano. Incluso había elegido los nombres. Carissa si era niña, Cade si era niño. Pensaba que iban a ser felices allí, los dos juntos. Incluso aunque no pudiera darle a su hijo nada más que amor, por el momento, sería suficiente.

Sintió otra punzada en el estómago y dudó por un momento, pero se le pasó rápidamente. El doctor le había dicho que era muy normal experimentar contracciones ligeras en las últimas semanas del embarazo, pero no debía preocuparse a no ser que fueran fuertes o constantes, o a no ser que rompiera aguas.

El doctor también había dicho que la mayoría de las madres primerizas se pasaban de la fecha prevista. Pero estaba ya tan gorda que Teresa deseaba que su hijo naciera el día que le habían dicho, el veintinueve de julio, en cuatro semanas.

Ya casi no podía esperar a tener a su bebé en brazos, a poder darle un beso en la mejilla. «Pronto, mi amor», pensó mientras agarraba su maleta. Se dirigió a una cabina de teléfono que había fuera de la terminal, sacó un papel de su cartera e introdujo unas monedas en el aparato. Al oír la señal, marcó el número que su nuevo jefe le había dado.

«Hoy es el primer día del resto de nuestras vidas», pensó mientras sonreía y volvía a acariciarse la tripa.

Una buganvilla de color rojo cubría el porche de la pequeña casa de ladrillo en el 324 de Via Verde Lañe. El césped del jardín delantero, aún húmedo por el rocío de la mañana, estaba despejado y recién cortado, y montones de margaritas decoraban el lugar. En las ramas de la buganvilla, los gorriones revoloteaban y cantaban mientras un arrendajo abusón picoteaba las semillas del comedero de pájaros que colgaba de uno de los aleros del porche.

Aparcada al otro lado de la calle, con las ventanillas bajadas, Rebecca estaba sentada en el coche, esperando.

Excepto por el sonido de un aspersor lejano, había habido muy poca actividad en Via Verde desde que ella había llegado a las seis y media de la mañana. Al otro extremo del bloque, una mujer con bata blanca y zapatillas rosas había salido y recogido el periódico. Diez minutos después, en el lado contrario de la calle, un hombre con peto gris se subió a una furgoneta blanca y se marchó.

Era un vecindario antiguo y la mayoría de las casas eran de ladrillo. Las aceras estaban limpias pero agrietadas a causa de los árboles que, probablemente, habrían sido plantados hacía cuarenta años. Los buzones, todos ellos de metal y colocados sobre estacas de madera, se alineaban a los lados de la calle como centinelas silenciosos.

A Rebecca le costaba imaginarse a Dillon Blackhawk viviendo allí. En un apartamento quizá, o incluso en una cueva en la montaña, pero no en un tranquilo vecindario familiar. Si su furgoneta no hubiera estado aparcada fuera, habría pensado que le habían dado una dirección equivocada.

Volvió a mirar el número y la calle que había escrito en la servilleta en el Backwater Saloon. Había tenido que pagar por la información la noche anterior con chupitos de tequila con Dixie y su amiga, Jennie. Imitó a Dixie con el limón y la sal y se bebió el primer chupito. Le bajó por la garganta como una bola de fuego. Estuvo a punto de ahogarse y las dos mujeres se rieron y le sirvieron otro chupito. Ése le entró con más suavidad.

El tercero apenas lo sintió.

Hasta que esa mañana se había despertado sintiendo un taladro en la cabeza.

Dos tazas de café y una aspirina habían conseguido mitigar el ruido que sentía en el cerebro, pero seguía sintiendo que los ojos iban a caérsele en cualquier momento. Por si acaso sucedía, Rebecca se había puesto unas gafas de sol.

Estaría agradecida si no volvía a ver una sola botella de tequila José Cuervo en su vida. Por suerte, Jennie había sido designada conductora; de otro modo Rebecca tendría que haber regresado al motel a gatas. Solamente imaginarse aquello le producía escalofríos.

Se sobresaltó al oír el ladrido de un perro; entonces levantó la cabeza y vio a Dillon salir por la puerta de madera que unía la casa con el garaje. Llevaba unos pantalones cortos deportivos azules oscuros, una camiseta blanca sin mangas y playeras de deporte. Tenía el típico aspecto de recién levantado. Llevaba el pelo recogido con una cinta de cuero y parecía tener los ojos hinchados. Incluso a la luz de la mañana, tenía un aspecto formidable y completamente inabordable.

También parecía tan guapo como un diablo.

Era fácil imaginarse a ese hombre a lomos de un caballo. Tenía el cuerpo de un guerrero. Músculos sólidos y miembros largos. Un cuerpo hecho para la velocidad, o para la portada de una revista. Incluso desde el otro lado de la calle, Rebecca pudo advertir una larga cicatriz en su muslo derecho.

Trató de controlar el torrente de lujuria que sintió, recordándose a sí misma que era estúpido y maleducado, y que prácticamente la había echado de su furgoneta la noche anterior. Ni toda la belleza del mundo podría superar aquello. Ella elegiría la educación y el sentido del humor en un hombre antes que la belleza sin pensárselo dos veces.

Aunque, viendo a Dillon apoyarse en la verja y estirar la espalda, se dio cuenta de que, en su caso, la belleza era lo que más resaltaba a todas luces.

Observó a Dillon y se dio cuenta de que se disponía a correr. Supo entonces que, si no se movía entonces, perdería la oportunidad. Abrió la puerta del coche, agarró su bolso y la carpeta que había llevado consigo y salió. Dillon la vio y frunció el ceño. Rebecca imaginó que se daría la vuelta y desaparecería por donde había salido pero, sin embargo, se cruzó de brazos y se apoyó contra la verja, observándola mientras se aproximaba. Rebecca trató de tragarse el nudo que sentía en la garganta.

A pesar de llevar puestos unos pantalones caquis largos y una camiseta blanca de algodón, a juzgar por el modo en que la observaba, se sentía completamente desnuda.

—Te lo juro, no estoy aquí por el dinero —dijo ella.

Cuando el perro comenzó a ladrar al otro lado de la verja, Rebecca se echó hacia atrás.

—Bowie, quieto —dijo Dillon sin levantar la voz. Inmediatamente, el perro dejó de ladrar—. ¿Cómo me has encontrado?

Dudaba que a Dillon le interesara saber que ella había estado cotilleando con Dixie y Jennie la noche anterior. Rebecca no había especificado, pero había dejado entrever que ella y Dillon habían tenido algo entre ellos que no había acabado muy bien.

Entre chupito y chupito, se había enterado por boca de Dixie y Jennie de que Dillon llevaba seis meses viviendo en Resolute, que trabajaba en la refinería y que, a pesar de ser un tanto ermitaño, había salido con Ilene Baker, una enfermera del hospital local. Había muchos rumores sobre él, pero ninguno había sido demostrado.

Una de las historias era que había estado casado pero había pillado a su mujer engañándolo con otro y había pasado un tiempo en prisión tras darle una paliza al otro tipo. Otra de las historias era que tenía una familia, pero que habían muerto en un accidente de coche y, como era él quien conducía, se culpaba por ello.

La historia que más le gustaba a Rebecca era la que contaba que había estado prometido con una rica heredera de Dallas, pero ella lo había plantado en el altar y Dillon nunca se había recuperado.

Rebecca no creía que ninguno de esos rumores fuera cierto, pero suponía que cualquier cosa era posible. Había varios años en blanco desde que Dillon había abandonado Wolf River. Por lo que ella sabía, podía haber estado casado diez veces, podía haber estado en la cárcel e incluso podían haberlo dejado plantado en el altar.

Ese rumor sí que era fácil de creer.

El hecho era que no le importaba realmente.

—Hay sólo dos mil personas en este pueblo, Dillon —dijo ella encogiéndose de hombros—. Podría haberte encontrado simplemente dando vueltas.

—No me refiero a eso —dijo él frunciendo el ceño—. Quiero saber cómo me has encontrado desde el principio.

—Digamos que no ha sido fácil —contestó ella, decidiendo que no sería el mejor momento para mencionar al investigador privado—. Te mueves mucho.

—Eso es para que la gente como tú no me moleste.

—¿Gente como yo? —repitió ella—. No sabes nada sobre mí.

Un Taurus azul pasó por la calle y el hombre que conducía saludó a Dillon, que le devolvió el saludo con la cabeza.

—Estoy seguro de que es todo fascinante pero estás

interrumpiendo mi ejercicio matutino.

—Si no quieres escucharme a mí, entonces habla con Henry Barnes. Él es el abogado de Wolf River que se encarga de esto. Deja que él te cuente lo que ocurrió con Rand, Seth y Elizabeth.

—Sé lo que ocurrió —dijo él apretando los dientes—. Te lo dije. Estuve en el funeral. No sé que es lo que pretendéis conseguir Lucas y tú inventándoos todo esto y, francamente, no me importa.

—Lucas no sabe que estoy aquí —dijo ella poniéndose frente a él al ver que empezaba a moverse—. Nadie lo sabe.

—Estás empezando a enfadarme —dijo Dillon. Confía en mí, no es bueno que me enfade.

—Me importa un carajo si te enfadas —dijo ella. Ya no le importaba lo que pudiera hacerle. Estaba demasiado cansada, le dolía la cabeza y se sentía tan frustrada que quería gritar, se apoyó contra la verja y cerró los ojos—. Puedes echarme a tu perro si quieres, pero no pienso marcharme hasta que me escuches.

Rebecca se quedó de piedra cuando Dillon le colocó un brazo a cada lado y se inclinó hacia delante. Apenas podía respirar, no podía pensar, pero se negaba a echarse atrás. Tomó aliento y se enfrentó a su mirada.

—Puedo demostrar que Rand, Seth y Elizabeth están vivos —dijo con toda la calma que pudo—. Tengo informes del hospital, pruebas de ADN y el informe de un testigo visual. Todos confirman, sin lugar a dudas, que tus primos no murieron aquella noche.

—Ya te dije que estuve en el funeral —dijo él—. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Qué es lo que viste? —preguntó Rebecca—. ¿Qué viste exactamente?

Dillon se transportó de vuelta a aquel día en el depósito de cadáveres, antes de que se cerraran los ataúdes para llevarlos al rancho. Era la primera vez que veía un muerto. El tío John, vestido con un traje gris y corbata negra, tumbado muy quieto sobre el blanco satén de su ataúd. La tía Norah, con su pelo negro y brillante resaltando sobre su piel blanca. Pensaba que, si la tocaba, sus ojos azules se abrirían y le sonreiría. Dillon apenas los conocía pero, en aquel momento, frente a sus ataúdes, los echaba terriblemente de menos. No quería que estuviesen muertos. No quería que se fueran.

—Vi a mi tía y a mi tío —dijo Dillon—. Antes de que mi padre cerrara sus ataúdes, los vi a los dos.

—Pero no a tus primos —dijo Rebecca—. No los viste, ¿verdad?

Su madre le había dicho que era demasiado joven para ver a sus primos así, que sus almas se habían ido al cielo y que debía rezar por

ellas. Cada domingo desde entonces, la madre de Dillon había ido al cementerio privado del rancho para depositar flores sobre las cinco tumbas.

Dillon levantó la mirada y observó a Rebecca. Ella ni siquiera parpadeó. Si estaba mintiendo, lo hacía muy bien. Sus ojos verdes parecían más brillantes a la luz del día que la noche anterior. Entonces hubo algo, algo que no podría explicar, algo familiar en aquellos ojos.

—¿Quién diablos eres? —preguntó él.

—Nací siendo Rebecca Alexis Owens —dijo ella—. Hasta que volvió a casarse con mi padrastro, el nombre de mi madre era Rosemary Owens.

—No me dice nada.

—Tú llamabas a mi madre Rosie. Te encantaban los macarrones con queso que preparaba para ti los viernes.

Rosie. Algo en su interior le hizo recordarla.

Pelo pelirrojo, pecas y sonrisa fácil. Cuando cantaba, muy a menudo, tenía en la voz cierto deje irlandés. Recordaba que siempre olía a limón.

Dillon nunca había averiguado el apellido del ama de llaves. Para él, era simplemente Rosie. La mujer no habría tenido más de veinticinco años cuando trabajaba en Circle B. Había vivido en la casa de invitados con su hija y, a veces, la pequeña de pelo castaño deambulaba por el granero, queriendo dar de comer a los caballos o jugar con los gatos.

—Becky —murmuró Dillon.

—Así solías llamarme, junto con «mocosa» y «enana». Una vez me subiste a tu caballo y me diste una vuelta alrededor del corral —dijo ella—. Me dijiste que me agarrara con fuerza a la silla de montar para no caerme.

Dillon no recordaba qué había dicho exactamente, pero se acordaba a la perfección de las risas de la niña al subirla al caballo. Había sido una niña curiosa, con el pelo rebelde y agujeros en las playeras. Y unos ojos grandes y verdes. Los mismos ojos grandes y verdes que se encontraba mirando en ese momento.

—¿Cómo puedes recordar eso? No tendrías más de cuatro años.

—Acababa de cumplir cinco —dijo ella—. Y lo recuerdo porque tu padre salió del granero minutos después. Estaba tan furioso que pensé que iba a pegarte. Pensé que había hecho algo malo y supe que te había metido en problemas. Cuando él me bajó del caballo, estaba aterrorizada, así que salí corriendo.

—Si te aburres y tienes tiempo para darle paseos en poni a las hijas del servicio

—recordó Dillon lo que su padre le había dicho—, entonces es que no te he dado las suficientes tareas.

Dillon había pasado las dos últimas semanas de sus vacaciones de verano limpiando las cuadras y pintando la verja del jardín de su madre. Pero él sabía que esas tareas extra no eran porque tuviera demasiado tiempo libre, sino porque había traspasado la línea entre los blancos y los indios que su padre le había marcado. La línea entre los pobres y los ricos. William Blackhawk había dejado muy claro que, todo aquél que no tuviera pura sangre nativa, era inferior. Eso incluía a las niñas pequeñas de ojos verdes a las que les gustaba montar en poni y jugar con los gatitos.

Al escuchar el sonido de un coche en el garaje de al lado, Dillon se enderezó. Lo último que necesitaba era que los vecinos comenzaran a cotillear, diciendo que el inquilino de María estaba en la entrada hablando con una preciosa morena a las seis y media de la mañana. Incluso estaba seguro de que la propia María estaría en ese preciso momento observando la escena desde la ventana de la cocina.

—Por favor —dijo Rebecca—. Sólo escúchame.

Dillon supuso que no se marcharía hasta que no la hubiera escuchado. Si ése era el único modo de librarse de ella, así sería. Pero la escucharía sin correr el riesgo de que cualquier vecino pudiera estar observándolos.

Se dio la vuelta, abrió la puerta y la miró por encima del hombro. Rebecca seguía apoyada contra la verja, observándolo.

A Rebecca le llevó un rato darse cuenta de que Dillon estaba esperando a que entrara. Una cosa era entrar a un bar lleno de gente, o incluso estar en la entrada, y otra muy distinta era estar a solas con el hombre en cuestión.

—¿Tienes miedo de que nadie te oiga gritar? —preguntó él arqueando las cejas al ver que Rebecca vacilaba.

«Algo así», pensó ella. Pero, cuando vio la cara de burla que tenía, se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo y se sintió furiosa.

—¿Qué pasa con el perro? —preguntó apartándose finalmente de la verja.

—Ya ha comido —dijo Dillon, y abrió la verja. El animal salió corriendo y ladrando alegremente.

—Sí, ¿pero y tú? —preguntó Rebecca. El perro le olisqueó los zapatos, levantó la cabeza y ladró una vez. Luego salió corriendo hacia el jardín.

—Yo sólo muerdo si me lo piden por favor —dijo Dillon mientras Rebecca cruzaba la puerta.

«Sí, claro», pensó ella. «Como si eso fuese a ocurrir alguna vez».

La hierba del jardín trasero estaba tan bien cortada como la de delante. Había una mesa de hierro con sillas a juego en un porche cubierto con puertas de cristal.

Una verja cubierta con alambre de espino rodeaba un amplio huerto que albergaba unos tomates del tamaño de pelotas de béisbol.

Rebecca recordó una película que había visto una vez titulada La última cena.

Trataba de un grupo de amigos que invitaban a una persona a cenar. Luego, durante la cena, votaban para decidir si el invitado debía vivir o morir. Los invitados desafortunados eran liquidados y enterrados en el jardín bajo una planta de tomates, que alcanzaban unas proporciones desorbitadas.

Rebecca abrazó su bolso con fuerza y se sintió aliviada al recordar que llevaba un spray antivioladores. Cuando Dillon abrió la puerta del garaje, ella volvió a dudar durante un momento.

—Si has cambiado de opinión… —dijo él frunciendo el ceño.

—No —dijo ella colocando la mano sobre la puerta al ver que comenzaba a cerrarla—. No he cambiado de opinión.

Entró al garaje. Dillon la siguió, encendió una luz y cerró la puerta tras ellos.

Al observar la sala, Rebecca se dio cuenta de que sólo había una salida. Una única vía de escape.

El garaje había sido convertido en un estudio. Las paredes eran blancas y el suelo estaba cubierto con una alfombra de color azul oscuro. A su derecha se alzaba una pequeña mesa de madera y dos sillas que delimitaban la zona del comedor. A su izquierda, una puerta abierta dejaba ver el cuarto de baño. En el centro del apartamento, una silla de cuero marrón, una lámpara y una mesa de café que constituían el salón. En un rincón se encontraba una cama enorme empotrada contra la pared que, obviamente, conformaba el dormitorio. Un fuerte olor a café inundaba la habitación.

No parecía la típica casa de un hombre que poseía cuarenta millones de dólares.

Pero era funcional, estaba limpia y ordenada. Aparentemente, para Dillon eso era suficiente.

Rebecca se giró hacia Dillon y señaló la mesa de la cocina.

—¿Puedo?

—Claro —dijo él apoyándose contra la encimera de la cocina—. Perdona si no tengo té y bollos.

Rebecca se sentó y colocó sobre la mesa el bolso y la carpeta.

—Hace veinticuatro años, tu tío Jonathan y tu tía Norah se dirigían a casa de vuelta de un largo día en el rodeo infantil anual del condado

de Wolf River. Sus tres hijos, Rand, de nueve años, Seth, de siete, y Elizabeth, de casi tres, iban en el asiento trasero.

—Mira, si no puedes contarme algo que no sepa, entonces esto…

—Por favor, deja que empiece por el principio —dijo ella. Había repasado la historia cientos de veces en su cabeza y sabía que ésa era la única manera de empezar.

Dillon apretó la mandíbula y se apoyó contra el marco de la puerta.

—Se desató una tormenta sin previo aviso —prosiguió ella—. Un relámpago cayó en la carretera, haciendo que el coche se saliese de ella y se precipitase por un barranco. Jonathan y Norah murieron en el acto.

Rebecca sacó el artículo de periódico de la carpeta y lo colocó sobre la mesa. El titular decía: Una familia de cinco personas muerta en accidente de tráfico. Dillon observó el artículo y luego volvió a mirar a Rebecca.

—Tus primos no murieron aquella noche, Dillon —dijo ella—. Fueron separados y alejados de la escena del accidente. A Rand le dijeron que toda su familia había muerto y que él era el único superviviente. A Seth le dijeron lo mismo, y Elizabeth era demasiado pequeña para comprender lo que había sucedido. Ni siquiera supo que había sido adoptada hasta hace siete meses.

—¿Adoptada? —preguntó Dillon—. ¿Qué quieres decir?

—Todos fueron adoptados. A Rand lo adoptó una pareja de San Antonio. A Seth una familia de Nuevo México. A Elizabeth la enviaron a Francia, pero sus padres adoptivos, miembros de la alta sociedad de Carolina del Sur, la trajeron de vuelta a Estados Unidos un año después y le dijeron a todo el mundo que era su hija biológica.

—Becky —dijo Dillon con impaciencia—, o no te has tomado la medicación, o necesitas aumentar la dosis. Incluso aunque algo de lo que hayas dicho fuera cierto y mis primos no hubieran muerto, ¿cómo iban a desaparecer y ser adoptados sin más?

—Las adopciones no fueron legales —dijo Rebecca extrayendo un documento de la carpeta, que colocó junto al artículo—. Un abogado llamado León Waters lo preparó todo. Todos los padres adoptivos le pagaron a Waters una importante suma de dinero en efectivo.

—Tuvo que haber gente en el lugar del accidente —dijo Dillon negando con la cabeza—. No es posible que tres niños que se suponen muertos pudieran ser adoptados y nadie lo supiera.

—No he dicho que nadie lo supiera.

El se quedó mirándola durante un rato y luego dijo:

—¿Tu madre?

—Murió hace ocho meses de cáncer de pulmón —dijo Rebecca mientras sacaba un pequeño diario, que depositó sobre la mesa—. Encontré esto en una caja en su armario dos meses después de su funeral. Escribió todo lo que sucedió aquella noche y durante los tres años siguientes. Cada detalle.

—¿Me estás diciendo que tu madre lo sabía y no dijo nada?

—Más que eso —dijo ella, pero decirlo en voz alta nunca era fácil. Incluso hacía las cosas más difíciles—. No sólo lo sabía, sino que formó parte de ello.

—¿Qué quieres decir?

—Tú mismo lo has dicho, Dillon —respondió Rebecca cerrando los ojos—.

Siempre se trata del dinero. A ella le pagaron para que se llevara a Rand aquella noche.

—¿Le pagaron? ¿Quién le pagó?

Rebecca abrió los ojos y se encontró con la fría mirada de Dillon.

—Tu padre.

Capítulo 4

«Tu padre».

A Dillon le llevó un tiempo asimilar las palabras, e incluso cuando lo hizo, no lograba comprender nada. Los sonidos del vecindario, el murmullo del aire acondicionado de la casa de al lado, el graznido de un arrendajo, la radio de la casa de al lado. El sonido de su corazón. Cada sonido parecía de pronto extremadamente amplificado.

«Tu padre».

—Ésa es una acusación muy seria —dijo él mirando a Rebecca a los ojos.

—No es una acusación —contestó ella sin apartar la mirada—. Es un hecho.

—¿Un hecho? —replicó él—. Que tu madre escribiera algo en un diario hace veinticuatro años no lo convierte en un hecho. Por lo que tú sabes, estaba escribiendo un jodido libro.

—Quieres hechos, aquí los tienes —dijo ella colocando un dedo sobre el artículo del periódico—. Un hecho. Tus tíos tuvieron un accidente durante una tormenta y se precipitaron por un barranco. Otro hecho. Aproximadamente diez minutos después, el sheriff Spencer Radick aparece, ve las luces del coche en el barranco y baja para ver qué ha pasado. Encuentra a Jonathan y a Norah Blackhawk en el asiento delantero, muertos. Sus tres hijos están en el asiento trasero, vivos. Rand está inconsciente, Seth conmocionado, Elizabeth llorando.

—¿Me estás diciendo que el sheriff no le pidió ayuda a nadie?

—Sí que le pidió ayuda a alguien —dijo Rebecca—. Llamó a tu padre.

—¿Por qué diablos iba a hacer eso?

—William Blackhawk era uno de los hombres más ricos y poderosos de Wolf River. Incluso tenía un lugar en el consejo del condado. Todo el mundo sabía que tu padre se había distanciado de sus dos hermanos, Jonathan y Thomas, porque se habían casado con mujeres blancas. Si William los veía a ellos o a sus familias en el pueblo, no les dirigía la palabra.

La verdad de aquella afirmación hizo que Dillon sintiera un nudo en la garganta. Por supuesto que todo el mundo en Wolf River sabía que William Blackhawk odiaba a sus hermanos, pero nadie se habría atrevido a decirlo en voz alta. Esas cosas se hablaban en secreto y casi siempre entre susurros.

—Era de conocimiento popular que mi padre no se hablaba con mis tíos —dijo Dillon fríamente—. Por eso precisamente no tiene

sentido alguno que el sheriff lo llamase a él tras el accidente.

—De acuerdo con el diario de mi madre, Spencer Radick era un hombre ambicioso con un cierto problema con el juego —prosiguió Rebecca—. El sheriff vio la oportunidad aquella noche de saldar algunas deudas. Radick llamó a tu padre, que llegó allí minutos después. Tu padre evaluó la situación, tomó una decisión y llamó a mi madre. Le dijo que me dejara con la esposa de alguno de los trabajadores del rancho y que se reuniera con él en el barranco, pero que no le dijera a nadie adónde iba. Cuando ella llegó, él le dijo que se llevara a Rand a una habitación de hotel en Dallas y que le pagaría generosamente si mantenía la verdad enterrada. Radick, que era soltero, se llevó a Seth a casa y tu padre se llevó a Elizabeth.

—¿Se la llevó adonde?

—Se la llevó con su abogado, León Waters.

Dillon recordaba a aquel hombre. Estatura media, pelo castaño peinado hacia atrás, piel bronceada, trajes caros y zapatos brillantes.

En su dedo meñique siempre llevaba un anillo de oro con un enorme diamante.

Iba al rancho con frecuencia por cuestiones de negocios y, a veces, se quedaba a cenar. A Dillon nunca le había gustado el abogado, ni su aliento a whisky cada vez que se agachaba para acariciarle la cabeza y decirle que era un buen chico.

Pero el hecho de que a Dillon no le gustase aquel tipo no lo convertía automáticamente en un criminal.

—Mi madre nunca habría permitido una cosa así —dijo Dillon negando con la cabeza.

—Si lo hubiera sabido, estoy segura de que así habría sido —dijo Rebecca con voz suave—. Por lo que dice mi madre en el diario, los únicos que sabían la verdad eran ella, Radick, Waters y tu padre.

—Más especulaciones —dijo él—. ¿Qué tal si volvemos a remitirnos a los hechos?

—Bien —dijo Rebecca, y deslizó una hoja de papel sobre la mesa —. Éste es el informe del accidente que Radick elaboró diciendo que tu tío Jonathan y el resto de pasajeros del coche murieron en la escena del accidente. También hay cinco informes de un hospital de Granite Ridge que detallan las lesiones y confirman que todos los ocupantes del vehículo murieron en el acto. Los informes médicos de Jonathan y Norah son exactos —continuó Rebecca—, pero Waters falsificó los otros tres y firmó con el nombre de otro médico, haciendo que fuera más difícil localizarlo. Al fin y al cabo, ¿quién iba a cuestionarlo? Aparte de tu familia, el único Blackhawk que estaba vivo era Lucas, de trece años, que vivía en un hogar de acogida por aquel entonces.

Lucas había vivido en diferentes hogares de acogida desde que sus padres habían muerto, pero el resto de la historia de Rebecca no tenía ningún sentido. Era tan rebuscada como increíble. Era una locura, y él habría estado loco por creer una sola palabra.

Pero Dillon se dio cuenta de que, el hecho de que fuera tan increíble, tan absurda, era lo que la hacía creíble.

—¿Por qué iba mi padre a tomarse tantas molestias para aparentar que mis primos habían muerto? —preguntó Dillon—. Si no quería criar él a los niños, ¿por qué no los dio a los servicios sociales?

—Porque, si los separaba, si los daba en adopción y permitía que sus nombres cambiaran, probablemente nunca descubrirían que él, junto con León Waters, había cambiado el testamento de tu abuelo tras su muerte. Las tierras y las propiedades que tu padre sabía que valían una fortuna.

—Por el amor de Dios —dijo Dillon carcajeándose y mirando al techo—. Ahora me dirás que mi padre mató también a Kennedy y a Marilyn Monroe.

—Sé que son muchos datos juntos —dijo ella con tono de cansancio—. Dillon, créeme, sé lo que sientes ahora mismo. Exactamente lo mismo que sentí yo al encontrar este diario.

—No tienes ni idea de cómo me siento.

—Sólo lee el artículo y el diario —dijo Rebecca poniéndose en pie —. Como ya te he dicho, en el informe figura el número de teléfono del abogado de Wolf River que se encarga de todo esto. Puede verificarte todo lo que te he dicho.

Dillon no dijo nada cuando ella se acercó a la puerta y la abrió. Bowie la saludó con un ladrido y moviendo la cola. Ella le dijo algo al perro que Dillon no pudo oír y, cuando Rebecca le ofreció la mano al animal, éste se la lamió.

—Estaré en el motel Mesa hasta mañana por la mañana —dijo Rebecca mientras le acariciaba la cabeza a Bowie—. Puedes llamarme allí si quieres hablar.

—¿Y si no lo hago?

Ella vaciló por un momento, le mantuvo la mirada pero no respondió.

Simplemente salió por la puerta y la cerró lentamente tras ella. Dillon oyó el sonido de la verja abriéndose y cerrándose y luego el sonido de un coche alejándose.

Maldijo en voz alta y luego se pasó una mano por la cara tratando de controlar sus emociones.

Cuando había abandonado Wolf River dieciséis años atrás, era el típico chico de diecisiete años furioso y buscando pelea. Como era

alto, la mayoría de los hombres se habían mantenido apartados de su camino. Pero al final siempre aparecía alguien dispuesto a pelear. A la hora de pegarse, Dillon solía ganar, pero ganara o perdiera, le daba igual. Lo único que le había importado, durante un tiempo al menos, era saciar sus ansias de sangre.

Le había llevado mucho tiempo lograr dominar a la fiera que llevaba dentro. Y, aunque a veces golpeaba los barrotes intentando salir, Dillon había conseguido encerrarla bajo llave.

El control lo era todo. Era lo único que tenía, lo único que realmente le importaba algo.

A excepción del zumbido que emitía el frigorífico, un silencio absoluto se apoderó de la habitación. Dillon observó el diario y sintió un escalofrío por el cuello.

Si abría la puerta al pasado, no estaba seguro de poder volver a cerrarla.

Tras desayunar un zumo de naranja y una magdalena de arándanos que había comprado en la máquina expendedora de la gasolinera, Rebecca regresó al motel.

Estuvo dando vueltas por la habitación mientras veía en la televisión una tertulia con Regis Philbin y luego una reposición de Love Lucy. Sacó el libro que había comprado en el aeropuerto y que había comenzado a leer durante el vuelo pero, por muy interesante que resultara aquel drama judicial, se sentía incapaz de concentrarse.

Estuvo esperando, pero él no llamaba.

En algún momento de la tarde, se quedó dormida, luego se dio una ducha rápida para despejarse. Dejó la puerta del baño abierta por si sonaba el teléfono.

No sonó.

Frustrada y hambrienta, se hartó de esperar y se fue en busca de algo de comida que no requiriese máquinas. A poca distancia del motel, entre la tienda de Wilson y la ferretería de Hank, un flamenco de neón color rosa iluminaba el escaparate del restaurante de Dina. El delicioso olor de las hamburguesas recién hechas que se extendía por el aire hizo que Rebecca se decidiera a cenar ahí.

Cuando abrió la puerta, una campanilla sonó sobre su cabeza. Una vez dentro, era como estar de vuelta en los años cincuenta, donde imperaba el vinilo rosa.

Incluso la caja registradora era de la época.

Un chico y una chica estaban sentados a una de las mesas, pero estaban demasiado ocupados poniéndose ojitos mientras comían patatas fritas como para advertir su presencia. En otra mesa, un hombre mayor inmerso en su crucigrama ni siquiera reparó en ella,

aunque uno más joven, sentado a una mesa junto a los lavabos y vestido como un cowboy, con sombrero y todo, le sonrió cuando cerró la puerta.

Rebecca se sentó en un taburete junto a la barra y le pidió un té helado a la camarera que, cómo no, iba vestida con uniforme rosa. Mientras esperaba, sacó el móvil y marcó un número, aliviada de que la música que emitía la gramola estuviese lo suficientemente alta como para disimular cualquier conversación que pudiera tener. Ya había estado posponiendo la llamada demasiado tiempo y sabía que tendría que sufrir las consecuencias.

—Gracias por llamar a West View Aviation.

Mi nombre es Desiree Lombardi, directora general. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Eres la directora general? —preguntó Rebecca con una sonrisa al escuchar la voz al otro lado del teléfono—. La semana pasada eras vicepresidenta de operaciones. No me digas que mi hermano finalmente te ha ascendido.

—Me he ascendido yo misma —dijo Desiree con una risotada—. Y, si con ese ascenso viniera un aumento de sueldo, sería totalmente feliz. ¿Dónde estás? Sean lleva dos días furioso. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Des —dijo Rebecca. Aunque Desiree era sólo unos años mayor que ella, había algo de maternal en ella que hacía que la gente se sintiera segura a su alrededor—. ¿Está él ahí?

—Está en el hangar, cariño. Espera un momento mientras lo localizo.

Maldición. Una de las razones por las que Rebecca había esperado a esas horas para llamar era porque pensaba que su hermano seguiría en algún vuelo o habría salido durante el día. Al parecer, no había tenido suerte.

«La historia de mi vida en este momento», pensó mientras suspiraba.

Cuando la camarera le sirvió el té helado junto con unas rodajas de limón extra, como había pedido, Rebecca le dirigió una sonrisa y exprimió dos de las rodajas en el vaso. Pero su sonrisa desapareció al escuchar la voz de Sean al otro lado de la línea.

—¡Rebecca! Por el amor de Dios, ¿dónde diablos te has metido?

—Ya te dije que tenía un seminario. ¿Hay algún problema?

—Sabes muy bien que sí —contestó él—. No has contestado a ninguno de mis tres mensajes.

—Hay demasiado ruido, no te oigo —dijo ella. Al otro lado de la línea podía escucharse un avión despegando—. ¿Es uno de los tuyos?

—Sí, espera un segundo. Deja que entre dentro.

Aunque el olor de las hamburguesas la había tentado, Rebecca acabó pidiendo una ensalada del chef mientras esperaba a que su hermano volviera a ponerse al teléfono. Durante los últimos cinco años, Sean había levantado una empresa privada de vuelos charter que transportaba a gente importante, entre celebridades y hombres de negocios de todo el mundo. Era guapo y estaba soltero, pero era adicto al trabajo.

Rebecca deseaba que sentase la cabeza pronto y que le diese sobrinos y sobrinas a los que cuidar, pero las posibilidades eran escasas por el momento.

—Bien, ya estoy —dijo Sean poco después—. ¿Dónde diablos estás?

—Pensé que esta semana estabas en Canadá.

—Regresé antes, y deja de intentar cambiar de tema. ¿Por qué no has devuelto mis llamadas?

—Te estoy llamando ahora —contestó ella como si fuese lo más normal del mundo—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? Melanie te llamó al hotel en el que supuestamente te alojarías durante tu supuesto seminario. Eso es lo que pasa, Rebecca.

Maldición. Con Melanie trabajando en su tesis recluida en la casa que la familia tenía en Nantucket y Sean fuera la mayor parte del tiempo, a Rebecca le había parecido el momento perfecto para desaparecer unos días. Por un momento consideró la posibilidad de seguir ocultando la verdad durante un rato más, pero la verdad era que se sentía tan desmotivada que no tenía ganas.

Dio un trago al té con la esperanza de que la cafeína le diese fuerzas para decir todo lo que tenía que decir.

—Estoy en Texas —dijo, pero no hubo respuesta—. ¿Sean?

—¿Dónde?

—Sean, estoy bien y…

—¿Dónde? Estaré ahí en un par de horas.

La sobreprotección de Sean siempre había sido una bendición y una maldición a la vez. Él tenía doce años cuando su padre se casó con la madre de Rebecca.

Rebecca tenía siete. A Sean nunca le había importado no compartir los genes con su hermanastra. A sus ojos, y a los de Rebecca, eran hermanos de sangre. Al nacer Melanie, un año después, había solidificado la unión entre las dos familias.

Lo habían tenido todo. Dinero, amor, prestigio. La vida había resultado perfecta hasta que Gregory Blake había muerto repentinamente de un aneurisma cerebral hacía tres años. Pero entonces, la familia había permanecido unida en su dolor, hasta que

Rosemary Blake muriera dos años después que su marido.

Y Rebecca había encontrado el diario.

Desde ese día, no le había quedado nada a lo que aferrarse. No tenía nada en lo que poder confiar, incluso se había distanciado de Sean y Melanie. Durante los primeros meses, habían tratado de dejarle su espacio pero, últimamente, estaban en todas partes y no la dejaban en paz. No comprendían lo que tenía que hacer.

Aunque, realmente, ella tampoco lo comprendía del todo. No comprendía su desesperación interior por encontrar a Spencer Radick y a León Waters. Simplemente sabía que tenía que hacerlo.

—Sean —dijo ella, manteniendo la voz a un nivel bajo a pesar del volumen de la gramola—. Lo he encontrado.

—¿A Dillon Blackhawk? —preguntó Sean tras una larga pausa.

—Sí.

—Dime dónde estás, Rebecca. Iremos juntos y hablaremos con él. Puedo…

—Ya he hablado con él —interrumpió ella, imaginando cómo se pondría su hermano si supiese cómo se había comportado Dillon. Y no quería imaginarse a Sean y a Dillon cara a cara. No le quedaba duda de que llegaría la sangre al río.

—Demonios, te dije que, si lo encontrabas, iría contigo —dijo Sean levantando la voz—. No puedes acercarte a un desconocido y decirle que su padre era un maldito mentiroso.

—He sido un poco más diplomática que tú —replicó Rebecca, aunque todos sus esfuerzos con Dillon hubieran sido en vano—. Sean, os quiero a Melanie y a ti, y no quiero haceros daño, pero tenéis que dejar que haga esto a mi manera.

—Tu manera es demasiado peligrosa, Rebecca. Necesitas estás respaldada.

Melanie está muy preocupada. Yo estoy muy preocupado.

—Lo siento —susurró Rebecca—. Llamaré a Melanie. Y me pondré en contacto contigo con más frecuencia. Te lo prometo.

—¿Pretendes que me quede sentado mientras tú estás Dios sabe dónde haciendo Dios sabe qué? Se supone que tú eres la centrada de la familia, Ree. Esto es una locura y lo sabes.

Rebecca cerró los ojos. Le dolía la cabeza no por el tequila de la noche anterior, sino por toda esa situación. Sería fácil rendirse a las exigencias de Sean, apoyarse sobre sus hombros como había hecho siempre.

—¿Sigues ahí? Maldita sea, Rebecca, no me cuelgues.

—Sigo aquí —dijo ella—. Y deja de gritarme o sí que colgaré.

—Está bien, está bien —suspiró Sean—. Al menos dime dónde

estás y qué ha ocurrido.

—Estoy en un pequeño pueblo llamado Resolute —dijo ella, y se quedó con la boca abierta al ver el plato que la camarera colocó sobre el mostrador. La ensalada tenía el tamaño de una pelota de baloncesto. Aparentemente, el lema que decía que todo era más grande en Texas no era ningún mito—. Y no ha ocurrido nada aún.

Dillon y yo hablamos esta mañana.

—¿Se lo dijiste?

—Se lo dije.

—¿Y cómo se lo tomó?

Rebecca esperó a que la camarera se alejase.

—¿Cómo te lo tomarías tú? Estoy dándole tiempo para asimilar la noticia.

—Rebecca, puedo volar hasta allí esta noche —dijo Sean—. Te prometo que me mantendré apartado.

—Sean, lo siento, pero no puedo —dijo Rebecca, y se dio cuenta de que tenía público cuando la camarera regresó con un trapo y comenzó a limpiar el impoluto mostrador—. Tengo que dejarte. Te llamaré por la mañana.

Rebecca escuchó cómo su hermano maldecía en voz baja y luego suspiraba. Era fácil imaginárselo pasándose una mano por la cabeza en actitud frustrada.

—Llámame esta noche —exigió Sean—. Y, Ree.

—¿Sí?

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

—Te quiero, hermanita.

—Yo también te quiero.

Rebecca se quedó mirando el teléfono durante un rato después de colgar. No le gustaba preocupar a su familia, sabía que, si la situación fuese al contrario, ella estaría tan preocupada como ellos. Pero, en esa ocasión, tenía que hacer caso a su corazón. La única persona que podía hacer eso con ella era la única persona que no quería hacerlo.

—¿Problemas sentimentales?

La camarera, que estaba dispuesta a iniciar una conversación como fuera, se entretenía en rellenar con sobrecitos de azúcar los recipientes. Rebecca negó con la cabeza y se guardó el móvil en el bolso.

—Hermano sobreprotector —dijo.

—Yo tengo uno de ésos. Es muy mono, pero también es como un grano en el trasero —dijo la camarera y, olvidando el azúcar, se limpió la mano en el delantal y se la ofreció a Rebecca—. Soy Julie.

Tú eres la profesora de Boston, ¿verdad?

Era lo que tenían los pueblos pequeños. También eran otra bendición y maldición a la vez.

—Rebecca Blake —dijo ella.

Julie miró a su alrededor y luego colocó los brazos sobre el mostrador para acercarse más a ella.

—Charlene me ha contado lo tuyo con Dillon Blackhawk.

—¿Charlene?

—Charlene es la prima de Trudy, que está casada con Charlie.

—¿Charlie?

—Ya sabes, el hermano de Dixie —dijo Julie bajando la voz—. Algunos dicen que le pone los cuernos a Trudy con una enfermera que trabaja en la clínica de Yoakum. Si no, ya me dirás que hace él en la clínica. No sé si me entiendes.

Rebecca no tenía ni idea de a lo que se refería Julie, pero asintió como si estuviera enterada. No llevaba allí ni veinticuatro horas y parecía que era el tema de conversación favorito de todo el mundo.

—Es una pena —suspiró Julie.

—¿Lo de Charlie y la enfermera?

—Lo tuyo con Dillon.

—Ah —dijo Rebecca, y dio un sorbo al té—. Claro.

—Dime —prosiguió Julie inclinándose más hacia ella y arqueando las cejas—.

¿Dillon es tan bueno en la cama como parece?

—Bueno, realmente nosotros nunca… quiero decir que no fuimos exactamente…

—No pasa nada, cielo —dijo Julie dándole un golpecito en la mano —. Trudy me ha dicho que se supone que nadie debe saberlo. No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo.

Y con Dixie, Trudy, Charlene y Charlie. Rebecca daba por hecho que no pasarían muchas horas antes de que todo Resolute, los dos mil trescientos cincuenta y cinco habitantes, estuvieran al corriente de su supuesto secreto.

Sin estar muy segura de qué decir, Rebecca dio un mordisco al pavo que llevaba la ensalada y contestó:

—Gracias.

—¿Lo es? —preguntó Julie.

—¿Que si es qué?

—Bueno en la cama.

—Ah —Rebecca vio la expectación en los enromes ojos marrones de la camarera. Tenía que darle algo a la mujer. Al fin y al cabo, necesitaba aliados en ese pueblo, no enemigos. Miró a su derecha,

Luego a su izquierda, y finalmente se inclinó hacia delante—. Digamos que es mejor tener a mano el número de los bomberos. No sé si me entiendes.

—Vaya —dijo Julie alucinada.

—Y eso es todo lo que puedo decir —añadió Rebecca mientras troceaba un pedazo de tomate de la ensalada.

De pronto sonó la campana que había sobre la puerta y entró un hombre alto y larguirucho vestido con el uniforme azul de la compañía del gas. Miró a Julie y sonrió. Luego se sentó al otro extremo del mostrador.

—Es mi novio —dijo Julie con un suspiro—, Gil. Es un encanto, pero el único número que hay que tener a mano con él es el de la compañía del cable. Si en una noche no es capaz de hacer zapping entre doscientos canales de televisión distintos, se enfada.

Julie se apartó del mostrador y agarró la cafetera. Nada como un novio para poner fin a los cotilleos con respecto a Dillon Blackhawk.

—Gil y yo vamos a quedar con Dixie esta noche en el Backwater Saloon durante la hora feliz. ¿Te apuntas?

Rebecca ya había superado su cupo anual de alcohol pero, qué diablos. Estar en un bar con Julie, Gil y Dixie siempre sería mejor que quedarse sentada en su habitación mirando a las paredes.

—Claro —contestó.

—A las seis en punto —añadió Julie con una sonrisa—. Quizá veas a Dillon allí.

«No si él me ve primero», pensó Rebecca, pero sólo dijo:

—La esperanza es lo último que se pierde.

Dillon estaba de pie en un callejón al otro lado de la calle observando a Rebecca hablar con la camarera del restaurante. Estaba casi seguro de que se llamaba Julie, aunque no lo recordaba con exactitud. Ella y su novio, Hill, Gil o algo parecido, eran clientes habituales del Backwater Saloon, pero apenas los conocía. Claro que, aparte de María, Juan e Ilene, la enfermera con la que había salido un par de veces, no podía decirse que conociese a mucha gente en Resolute.

Y así era exactamente como quería que fuera.

Dillon sabía que la gente hablaba, pero nunca le había importado demasiado lo que dijeran de él. Los cotilleos eran como un evento deportivo y, en un pueblo pequeño, algunos de los habitantes se entrenaban en eso como si fuera una disciplina olímpica. Si no eras un participante, te convertías en un evento. Todo el mundo sabía de los asuntos de los demás y, si no lo sabían, se lo inventaban.

—Ya era hora —murmuró cuando Rebecca salió del restaurante.

Aunque caminaba decidida hacia el motel, no parecía tener prisa. Tenía cuerpo de bailarina.

Sus movimientos eran gráciles, calculados y confiados.

A pesar de estar molesto con ella, no podía evitar sentirse intrigado. Rebecca tenía la determinación de un bulldog y la cara de un ángel. Una combinación bastante peligrosa.

Había ido a correr aquella mañana cuando Rebecca se hubo marchado. Cuando había regresado, había lavado su furgoneta, arreglado una tubería rota del jardín de María y reparado un neumático pinchado de la bicicleta de Juan. Había hecho todo lo posible por evitar la carpeta que Rebecca había dejado sobre la mesa. No tenía razón alguna para leer lo que había dentro, ni razón para llamar al abogado de Wolf River para verificar su historia.

Porque ya la creía.

Dillon sabía que su padre había sido un hombre arrogante y despiadado. Un hombre capaz de hacer cosas muy crueles, pero la idea de separar a los miembros de una familia, una familia de su propia sangre, para luego venderlos como a ganado, era inconcebible.

Rebecca tenía razón al asegurar que William Blackhawk odiaba a sus hermanos por haberse casado con mujeres blancas. Antes de que el abuelo de Dillon muriera, William había permitido algún encuentro ocasional entre las familias. Pero, tras la muerte de Red Father, cuando Dillon tenía ocho años, William había prohibido que se mencionara a Jonathan y a Thomas en su casa, insistiendo en que sus hermanos habían mancillado y avergonzado el apellido Blackhawk.

Nadie se atrevía a cuestionar a William Blackhawk. Él mandaba en su casa, en su familia y en su negocio con puño de hierro. Si se lo desafiaba de algún modo, la persona en cuestión sufriría las consecuencias. Dillon aún recordaba alguna que otra bofetada si se atrevía a hablarle de mala manera.

Y también recordaba la primera y única vez en que se había atrevido a devolvérsela.

El sonido de un claxon devolvió a Dillon al presente. Al otro lado de la calle, un Mustang rojo descapotable se detuvo junto a Rebecca. Dixie Denison salió del asiento del conductor y corrió hacia Rebecca, le dio un abrazo, las dos se rieron de algo y luego regresó al coche y se marchó.

No podía ser cierto.

Rebecca apenas llevaba veinticuatro horas en Resolute y ya se había hecho amiga de la sobrina del alcalde.

Otras veinticuatro horas y el pueblo acabaría celebrando un desfile en su nombre.

Apretando la mandíbula, Dillon observó cómo Rebecca se alejaba. Ya era suficiente.

Tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo pronto.

Su día en el campo de golf había sido fructífero a la vez que agradable. Había hecho su mejor juego y la camarera del club, que tenía el mejor trasero que jamás hubiera visto, le había dado su número de teléfono. Aunque sospechaba que, con una cena agradable y unas cuantas copas, acabaría consiguiendo mucho más que eso.

Pero su día en el campo de golf no sólo había sido prometedor en el aspecto personal. El cliente con el que había jugado, Antonio Medini, era una de los hombres más ricos del mundo. No era que estuviese en ninguna lista. Los negocios de Antonio no eran los típicos de los que se hablaba en la revista Forbes o Business Week. Nadie, excepto el mismo Antonio, sabía cuánto dinero tenía, pero era el suficiente como para comprar lo que quisiera.

Y quería un bebé.

En realidad, su mujer quería uno. Antonio había tenido otros tres hijos con sus otras dos esposas, pero a su esposa actual le había entrado de pronto el espíritu maternal y había decidido que quería no sólo un bebé, sino dos. Gemelos. Un niño y una niña. Seguro que todos sus amigos se morirían de envidia.

No era que fuese a tenerlos ella realmente, por supuesto. Tenía un cuerpo espléndido y ninguna intención de arruinarlo con estrías ni de pasarse meses enteros como una vaca. Quería dos niños perfectos, italianos, por supuesto, como Antonio, y los quería ya, antes de que abandonaran Estados Unidos para regresar a Nápoles.

Antonio llamó a un amigo, que llamó a otro amigo. Y apareció un solo nombre, el de alguien que podría llevar a cabo tamaño encargo.

Leland Worthington.

De todos los nombres que había adoptado con los años, al Leland era el que más le gustaba. Pensaba que le pegaba. Le daba un aire aristocrático. Sonaba como si hubiera nacido siendo parte de la nobleza y no de una familia obrera. Desde que era un niño, había sabido que no pertenecía a ese mundo, que estaba destinado a cosas más importantes. El dinero había sido la única salida. Se había pagado él mismo la escuela de Derecho y su primera práctica le había proporcionado el reconocimiento de un abogado que sabía cómo tratar al cliente y cómo desenvolverse en el sistema.

León Waters y Asociados, en Granite Springs, había supuesto un éxito moderado, aparte de unos ingresos bastante decentes, pero no se había hecho realmente importante hasta que William Blackhawk lo había contratado. Experto por ser indio, William era todo lo que León

quería ser. Rico, poderoso, despiadado.

Y ahora él, Leland Worthington, era igual de rico, igual de poderoso, igual de despiadado. Aquella noche hacía veinticuatro años había supuesto un punto de inflexión para él. ¿Quién hubiera dicho que la gente estuviera dispuesta a pagar tanto dinero por un niño? Aunque su especialidad siguiera siendo la planificación financiera, iba ganando dinero poco a poco con el negocio de los niños. Adopciones ilegales. Sus clientes nunca preguntaban de dónde sacaba los bebés, y él nunca se lo decía. Su nombre de pila era La Cigüeña, pero le gustaba más considerarse como una especie de Santa Claus. Repartiendo felicidad y llevando alegría a las vidas de las personas.

El hecho de que ganase una cantidad de, al menos, seis cifras por niño también llevaba alegría a la vida de Leland. Libres de impuestos, todo depositado en una cuenta en Suiza.

Había invertido bien y su sueño estaba haciéndose por fin realidad. Si conseguía cumplir el encargo de Antonio, la desorbitante suma de dinero que conseguiría sería la guinda del pastel antes de abandonar la ciudad. Era un encargo difícil, pero haría correr la voz para ver lo que sucedía.

Cuando sonó su móvil, estaba metiendo sus palos de golf en el maletero de su Mercedes Roadster plateado. Comprobó la identidad de la persona que llamaba y contestó.

—¿Y bien? —contestó.

—La he encontrado —dijo Edmunds desde el otro lado de la línea —. Está en un pequeño pueblo llamado Resolute.

—¿Y Dillon?

—Él vive aquí, pero no sé si han hablado ya.

Leland suspiró. Ya estaba harto de ese asunto. Tenía otras cosas en qué pensar.

—Ocúpate de ellos.

—¿Temporal o permanentemente?

Leland pensó en ello. Algo permanente siempre era mejor pero, en esa ocasión, él se habría marchado en pocos días y le daría igual lo que hicieran Dillon Blackhawk o Rebecca Blake. Y, si ambos morían, siempre existía la posibilidad, por remota que fuera, de que sus muertes dieran paso a más investigaciones.

—Pon a Dillon en la lista de minusválidos. Con la mujer haz lo que quieras —

dijo finalmente y colgó. Sabía exactamente lo que Edmunds haría con la mujer. Pero ella se lo había buscado. Debería haberse quedado en Boston.

Pronto desearía haberlo hecho.

Capítulo 5

Rebecca disfrutaba del sueño. Estaba tumbada en una suave roca junto a un arroyo, observando los rayos de sol sobre el agua. Estaba rodeada por un prado verde y frondoso donde las briznas de hierba ondeaban uniformemente al vaivén de la brisa. Muchas flores silvestres amarillas y azules adornaban el paisaje y esparcían su aroma por el aire. Los pájaros cantaban en los árboles.

Con una sonrisa, Rebecca estiró las piernas y se giró hacia un lado.

En un instante, la brisa se tornó helada y los pájaros callaron. Una sombra se cernió sobre el prado y un pájaro chilló, provocándole un escalofrío por la columna.

Miró al cielo y vio un halcón volando sobre su cabeza y bloqueando la luz del sol.

Con las garras y el pico abiertos, el animal se lanzó sobre ella.

Rebecca abrió los ojos de golpe.

Un sueño. Sólo había sido un sueño. Volvió a cerrar los ojos y se estremeció, esperando a que su pulso volviera a la normalidad mientras recordaba dónde estaba.

La habitación de un hotel. Resolute. Era domingo.

Se cubrió con la manta y volvió a estremecerse. Ojalá hubiera llevado puesto algo más que la camiseta blanca y los pantalones cortos que usaba para dormir. ¿Por qué hacía tanto frío en la habitación? ¿Y por qué estaba todo tan oscuro? Tras frotarse los ojos para poder ver con claridad, giró la cabeza para comprobar la hora en el despertador y vio que apenas eran las seis de la mañana. Se había sentido tan cansada al llegar a la habitación a la una de la mañana, que había dado por hecho que dormiría hasta tarde. Sin embargo, gracias a su pesadilla, sólo había conseguido dormir cinco horas.

No había previsto quedarse hasta tan tarde la noche anterior pero, la verdad, se lo había pasado bien con sus nuevos conocidos. Había jugado al billar con Dixie y a los dardos con Julie. Luego, Gil le había contado las anécdotas que le sucedían leyendo los contadores del gas y todos se habían reído de ella por el hecho de que no bebiera más que soda en toda la noche, aunque no le habían dado mayor importancia. Gil se había comportado como un perfecto caballero e, incluso, había llamado a su hermano, Mike, para que fuera con ellos.

Rebecca sospechaba que pretendían hacer de casamenteros, sobre todo cuando Julie insistió en que Mike jugara una partida de billar con ella y que luego se sentara a su lado en la mesa. Pero, aunque el hermano de Gil era majo, e incluso tenía un ligero parecido a Brad Pitt, lo último para lo que Rebecca tenía tiempo en ese momento era

un hombre.

Excepto Dillon, claro. Aunque, desde luego, no le interesaba en el aspecto romántico. Era lo contrario a cualquier hombre con el que hubiera salido aunque, para ser sincera, había salido con muy pocos. Durante su primer año en la universidad, había salido con Darrin, un amigo de Sean, pero habían acabado siendo mejores amigos que amantes. Luego había conocido a Matt, un asesor financiero, en uno de los festivales benéficos que organizaba su madre, pero aquel chico tenía una relación más intensa con sus acciones y sus bonos del estado que con ella. También había salido durante algún tiempo con uno de los profesores de la escuela, pero tampoco había funcionado.

Quería conocer al hombre perfecto, quería sentir eso en su corazón, las mariposas en el estómago cada vez que él entrase en la habitación. Quería tener hijos, quería tener una casa fuera de la ciudad, donde pudiera conocer el nombre de su vecino de al lado, quería hacer barbacoas en el jardín de su casa. En un año o dos, estaría preparada para todo eso, pero no en ese momento.

Si quería tener un futuro, tenía que enfrentarse primero con el pasado.

Pero en ese momento, su preocupación más inmediata era que se estaba congelando. Salió corriendo de la cama frotándose con los brazos, apagó el aire acondicionado, que estaba a la máxima potencia, y volvió a meterse bajo las sábanas de un salto castañeteando los dientes con fuerza. Era curioso, pero recordaba haber puesto el aire al mínimo la noche anterior, y no al máximo. Al parecer no se daba cuenta de lo que estaba haciendo últimamente.

Despierta como estaba, volvió a estirarse y decidió que sería mejor ducharse y vestirse en vez de quedarse en la cama a oscuras pensando en sus planes de futuro y en sus frustraciones sentimentales. Se dispuso a salir de la cama otra vez y se quedó helada.

Vio la silueta de un hombre sentado en un rincón. El corazón le dio un vuelco y tuvo que contener un grito. Sentía cómo la adrenalina le corría por las venas y agarró la sábana con fuerza. Sabía que, si intentaba correr hacia la puerta, no llegaría a tiempo. Si gritaba, el hombre se abalanzaría sobre ella en un instante.

«Cálmate», se dijo a sí misma.

Su spray de pimienta estaba en el bolso, que estaba sobre la mesilla de noche, pero sabía que las posibilidades de localizarlo antes de que el hombre la detuviera eran muy escasas. Sin embargo, era lo único que podía hacer.

Con el corazón latiéndole con fuerza, volvió a meterse bajo las sábanas y comenzó a deslizarse por el colchón.

—Buenos días, Becky.

Al escuchar aquella voz tan familiar, se quedó absolutamente quieta. Tardó un rato en encontrar su propia voz y, cuando lo hizo, sólo pudo emitir un leve susurro.

—¿Dillon?

—¿Esperas a alguien más?

Entornando los ojos, Rebecca parpadeó y trató de distinguir su cara, pero no había suficiente luz. Sintió un alivio instantáneo que se extendía por todo su cuerpo y que fue sustituido enseguida por una rabia intensa.

—¿Qué diablos estás haciendo en mi habitación?

—Querías hablar —dijo él como si fuera lo más normal—. Aquí estoy.

«¿Querías hablar? ¿Aquí estoy?». Rebecca sentía cómo la histeria amenazaba con superarla y tuvo que llevarse la mano a la garganta para intentar calmarse.

—Había echado el pestillo y la cadena en la puerta. ¿Cómo has entrado?

—Eso no importa.

—A mí sí me importa —dijo Rebecca. Quería asegurarse de que jamás volviese a ocurrir.

—¿Te lo pasaste bien anoche con Dixie y sus amigos?

Al parecer, no iba a contestar a su pregunta. Deseaba poder verle la cara, pero lo único que podía distinguir era su pelo largo cayéndole sobre los hombros.

—¿Entras en mi habitación y casi me matas del susto sólo para preguntarme si me lo pasé bien anoche?

—¿Me tienes miedo, Becky?

—Ya no soy Becky —ni siquiera su madre había vuelto a llamarla así desde la noche en que abandonaron Circle B. «Una nueva vida», le había dicho. Una vida nueva y llena de aventuras—. Y no, no te tengo miedo.

—Mentirosa —respondió él poniéndose en pie—. Puedo oírlo en tu voz.

Rebecca tragó saliva. En la oscuridad, Dillon parecía incluso más alto, su pecho más ancho y sus hombros más grandes. Bueno, quizá sí que le tuviese un poco de miedo. Quizá mucho. Pero no pensaba dejar que se le notara.

—Me despierto y hay un extraño en mi habitación —dio ella tapándose con la sábana al ver que Dillon se acercaba. Tenía el bolso casi al alcance de la mano. Si tenía que hacerlo, usaría el spray con él —. Sería una estúpida si no me asustara.

—Y no eres estúpida, ¿verdad? —preguntó él deteniéndose al pie de la cama—.

De hecho, eres muy lista. Te graduaste cum laude en Brown, hiciste tu tesis sobre los efectos de los principios socioeconómicos en los criterios educacionales de las ciudades. Luego, trabajaste durante dos años en el departamento de investigación de educación antes de conseguir el puesto de profesora en una escuela, donde has estado los últimos tres años.

Rebecca se quedó con la boca abierta y preguntó:

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tú no eres la única que tiene acceso a la información —dijo él—. También sé que, a pesar de trabajar en una de las zonas más pobres de Boston, vives en una de las más ricas. Tu madre se divorció de tu padre biológico en Irlanda cuando tú tenías tres años, se vino a Estados Unidos cuando tenías cuatro y se casó con Gregory Blake cuando tenías siete. Tienes un hermanastro mayor que tú llamado Sean, que tiene una empresa privada de vuelos charter, y una hermana llamada Melanie que está estudiando para su doctorado en Física a la tierna edad de veinticuatro años.

También diste clases de piano durante ocho años pero, según tu profesora, nunca se te dio muy bien.

Dillon disfrutaba viendo a Rebecca con la boca abierta. Se había colado en su habitación hacía una hora y la había observado dormir, esperando a que amaneciera.

Nadie lo había visto entrar y nadie lo vería salir.

—¿Cómo puedes saber todo eso? —preguntó ella con tono de incredulidad.

—Como ya he dicho —contestó él encogiéndose de hombros—, tú no eres la única que sabe escarbar en el pasado de la gente. ¿Qué se siente ahora que las tornas han cambiado, cariño?

Entonces Rebecca apretó los labios, levantó la barbilla y dijo:

—No tenía ningún otro modo de encontrarte. Como ya te dije, no lo pusiste nada fácil.

—Eso debería haberte dado una pista —dijo él secamente—. Si me marcho hoy de aquí, confía en mí, me aseguraré de que no vuelvas a encontrarme.

Aquella amenaza pareció dejarla sin ánimos de repente. Dejó caer los hombros, dobló las rodillas y agachó la cabeza, colocándola entre sus piernas.

—Por favor —susurró ella—. Por favor, no te marches.

La desesperación en su voz sorprendió a Dillon, pero no tanto como el pinchazo que sintió en el corazón al verla suplicar. Se dijo a sí

mismo que debía marcharse en ese momento y no mirar atrás, sabía que sería un error seguir con esa conversación, sobre todo teniendo en cuenta que Rebecca estaba medio desnuda bajo las sábanas a las que tanto se aferraba.

No le importaba admitir que se sentía muy atraído físicamente hacia ella. Puede que lamentara su aparición en su vida, pero habría sido ciego de no apreciar sus cualidades físicas. Tras observarla durante una hora durmiendo, escuchando sus leves suspiros, no podía evitar preguntarse cómo sería estar con ella en esa cama.

Preguntarse qué tacto tendrían sus pechos bajo sus manos, si sabría igual de bien que olía, si tendría la misma determinación en la cama que fuera de ella.

Finalmente había subido el aire acondicionado al máximo, no sólo para despertarla, sino para enfriarse él. Cuando Rebecca había salido de la cama para apagarlo, había podido ver parte de sus muslos y la silueta de sus pechos firmes. Se sentía aliviado de que la habitación estuviese a oscuras; de lo contrario, habría saludado a Rebecca con algo más que un simple «buenos días».

Pero verla tan desesperada enfrió su deseo con más efectividad que ningún aire acondicionado.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Dillon.

—Lo que hicieron mi madre y tu padre fue deplorable.

—Yo no soy responsable de los pecados de mi padre, Rebecca. Ni tú eres responsable de nada de lo que hiciera tu madre.

—No se trata de aceptar las responsabilidades —dijo ella envolviéndose las rodillas con los brazos—. Se trata de hacer las cosas bien.

—Los dos han muerto —dijo él. No le gustaba la dirección que estaba tomando la conversación ni lo que pensaba que Rebecca estaba sugiriendo—. Me parece que es un poco tarde para las retribuciones.

—Radick y Waters siguen ahí fuera, en alguna parte.

—O quizá hayan muerto también.

—Quizá —reconoció ella—, pero tengo que saberlo.

—¿Por qué tienes que saberlo? —preguntó él mientras caminaba de un lado a otro de la habitación—. No puedes cambiar nada de lo que ocurrió hace veinticuatro años. Mis primos se han reencontrado y tienen su herencia. Eso debería ser suficiente.

—No lo es —dijo ella negando con la cabeza—. ¿Y si Waters sigue por ahí comprando y vendiendo niños?

—A la gente buena le ocurren cosas malas. No puedes salvarlos a todos.

—Nadie sabe eso mejor que yo —contestó ella con suavidad—.

Pero, si encontráramos a Waters, si pudiéramos ayudar a una sola persona a la que le haya arruinado la vida, quizá, y sólo quizá, podríamos arreglar el pasado.

—Nada ni nadie puede arreglar el pasado —contestó él—. Ni tú ni yo.

—Sí podemos. Si nosotros encontramos a Radick, estoy segura de que podremos encontrar a Waters y…

—¿Es que no lo entiendes? No hay ningún «nosotros» —dijo él colocándose junto a la cama y agarrándole los hombros—. Esto es lo más cerca que vamos a estar de un «nosotros».

Entonces la besó, meramente para intimidarla. Haría lo que fuera para que desapareciera. Puede que ella no se diera cuenta, pero le estaba haciendo un gran favor. Al oírla suspirar, Dillon le separó los labios con la lengua y esperó a que ella se apartara, esperó a que contraatacara y lo insultara.

Al no hacer ninguna de esas cosas, al quedarse ahí, entre sus brazos, quieta, Dillon supo que había cometido un serio error.

La sorpresa y la rabia hicieron que fuera él quien se apartara. Se dijo a sí mismo que debía parar, pero la necesidad y el deseo fueron más fuertes que él y volvió a inclinar la cabeza sobre ella.

Pero, en esa ocasión, no fue para intimidarla ni para castigarla, sino meramente por el placer de hacerlo.

Ella le tocó los brazos suavemente, y el roce de sus dedos fue como más leña para el fuego que circulaba por sus venas. Dillon le colocó un brazo en la espalda y la acercó hacia él, sintiendo el latido de su corazón. ¿O sería el suyo propio? Escuchó el sonido de su respiración acelerada mezclándose con la suya propia. Dos capas de algodón separaban sus cuerpos. Los pechos de Rebecca se amoldaban perfectamente sobre su torso. El tacto de sus pezones erectos contra su pecho hizo que dejara por un momento de pensar en parar antes de que se le fuera de las manos.

¿Pero a quién diablos trataba de engañar? Ya se le había ido de las manos.

Desde el mismo momento en que había saboreado su boca, no, desde el momento en que había puesto sus ojos en ella, había sentido la necesidad y el deseo.

Una necesidad casi primitiva por tocarla y saborearla.

Aquel pensamiento lo asustó e hizo que se apartara de ella. La soltó y dio un paso atrás. Los dos respiraban entrecortadamente y el sonido retumbaba en la habitación. La luz de primera hora de la mañana comenzaba a filtrarse a través de las persianas, permitiéndole ver el bochorno en el rostro de Rebecca así como sus labios hinchados

y húmedos a consecuencia de sus besos.

Dillon apretó los puños y tuvo que controlarse para no volver a besarla.

—Como ya he dicho —dijo él apretando los dientes y los puños para controlarse—, no hay un «nosotros». Vete a casa, Rebecca.

—No puedo —dijo ella de rodillas sobre la cama—. Tengo que encontrarlos, Dillon. Con o sin ti.

A Dillon le entraron ganas de zarandearla, pero temía que, si lo hacía, acabara besándola una vez más. ¡Maldita mujer!

—¿Crees que puedes ir a Radick y a Waters y decirles que han sido unos chicos malos?

¿Crees que se arrodillarán ante ti rogando perdón? —preguntó él —. Hombres como Radick y Waters te arrancarán el corazón y lo harán pedazos en un abrir y cerrar de ojos.

—Me arriesgaré —contestó ella aguantándole la mirada—. Ya te he dicho que no soy estúpida.

—Estoy empezando a cambiar de opinión respecto a eso —añadió él—. Ahora, vete a casa, Rebecca, o acabarás muerta.

Sin mirar atrás, Dillon atravesó la habitación y abrió la puerta. Cuando ella dijo su nombre, se detuvo en el marco de la puerta y miró por encima del hombro.

—Para que conste en acta —dijo Rebecca—. Yo era una pianista muy buena.

En otras circunstancias, puede que hubiera sonreído. Pero, en otras circunstancias, no habría estado allí.

Se giró y salió de la habitación en silencio.

Rebecca tardó diez minutos en dejar de temblar, otros diez minutos en asegurarse de que sus piernas no la traicionarían al levantarse. Seguía con los sentidos a flor de piel cuando por fin se levantó de la cama y se colocó en el mismo lugar en que había estado Dillon.

«Me ha besado», pensó. «Y yo lo he besado».

Cerró los ojos con un gemido. ¿Cómo podía haber ocurrido algo así? Por un momento incluso se cuestionó si habría ocurrido. En la quietud de la habitación, la delgada línea entre los sueños y la realidad parecía borrosa. Se llevó los dedos a los labios y supo que sí había ocurrido. Sus labios aún le temblaban. Aunque, no sólo los labios, sino su cuerpo en general.

Aún podía sentir sus manos grandes en sus hombros, podía sentir su fuerza cuando la había agarrado. Podía sentir su boca devorando la suya.

Y ella no lo había desanimado en absoluto. Al contrario, lo había

recibido abiertamente. Ella había deseado aquel beso y aquellas manos sobre su cuerpo. La lógica le decía que Dillon simplemente se había aprovechado de su cansancio y de su estado emocional.

Se dijo a sí misma que había sido la situación, la necesidad de conectar con otro ser humano. En un momento de extrema vulnerabilidad, había bajado la guardia.

Pero sabía que era más que eso. Mucho más que soledad o miedo o cansancio.

Sabía que era más profundo porque nadie antes la había hecho sentirse así. Aquel beso le había llegado al corazón.

Aunque pensaba que ya no servía de nada, Rebecca volvió a echar el pestillo y la cadena, e incluso cerró la puerta del baño mientras se duchaba. Pero sabía que nada podría detener a ese hombre si decidiese volver.

Seguía sin saber cómo había entrado él en la habitación con semejante facilidad y sin hacer ruido, pero había sido una importante lección. Desde ese momento, colocaría una silla delante de la puerta y dormiría junto a su spray de pimienta.

Realmente no le preocupaba la posibilidad de que Dillon regresara. Había dejado muy claro que no iba a ayudarla, y tenía que aceptar su decisión, por muy desesperante que fuera. No podía obligarlo. Dudaba que alguien pudiera forzar a Dillon Blackhawk a hacer algo que no quisiera hacer.

Mientras se vestía, pensó que quizá Dillon tuviera razón. Quizá ella fuese una estúpida. El hecho de que sus vidas se hubieran cruzado hacía veinticuatro años no significaba que hubiera unión alguna entre ambos. Sean siempre le había dicho que era demasiado idealista, que un poco de cinismo no le hacía mal a nadie. Hasta ese momento no se había creído ni una palabra. Pero ahora se daba cuenta de lo estúpida que había sido al pensar que Dillon fuese a compartir sus sentimientos y su deseo de enmendar las malas acciones que se habían cometido en el pasado.

Metió el neceser en la maleta y cerró la cremallera, preguntándose si aquel hombre tendría sentimientos de algún tipo.

Rebecca observó la cama revuelta y no pudo evitar sentir un escalofrío. Con un suspiro, salió de la habitación y respiró hondo, sintiendo el olor de beicon recién hecho. Necesitaba desayunar antes de meterse en carretera. No tenía ni idea de adónde iba a dirigirse, pero sacó un mapa de la guantera y se dirigió hacia el restaurante.

El restaurante estaba abarrotado y todos los asientos de la barra estaban ocupados. Rebecca se sentó a una de las mesas junto a la ventana y pidió café y huevos revueltos a una camarera con el pelo

rubio platino y los ojos somnolientos.

Aquella mañana no había una sola cara familiar en el local pero, a juzgar por las caras curiosas de los clientes, Rebecca imaginó que todo el mundo sabría quién era.

¿Qué más daba si la miraban?, pensó mientras abría el mapa. Tras terminar de desayunar, dejar el motel y poner gasolina al coche, Resolute no sería más que un punto lejano en el horizonte. Y, aunque le hubiese dado su número de casa y dirección a Dixie y a Julie y les hubiera dicho que la visitaran si alguna vez pasaban por Boston, Rebecca no albergaba esperanzas de volver a saber nada de ellas. De un modo extraño, las echaría de menos. Sin duda, eran dos de las personas más curiosas que había conocido en su vida.

Cuando iba por su segunda taza de café, divisó a un hombre con traje de sheriff entrar en el local. Tenía cara de sabueso pero cuerpo de pit bull. Llevaba un sombrero de cowboy blanco y tenía el pelo gris y corto. Tenía expresión sombría mientras hablaba con la camarera. Luego miró a su alrededor hasta fijar la mirada en Rebecca.

Genial. No le había dado tiempo a abandonar el pueblo antes de que Dillon enviara a las fuerzas de la ley a darle una patada en el trasero. Observó cómo el sheriff se acercaba a ella y se detenía junto a la mesa.

—¿Rebecca Blake?

—¿Sí?

—Siento molestarla mientras desayuna —dijo el hombre colocando una mano sobre su pistola y la otra sobre unas esposas—. Soy el sheriff Keber.

Rebecca no sabía bien si felicitarlo por ello y ofrecerle las muñecas para que la detuviera.

—¿Qué puedo hacer por usted, sheriff?

—Mi hija Julie trabaja aquí, en el restaurante —dijo él—. Me ha dicho que es usted amiga íntima de Dillon Blackhawk.

¿Amiga íntima? Rebecca casi se carcajeó en su cara, pero sólo dijo:

—Nos conocemos.

—¿Le importaría venir conmigo?

Incluso viniendo de Dillon, aquello era pasarse de la raya, pensó Rebecca furiosa. Aunque por dentro se sentía tremendamente molesta, simplemente agarró la taza de café y dio un trago con la mayor tranquilidad del mundo.

—¿Ir adonde, sheriff?

—Al hospital —dijo Keber—. Parece que su novio ha tenido un accidente.

Capítulo 6

Rebecca estaba sentada en la sala de espera del hospital de Resolute. El edificio de ladrillo y cristal, que se encontraba a las afueras del pueblo, parecía más una clínica de urgencias que un hospital de verdad. El suelo de baldosas azules estaba brillante y parecía que las paredes blancas habían sido pintadas recientemente. En una esquina se alzaba una palmera artificial y en la otra una pecera pobremente iluminada. La recepcionista, una mujer de pelo gris con gafas bifocales, le había ofrecido café o té, pero Rebecca había declinado ambas cosas y la mujer había devuelto la atención a la película que estaba viendo en la televisión que había sobre el mostrador.

Aparte del accidente de Dillon, parecía que no había mucho movimiento en el hospital aquella mañana.

Rebecca no tenía ni idea de la gravedad de las lesiones de Dillon. Sólo sabía que su furgoneta se había salido de la carretera, estrellándose contra un árbol. Y, aunque dudaba que Dillon apreciara su preocupación, había decidido ir de todas formas. Por mucho que le fastidiaba tener que reconocerlo, estaba preocupada por él.

Era extraña la conexión que sentía con Dillon. Era más profunda que su pasado e iba más allá de sus deseos de retribución por los pecados de su madre. Fuera lo que fuera, no podía marcharse sabiendo que estaba malherido.

Rebecca miró el reloj que colgaba de la pared. Habían pasado diez minutos desde que el sheriff había ido a comprobar el estado de Dillon, pero parecía que eran diez horas. Trató de ver la película que echaban por la tele, un antiguo musical de Fred Astaire y Ginger Rogers, pero no podía concentrarse. Así que acabó por abrir una revista que había sobre la mesa. No tardó mucho en volver a dejarla donde estaba.

¿Por qué tardarían tanto? Sólo podría ser que las lesiones de Dillon fueran realmente graves. Tan graves que lo estuvieran operando en ese momento, como en un episodio de Urgencias, con un equipo de médicos y enfermeras corriendo de un lado a otro y gritando términos médicos ininteligibles.

Sacudió la cabeza al ver lo ridícula que era su imaginación pero, aun así, aquella imagen en su cabeza hizo que se levantara inquieta de la silla y se dirigiera a la recepcionista. Antes de que pudiera llegar al mostrador, el sheriff abrió las puertas dobles y dijo:

—Ya puede pasar, señorita Blake.

Por fin.

Rebecca agarró su bolso y siguió al sheriff a través de las puertas. Pasaron por delante de la sala de las enfermeras, donde una rubia muy guapa se encontraba rellenando un informe. La placa de metal que llevaba en la pechera indicaba que se trataba de la enfermera Ilene Baker. Dixie y Julie le habían dicho que Dillon había salido con ella.

Rebecca esperaba que, al verla, la enfermera le dirigiera una mirada de odio pero, al levantar la cabeza, simplemente sonrió.

—Está en la habitación número seis —dijo Ilene—. La tercera puerta a la derecha. El médico está ahora con él.

—Yo tengo que marcharme —dijo el sheriff—. Si necesita que la lleven de vuelta al motel, puedo hacer que el director venga a recogerla.

—Gracias —dijo Rebecca—, pero no está tan lejos. Puedo ir andando.

—Una chica de ciudad que camina. Qué curioso —dijo el sheriff, y miró a Ilene

—. Será mejor que tengan una habitación preparada. Acabo de recibir una llamada de una bronca familiar.

—¿Edith y Hank? —preguntó Ilene.

—Sí. No sé si Hank se está haciendo más lento y es que Edith tiene mejor tino pero, si esa mujer ha vuelto a golpear a su marido con la sartén, me temo que el médico tendrá que examinarlo a fondo. Esta vez debería encerrarla aunque, si lo intento, me golpearía a mí también. Señorita Blake —dijo el sheriff dirigiéndole una sonrisa a Rebecca—, ha sido un placer.

—¿Debo esperar a que el médico haya terminado? —le preguntó Rebecca a Ilene cuando el sheriff se hubo marchado, sin estar muy segura de lo que debía hacer.

—No es necesario —contestó la enfermera—. Probablemente le sea de ayuda.

Sin entender muy bien ese comentario, Rebecca se dio la vuelta y comenzó a recorrer el pasillo. Aunque el pequeño hospital de Resolute no tenía nada que ver con el hospital general de Massachussets, el olor tan peculiar a desinfectante le resultaba demasiado familiar.

Era la primera vez que estaba en un hospital desde que su madre había muerto.

Comenzó a sentir las emociones descarnadas, que amenazaban con superarla, pero rápidamente las apartó de su mente. Aquél no era ni el momento ni el lugar para dar rienda suelta a sus sentimientos.

Rebecca se detuvo frente a la habitación número seis y oyó voces masculinas dentro. La puerta estaba medio abierta, pero había una cortina que impedía ver la cama. Golpeó ligeramente en la puerta.

La cortina se descorrió y un hombre bajo y rechoncho asomó la cabeza y dijo:

—Ah, usted debe de ser la señorita Blake. Justo a tiempo. Estaba a punto de encargar que le hicieran una irritactomía.

Rebecca observó a Dillon, que estaba tumbado sobre la cama, con los brazos cruzados sobre la bata del hospital y varios puntos sobre su ceja izquierda. También tenía un ojo amoratado. Al ver aquella imagen, Rebecca no pudo evitar sentir un vuelco en el estómago.

—¿Una irritactomía?

—Es el procedimiento habitual para tratar el SPI, también conocido como Síndrome del Paciente Irritable —dijo el médico, y le ofreció la mano—. Doctor Edward Thompson.

—Un placer —dijo Rebecca, tratando de no sonreír, mientras le estrechaba la mano.

—Si habéis terminado de reíros de mí —masculló Dillon—, me gustaría largarme de aquí.

El doctor Thompson suspiró y se dirigió a su paciente.

—Aún no nos han traído tus radiografías y, aunque así fuera, no te dejaría marchar sin más. Sugiero que te relajes y disfrutes de la compañía de esta bella señorita.

—Unos puntos y unos cuantos moratones no son razón para tenerme aquí — dijo Dillon cada vez más impaciente—. Ya me has cosido. Si mis radiografías muestran algún problema, volveré. Ahora quiero mi ropa.

—Si quieres irte a casa con tus botas y la bata del hospital, eres libre de marcharte —dijo el doctor Thompson pacientemente—. De otro modo, tendrás que esperar —añadió, y se dirigió a Rebecca con cara de condolencia—. Si me disculpa, iré a ver qué pasa con esas radiografías.

Cuando el doctor Thompson hubo abandonado la habitación, Rebecca se mordió el labio y dio un paso hacia delante.

—¿Cómo estás?

—Genial —contestó Dillon echando la cabeza hacia atrás para mirar al techo—.

Mi furgoneta se ha estrellado de frente contra un árbol. A parecer, ha ganado el árbol.

Rebecca imaginó que sería buena señal que Dillon no hubiera perdido su sarcasmo. Si no se hubiera mostrado irritable y seco, entonces sí que se habría preocupado.

—¿Qué ocurrió?

—Algún idiota que conducía una furgoneta azul trató de adelantarme y me golpeó en el parachoques trasero. Lo siguiente que

recuerdo es estar tumbado en la parte de atrás de una ambulancia de camino a aquí. El muy malnacido ni siquiera se quedó a ayudarme.

Rebecca se acercó a la cama. Dillon parecía un boxeador tras un combate de diez asaltos. Entre los puntos y el ojo morado, seguro que le dolía, pero seguro que no estaba dispuesto a admitirlo. Dillon Blackhawk era demasiado orgulloso, demasiado testarudo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él.

—Estaba lista para marcharme —contestó ella—, pero el sheriff me encontró en el restaurante y me dijo que habías tenido un accidente. Sólo quería asegurarme de que estuvieras bien, por si necesitabas algo.

Ella era la última persona que Dillon hubiera esperado ver junto a su cama.

Después de cómo la había tratado, después de haberse negado a ayudarla, después de haberla besado y luego haberse marchado. La mayoría de las mujeres se habrían puesto furiosas y se habrían alegrado de su accidente.

Pero sabía que Rebecca no era como la mayoría de las mujeres.

—Lo que necesito —dijo él— es que te olvides de esta cruzada tuya. Regresa a Boston y deja que el pasado descanse en paz.

Parecía como si Rebecca realmente estuviese considerando su sugerencia. El cansancio y el desánimo eran evidentes en sus ojos. Aquel súbito deseo de tocarla y acariciarla lo sorprendió. Quizá no pudiera detenerla, pero tampoco iba a ayudarla.

En el mejor de los casos, Rebecca recorrería Texas buscando su aguja en el pajar y finalmente regresaría a casa.

Ni siquiera quería pensar en el peor de los casos.

Llamaron a la puerta y entró el sheriff Keber, que se dirigió a Dillon.

—Acabo de recibir una llamada de Walt que puede que te interese. Parece que ha encontrado la furgoneta que te golpeó. Es azul y tiene el parachoques delantero abollado. Estaba escondida junto a la autopista a las afueras del pueblo, detrás de unos árboles. Pertenece a Arnie Howard.

Dillon conocía a Arnie del Backwater Saloon. Trabajaba en un rancho y su mujer lo había echado de casa porque bebía demasiado. Nunca le había prestado demasiada atención al tipo pero, desde luego, empezaría a hacerlo.

—¿Dónde diablos está? —preguntó Dillon.

—En Houston —dijo el sheriff Keber—. Walt llamó a la madre de Arnie cuando encontró la furgoneta. Dice que Arnie y Josh Merino están compitiendo en un rodeo y que llevan fuera cinco días.

¿Cinco días? Dillon entornó los ojos y preguntó:

—¿Entonces quién conducía su furgoneta?

—Eso no lo sé todavía pero, de acuerdo con June —dijo el sheriff, y miró a Rebecca—, la madre de Arnie, Arnie aparcó su furgoneta junto a Citco y la dejó allí.

Cualquiera podría habérsela llevado, luego asustarse tras golpearte y esconderla tras los árboles. Apuesto a que fue alguno de los adolescentes de Eli Haber, o todos ellos.

No son malos chicos pero, teniendo vacaciones, disponen de demasiado tiempo libre.

La furgoneta de Arnie aparcada y con él en Houston es como un cartel luminoso sobre un burdel ofreciendo demostraciones gratis —dijo Keber, se quitó el sombrero y se disculpó ante Rebecca—. Perdone, señorita Blake.

—No pasa nada —dijo ella.

—En cualquier caso —prosiguió el sheriff mirando a Dillon—, Walt va a remolcar la furgoneta de Arnie hasta el taller. Yo tengo que ocuparme de una disputa doméstica, luego iré a echar un vistazo y te contaré lo que descubra. Creo que encontraremos al culpable muy pronto. Es difícil ocultar algo en este pueblo.

Aquello era como decir que el cielo es azul, pensó Dillon bastante molesto, y observó cómo el sheriff se tocaba el ala del sombrero para despedirse.

—Señorita Blake, Dillon —dijo.

Dillon se quedó mirando hacia la puerta después de que el sheriff se hubiera marchado. Fuera quien fuera el que hubiera decidido «tomar prestada» la furgoneta de Arnie, o no era muy listo, o no tenía ni idea de conducir. Lo que significaba que, o estaba borracho, o no había conducido una furgoneta en toda su vida. De un modo u otro, Dillon encontraría al culpable cuanto antes, y estaba seguro de que pagaría las consecuencias.

—Dillon —dijo Rebecca, interrumpiendo sus pensamientos de venganza. Dillon apartó la vista de la puerta y la miró—, me voy. Siento lo de tu furgoneta y cualquier problema que yo te haya causado. Supongo que el accidente no habría tenido lugar si no hubieras ido a verme esta mañana.

Aquello sería probablemente cierto, pensó Dillon, pero irrelevante. Al permanecer callado, ella vaciló un instante y levantó las manos como para tocarlo. Él se puso rígido temiendo que, si lo tocaba, si volvía a pedirle ayuda, él podría cambiar de opinión.

Para su tranquilidad, Rebecca simplemente agachó la cabeza, colocó la mano en su bolso y se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento —repitió ella antes de desaparecer.

Lentamente, Dillon fue soltando el aliento que había estado conteniendo.

A él no debía importarle, pero esperaba que Rebecca recobrase el sentido común y se diese cuenta de que, si la hubiera ayudado, sus posibilidades de éxito habrían sido casi nulas. Esperaba que se diera cuenta de que, sin él, simplemente no tenía posibilidades.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la almohada. No quería pensar más en Rebecca. No quería pensar en los motivos que la habían llevado hasta allí. No quería pensar en el accidente, ni en el estado de su furgoneta.

No quería pensar, punto.

La medicación que le habían administrado le había calmado el dolor de la cabeza y de la rodilla, pero no había conseguido acabar con su sensación de angustia.

Era como una mano en su nuca. Era sólo un sentimiento, pero no podía deshacerse de él.

Se frotó el pecho y puso cara de dolor al advertir el cardenal que tenía en la mano. No estaba seguro de con qué se había golpeado la cabeza, pero aún podía sentir el impacto de su cuerpo contra el volante y de su rodilla contra la palanca de cambios. Luego, se había desmayado.

Aunque no quisiera pensar, sabía que tenía que tratar de darle sentido a todo lo que había ocurrido. Sabía que no se sentiría tranquilo hasta que no lo hiciera. Tenía que retroceder sobre sus pasos.

Aquella mañana había dejado a Rebecca en el motel y había estado conduciendo por las calles un rato antes de meterse en la autopista. La carretera estaba vacía. Era lógico siendo un domingo por la mañana. Llevaba la ventanilla bajada y el brazo apoyado en la puerta. La luz aún era escasa y no corría ni la más mínima brisa.

No podía dejar de pensar en Rebecca. Se sentía frustrado, sexual y mentalmente, y furioso porque ella fuera tan cabezona. Incluso había considerado la posibilidad de regresar al motel para seguir discutiendo con ella, o para seguir besándola. Quería hacer ambas cosas.

Y seguía sintiendo lo mismo.

Tratando de no pensar en eso, Dillon abrió los ojos y miró al techo. Fuera lo que fuera lo que hubiese ocurrido, desde luego, no había estado prestando atención.

Había mirado por el espejo retrovisor justo a tiempo de ver cómo la furgoneta lo embestía.

Justo a tiempo.

Volvió a cerrar los ojos y trató de revivir el momento. La furgoneta

azul. El conductor. Un hombre. Con ambas manos sobre el volante, mirándolo directamente.

Dillon abrió los ojos de golpe.

Maldito bastardo.

Teresa subía las escaleras lentamente hacia su habitación en el segundo piso del hotel Crescent. En el bajo, una mujer que llevaba una falda muy corta y una blusa muy ceñida le abría la puerta a un hombre vestido con traje que miró nerviosamente a izquierda y derecha antes de entrar en la habitación con ella. En lo alto de las escaleras, unos adolescentes tatuados, con camisetas y pantalones anchos, se pasaban una lata de cerveza mientras fumaban.

Habían estado allí también el día anterior, cuando Teresa se había registrado en el mugriento hotel. Tenía la sensación de que estaban observando una de las habitaciones que había a la izquierda, la número dieciocho. Ella no tenía ni idea de lo que ocurría en esa habitación, y tampoco quería saberlo. Lo único que quería en ese momento era estar sola.

Los adolescentes la miraron pero, por suerte, la imagen de una mujer en avanzado estado de gestación no fue suficiente para suscitar comentarios despectivos. El corazón le latía con fuerza, pero pasó por delante de ellos mirando al suelo y contendiendo la respiración para no aspirar el humo del tabaco. La dejaron pasar pero, incluso tras haber torcido a la derecha en dirección a su habitación, seguía sintiendo sus ojos puestos en ella.

Se sentía mareada.

Una vez en su habitación, corrió al baño a vomitar. Luego se sentó en el suelo hasta encontrarse mejor. Consiguió levantarse y lavarse la cara.

—Lo siento muchísimo, señorita Bellochio. Ya le dije que el señor Gavin ya no trabaja aquí. Si la contrató, no consta en ninguna parte.

Teresa aún se sentía atontada. Cuando había hablado con el hombre de la compañía de seguros hacía sólo cuatro días, él no sólo le había asegurado el trabajo en su oficina, sino que le había prometido un adelanto de su primera nómina. Y de repente era como si el hombre no existiera. Había hecho todo el camino para nada, y sin nada. Con el poco dinero que le quedaba, podría comer y pagar tres o cuatro noches más en ese asqueroso hotel, pero luego se quedaría sin nada.

Un fuerte dolor en la tripa le hizo contener la respiración. Los dolores eran cada vez más fuertes y parecían producirse con mayor frecuencia. Se dijo a sí misma que sería normal, cerró el grifo del baño y se sentó. En ese momento su mayor preocupación no eran unas

contracciones sin importancia, sino encontrar trabajo.

¿Quién iba a contratar a una mujer embarazada de ocho meses? Cuando había hablado con el señor Gavin, éste le había dicho que no había ningún problema, que incluso podría llevarse al bebé al trabajo, que tenían una guardería en la empresa.

Todo había sido perfecto. Un sueño hecho realidad.

Un sueño que se había convertido en pesadilla.

Cerró los ojos para retener las lágrimas y apoyó la frente en la encimera. Pensó en la posibilidad de llamar a sus padres, pero no creía que pudiera soportar que la colgasen otra vez. Estaba tan cansada y tan asustada… No por ella, sino por su bebé.

Volvió a sentir otra contracción y se rodeó la tripa con las manos. Se dijo a sí misma que era demasiado pronto, no podía estar de parto ya.

¿Pero y si lo estaba?

Cuando la contracción cesó, Teresa se lavó la cara y agarró su bolso. La idea de traer al mundo a su bebé en un hotel mugriento era demasiado horrible para contemplarla. No podía arriesgarse y poner en peligro la salud de su bebé. Había visto una clínica a dos manzanas del hotel. Seguro que alguien podía ayudarla allí.

Tenía que haber gente buena en alguna parte del mundo.

No importaba lo que pudiera ocurrirle, seguía pensando eso con todo su corazón.

Rebecca pasó frente a la iglesia presbiteriana de Santa María y escuchó el sonido de gente cantando. La iglesia estaba a una manzana de la calle principal, y el aparcamiento estaba lleno d coches y furgonetas. Se detuvo para escuchar y reconoció una canción que ella misma había cantado muchas veces los domingos por la mañana. Cuando era pequeña, ir a la iglesia había sido una obligación en la familia Blake y, aunque en su día Rebecca había puesto pegas, se daba cuenta de lo mucho que echaba de menos esos domingos por la mañana. Echaba de menos a la gente, las canciones, los sentimientos de amor.

Se dijo a sí misma que, cuando todo eso terminara, podría volver a la iglesia.

Cuando todo eso terminara, sabía que sería el momento de sentar la cabeza y de tener una familia propia.

¿Pero y si nunca terminaba? ¿Y si no era capaz de encontrar a Radick y a Waters? ¿Y si no alcanzaba la paz que necesitaba?

Se sentía cada vez más llena de dudas. Quizá Dillon tuviera razón. Quizá debiera dejar que el pasado descansara en paz y pensar en el futuro.

Pero sabía que no podía dar marcha atrás. En su corazón tenía claro que estaba haciendo lo correcto. Sería más difícil sin la ayuda de Dillon pero, de un modo u otro, encontraría a Radick y luego a Waters.

Con fuerzas renovadas, se dirigió a una tienda donde compró una botella de agua, una lata de soda y chocolatinas para el viaje. Luego regresó al motel. Una vez frente a su habitación, se cambió la bolsa de mano y buscó la llave en el bolsillo de sus vaqueros.

Abrió la puerta y entró en la habitación. Apenas tuvo tiempo de cerrar la puerta cuando un hombre se abalanzó sobre ella y la agarró.

Capítulo 7

Rebecca no tuvo tiempo de reaccionar. El hombre había aparecido de repente, la había rodeado con los brazos y le había puesto una mano en la boca. Sus gritos quedaron reducidos a un leve sonido amortiguado. La bolsa se le cayó de la mano y la lata de soda y el agua rodaron por la alfombra.

—Sé una chica buena y no pongas las cosas difíciles —dijo una voz grave y profunda.

«Y un cuerno», pensó ella.

Rebecca levantó una rodilla y le dio un pisotón. El hombre maldijo en voz baja y la levantó del suelo. Ella se sintió aterrorizada al ver que la llevaba hacia la cama.

Trató de resistirse, pataleando en el aire e intentando liberar sus brazos, pero él era más grande y alto que ella. Sus brazos eran como sogas que la rodeaban. Cuando se tiró sobre la cama con ella debajo, su terror se convirtió en pánico.

Rebecca agachó la cabeza y consiguió liberar su boca, aprovechando para morderle la mano. El hombre dio un grito y le apretó las costillas con tanta fuerza, que apenas era capaz de respirar. La habitación daba vueltas, pero ella seguía agarrada a su mano, atravesando con los dientes el guante de látex que la cubría.

El no la soltó, sino que la apretó con más fuerza, haciéndole creer que se le iban a romper las costillas. Se sentía mareada, sin aire. Parecía que se iba a desmayar. Ni siquiera tenía fuerzas para gritar. Finalmente el individuo la soltó y se incorporó sobre ella.

Le asestó un puñetazo.

Rebecca sintió el dolor en su mandíbula y pudo oír su propio grito. El hombre se inclinó sobre ella y le rozó la mejilla con su cara, dejándole sentir su olor a tabaco.

Después él le colocó una rodilla sobre la espalda y la aprisionó contra la cama.

—Zorra estúpida —murmuró el hombre mientras se examinaba la mano que ella le había mordido—. Ahora es personal. Tendrás que pagar por esto.

El dolor le nublaba la vista, pero Rebecca podía oírlo. Reunió las pocas fuerzas que le quedaban y deslizó el brazo bajo su cuerpo en busca del bolso, que estaba aprisionado entre ella y la cama.

«¿Dónde está?», pensó. Cuando palpó con los dedos el bote de plástico, recuperó la esperanza. Agarró el envase con fuerza y quitó el cierre de seguridad.

Sabía que tendría que esperar hasta que él estuviese más cerca.

—Esto va a ser más divertido de lo que pensaba —dijo el hombre, y se dejó caer encima, deslizando la mano hacia la parte delantera de sus vaqueros y rozándole la mejilla con la suya.

Entonces, levantando el brazo con rapidez, Rebecca giró la cabeza y cerró los ojos al tiempo que apretaba el botón del spray de pimienta.

El hombre dio un grito de dolor.

Se apartó de encima llevándose las manos a la cara. Ella se puso de rodillas y saltó de la cama hasta el suelo. Allí encontró la lata de soda, la agarró y se la estampó a su asaltante en la sien. Él volvió a gritar.

—¡Eh! —gritó alguien desde la otra habitación dando un golpe en la pared—.

¿Qué pasa ahí?

Rebecca emitió un leve grito de socorro, pero fue incapaz de moverse. Vio que el atacante intentaba ponerse en pie mientras maldecía en voz alta. Necesitaba encontrar otra arma, lo que fuera. Pero entonces comenzaron de nuevo los golpes en la pared, el hombre se tambaleó hasta la puerta y salió corriendo.

Rebecca se quedó sentada en el suelo tratando de respirar y tosiendo a causa de la pimienta. Pensó en llamar a recepción pero le pesaba tanto el brazo que, aunque el teléfono estaba a medio metro, le fue imposible alcanzarlo.

Lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos y rezar para que aquel individuo no regresara.

Dillon dobló la esquina a toda velocidad conduciendo el sedán color azul que le había pedido prestado a Ilene. Llegó al aparcamiento del motel Mesa y divisó el coche blanco de Rebecca. Se sintió aliviado al comprobar que la había encontrado antes de que se marchara pero, cuando vio que la puerta de su habitación estaba abierta de par en par, tuvo un mal presentimiento. Aparcó y salió corriendo del coche. Al ver una mancha de sangre en la puerta, el corazón le dio un vuelco.

Ignorando el dolor que sentía en la rodilla, entró corriendo en la habitación y la vio tirada en el suelo, hecha un ovillo. No se movía.

Se arrodilló a su lado y le tocó el cuello con dos dedos. Por suerte tenía pulso.

—Rebecca —dijo tomándola entre sus brazos, y vio la marca roja que tenía en la barbilla. Trató de mantenerse calmado y volvió a decir su nombre. Se tranquilizó al ver que Rebecca abría los ojos. Tenía la mirada perdida y la cara constreñida.

Rápidamente, Dillon la examinó y vio que no había señales de heridas aparentes—.

¿Rebecca, puedes…?

—No —dijo ella, y le dio un golpe en la mandíbula tratando de

zafarse de él—,

¡no, no, no!

—Rebecca —dijo él agarrándola por los hombros con fuerza—. Soy Dillon.

Estás a salvo.

—¿Dillon? —preguntó ella volviendo en sí.

Dillon se sentó en el suelo a su lado y la colocó sobre su regazo.

—Ya estás a salvo —repitió.

Rebecca apoyó la cabeza sobre su hombro y comenzó a temblar.

—Estaba detrás de la puerta. No lo vi, iba a…

—Shh —dijo él acariciándole el pelo—. Hablaremos de eso más tarde. Sólo dime si estás herida.

—Sólo me duele la mandíbula —contestó ella—. No le dio tiempo a hacer nada más.

Dillon se sintió aliviado. Quería abrazarla con fuerza pero tenía miedo de hacerle daño. Le acarició la mejilla con el pulgar y le limpió una mancha de sangre.

Ella le miró la mano y hundió la cabeza en su pecho.

—Le mordí la mano —susurró.

—Buena chica.

—Y le rocié la cara con spray de pimienta —volvió a abrir los ojos. En esa ocasión, sus palabras estaban teñidas de fuerza y satisfacción.

—Recuérdame que nunca me meta contigo —dijo Dillon dándole un beso en la sien.

Por mucho que deseara salir fuera a buscar al tipo que le había hecho eso a Rebecca, sabía que tenía que estar allí, que no podía dejarla sola. La meció hasta que dejó de temblar, le acarició la espalda y notó cómo recuperaba la fuerza.

Tomando aliento, Rebecca levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos tenían más claridad y el color había vuelto a sus mejillas.

—Te había dejado en el hospital —dijo ella—. ¿Qué haces aquí?

—El accidente de esta mañana —contestó él mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara—. Me he dado cuenta de que no fue un accidente.

—¿Ocurre algo? —preguntó un hombre desde la puerta.

Dillon levantó la cabeza y miró al joven que los observaba desde la puerta. A juzgar por el uniforme blanco y la insignia dorada, debía de ser el ayudante del director del hotel.

—La han atacado. Llame al sheriff Keber —dijo Dillon mientras se levantaba con Rebecca en brazos—. ¡Ahora! —exclamó al ver que el muchacho no se movía.

El chico se alejó con tanta rapidez que casi se tropezó con sus

propios pies.

Dillon cerró la puerta y dejó a Rebecca sobre la cama. Oyó un sonido y se dio cuenta de que había una lata en el suelo y de que la soda se estaba saliendo, empapando la alfombra.

—Golpeé al tipo con eso después de rociarle con el spray —dijo Rebecca—.

Ojalá hubiera sido un ladrillo.

—Ése es el espíritu —dijo él dándole la mano para darle un beso en los nudillos

—. Dentro de unos minutos esto será un caos. ¿Estás preparada?

Ella asintió y dijo:

—¿Tú puedes…?

Él se sentó a su lado en la cama y le pasó un brazo sobre los hombros.

—Me quedaré.

Tras escuchar esas dos palabras, Rebecca se relajó.

Teresa entró en la clínica y se colocó en la cola para hablar con la recepcionista.

La pequeña sala de espera era parecida a aquélla en la que Teresa había estado en San Antonio, en su tercer mes de embarazo. La clínica a la que Mitch la había llevado con la esperanza de que cambiara de opinión con lo del aborto. Pero al ver a todas las madres embarazadas aquel día, simplemente le habían entrado más ganas de tener a su bebé.

Mitch se había puesto furioso con ella e incluso había negado que el bebé fuera suyo, a pesar de saber que ella nunca había estado con otro hombre antes de él. Ella era virgen la primera vez que había hecho el amor con él. Él le había dicho lo mucho que la quería, que quería casarse con ella, que la adoraba. Era tan guapo, tan encantador y, durante seis meses, había hecho sentir a la tímida Teresa Bellochio como la única mujer en el mundo. Ella lo había amado profundamente.

Pero el amor que había sentido por Mitch había desaparecido el día en que le dio la espalda a su propio hijo. Había tenido que enfrentarse a sus padres ella sola, había tenido que escuchar su ultimátum para abortar o dar al niño en adopción. No importaba, siempre y cuando nadie lo supiera.

Era la primera vez que se había enfrentado a sus padres, quizá la primera vez que se había enfrentado a nadie. Se había sentido atemorizada, pero había reunido la valentía para hacer las maletas y tomar el poco dinero que tenía para marcharse.

Había encontrado un pequeño apartamento y un trabajo como

camarera. Sabiendo que iba a tener gastos médicos, había trabajado horas extra e incluso había abierto una cuenta de ahorro. Hasta hacía seis semanas, cuando se había quedado dormida en una de las mesas y el encargado del turno de noche la había despedido.

Teresa siempre había sospechado que sus padres habían pagado al encargado para que la despidiera, pensando que así la obligarían a renunciar a su bebé. Pero no tenía pruebas y, aunque así hubiera sido, no cambiaría nada. Nunca regresaría con sus padres y jamás renunciaría a su bebé.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó la mujer desde detrás del mostrador.

—No estoy segura, pero creo que estoy teniendo contracciones —dijo Teresa—.

No soy de aquí y no tengo médico.

—Rellene esto —dijo la recepcionista, y le entregó a Teresa un formulario y un bolígrafo—. Luego me lo devuelve y la instalaremos en una habitación.

Minutos después, Teresa siguió a una enfermera a la sala de reconocimientos, donde su puso la bata que ésta le entregó. Sintió otra fuerte contracción en la tripa y respiró hondo hasta que cesó.

—Por favor, ahora no —susurró—. Tengo que encontrar un trabajo y un lugar donde vivir.

Levantó la cabeza al oír un toque en la puerta. Se encontró con un hombre calvo y delgado con gafas anchas.

—¿Señora Bellochio?

—Señorita —dijo ella mirándolo fijamente a los ojos.

—Soy el doctor Wilson —dijo el hombre con una sonrisa mientras entraba en la habitación.

Dillon tenía razón al decir que aquello iba a ser un caos. En pocos minutos, un grupo de huéspedes y personal del motel comenzaron a arremolinarse en el pasillo de fuera. Cuando el sheriff Keber llegó, designó al ayudante del director para que mantuviera a todo el mundo alejado de la puerta. El joven se tomó la tarea muy en serio porque, de vez en cuando, Rebecca podía oírlo dando rondes a la gente para que se mantuviese alejada.

—No llegué a verle la cara —le dijo Rebecca al sheriff—, pero tendría treinta y muchos, o incluso cuarenta.

Estaba sentada al borde de la cama con las manos en el regazo. Keber había colocado una silla junto a ella y, cada vez que Rebecca hacía una pausa para tomar aliento, él esperaba pacientemente. Ella ya había descrito lo ocurrido y estaba intentando describir al tipo.

—Mediría aproximadamente un metro ochenta, tenía el pelo corto

y castaño —

prosiguió—. Llevaba una camiseta negra de manga larga y vaqueros, y olía a tabaco fuerte. Cuando me rozó con la mejilla, noté que tenía algo de barba.

Sintió un vuelco en el estómago y un escalofrío en la columna al recordarlo, y tuvo que resistir la tentación de mirar a Dillon, que estaba de pie tras ella, porque entonces no podría contener las lágrimas. Él no había dicho ni una palabra desde que el sheriff había llegado, simplemente se había mantenido de pie en una esquina como si de una estatua se tratara. Incluso desde el otro lado de la habitación, Rebecca podía sentir su tensión y su ira.

Y aun así, a pesar de toda la rabia que había bajo la superficie, se había mantenido extrañamente calmado. Había sido muy tierno con ella, sentándola en su regazo y acariciándole el pelo.

Sabía que era una tontería pero, entre los fuertes brazos de Dillon, se sentía segura. Increíblemente segura.

—La verdad es que no logro recordar nada más —añadió mirándose las manos

—. Todo ocurrió muy deprisa.

Se oyó un golpe en la puerta y apareció el doctor Thompson con una bolsa de cuero. Miró directamente a Rebecca y dijo:

—Parece que has despertado mucha expectación ahí fuera —cerró la puerta—.

Si sigue viniendo gente, habrá que poner un puesto de limonada.

Por lo poco que conocía al médico, Rebecca sabía que utilizaba el sentido del humor para aliviar la tensión.

—La mía sin azúcar —dijo ella.

—Seguro que podemos conseguir una —dijo el médico con una sonrisa, luego miró al sheriff—. Apártate, Joseph. Deja que le eche un vistazo a mi chica.

El sheriff se puso en pie y el médico se sentó, le levantó la barbilla a Rebecca y frunció el ceño al ver el golpe.

—¿Te dio un puñetazo?

Ella asintió y observó cómo la expresión de preocupación del médico se volvía severa y sombría. Thompson sacó una gasa de su bolsa y se la colocó a Rebecca en la barbilla con mucho cuidado.

—Si encuentras a ese bastardo, Joseph, déjame unos minutos a solas con él.

—Lo encontraré —dijo Dillon—. Y confía en mí, necesitará un médico después de eso.

—Yo diría que más bien un forense —dijo el sheriff al ver la expresión de Dillon

—. Primero tu accidente y ahora Rebecca. Puede que me cueste pillarlo, pero no soy tonto. ¿Queréis decirme qué está pasando?

—El accidente de Dillon no tiene nada que ver con mi ataque —dijo Rebecca—.

Las dos cosas no tienen ninguna relación.

—No es cierto —dijo Dillon, y cruzó la habitación para mirar al sheriff—.

Alguien siguió a Rebecca hasta aquí.

—¿De qué hablas? —preguntó Rebecca.

—Mi accidente no fue un accidente —contestó él—. Alguien quería quitarme de en medio primero.

—¿Qué quieres decir con «primero»?

—Antes de venir a por ti.

Ella parpadeó perpleja y dijo:

—¿Me estás diciendo que esto no ha sido por casualidad?

—Waters ha hecho que te siguieran —dijo Dillon.

—Eso no puede ser —contestó ella con rapidez—. Ya te dije que nadie sabía que estaba aquí. E, incluso, aunque así fuera, he parado en más de una docena de pueblos y he recorrido cientos de kilómetros desde que alquilé el coche en Midland. Tendría que haberlo visto si alguien hubiera estado siguiéndome.

—¿Acaso esperabas que alguien pudiera seguirte? —preguntó Dillon.

—No, pero aun así…

—Si un hombre como Waters contrata a alguien para seguirte —añadió él—, confía en mí, no lo sabrías nunca.

—¿Alguno de los dos puede ponerme al corriente de qué diablos está ocurriendo aquí? —preguntó el sheriff—. ¿Quién demonios es Waters?

—Es… —Rebecca vaciló un instante. Sabía que, si explicaba quién era León Waters y las verdaderas razones de su estancia allí, también tendría que revelar la verdad sobre el pasado de Dillon, cosa que él no querría bajo ningún concepto. No podía hacerle eso. Ya le había causado suficientes problemas apareciendo. Lo miró a los ojos y, sin decir palabra, le aseguró que no diría nada de su pasado.

Él le devolvió la mirada y luego se dirigió al sheriff y dijo:

—Será mejor que se siente. Es una larga historia.

Con la Biblia en la mano, se sentó en el banco de la iglesia, un lugar especialmente reservado para él desde que pusiera el dinero para la nueva vidriera y el santuario de mármol el año anterior. Durante los cuatro últimos años, había donado más de cien mil dólares a la iglesia e incluso había participado como voluntario en

algunos de los eventos caritativos. Siempre había dicho que prefería mantener su identidad en el anonimato, lo cual no había hecho sino elevar su estatus.

Leland Worthington era un pilar importante en la comunidad.

A pesar de mantener los ojos puestos en el sacerdote, tenía la mente puesta en su yate, su maravilloso yate. Estaría listo en cinco días. La sola idea de poder sacarlo a mar abierto le daba vértigo.

Sabía que su pequeño problemilla en el oeste de Texas ya estaría resuelto.

Cerraría su oficina el jueves por la noche y, para cuando los empleados llegaran a trabajar en la mañana del viernes, lo único que encontrarían sería escritorios vacíos y unas nóminas con importantes extras. Ese dinero extra suavizaría el golpe de quedarse sin trabajo de la noche a la mañana y les quitaría las ganas de tratar de encontrarlo.

Al fin y al cabo, era lo mínimo que podía hacer, y lo más acertado.

Pero lo que le había puesto de tan buen humor era la llamada de teléfono que había recibido hacía una hora. Uno de sus contactos había encontrado a la persona idónea, una chica de dieciocho años embarazada de ocho meses. Era hija de familia italiana, acababa de llegar a la ciudad, sin dinero pero con una excelente salud, sin marido, sin familia y sin seguro. Y, lo más increíble de todo, ni siquiera sabía que iba a tener gemelos.

Un niño y una niña.

Leland se considera el hombre con más suerte del planeta.

No, no era suerte. Era el destino, decidió mientras contemplaba la Biblia que tenía en las manos y escuchaba al sacerdote hablar sobre los misteriosos caminos del señor. Esa mujer había sido enviada a él mediante el destino divino. ¿De qué otra manera si no?

Se aseguraría de que la muchacha recibiera el mejor cuidado durante el parto.

Después la cuidarían, la reconfortarían y le asegurarían que todo acabaría por pasar y que el tiempo curaría las heridas. Y, como Leland no era completamente desalmado, la chica recibiría una compensación sustanciosa de un benefactor anónimo.

Era joven. Acabaría por tener más hijos. Lo olvidaría.

Y nunca sabría la verdad.

Capítulo 8

A pesar de la sugerencia del sheriff Keber de quedarse en el pueblo, Dillon se llevó a Rebecca a casa. De ninguna manera iba a volver a dejarla sola.

Estaba sentada junto a la mesa de su cocina, acariciándole la cabeza a Bowie. El perro, que normalmente habría estado ladrando y brincando de un lado a otro como hacía cada vez que Dillon llegaba a casa, había estado muy tranquilo desde que habían llegado minutos antes y no se había separado de Rebecca.

«Ya somos dos, amigo», pensó Dillon.

Ella había fingido estar bien, pero tenía la cara pálida y ojeras. Dillon apartó la mirada del cardenal de su barbilla. No era el momento de pensar en eso. Tenía que concentrarse en el presente.

Abrió un mueble que había sobre el fregadero y sacó dos vasos y una jarra llena de un líquido color ámbar. Se sentó junto a Rebecca y llenó ambos vasos.

—Toma.

—¿Qué es? —preguntó Rebecca.

—Bébetelo —insistió él poniéndole el vaso en la mano—. Te sentirás mejor.

Bowie levantó la cabeza, arrugó el hocico y se alejó. Rebecca miró a Dillon con suspicacia y se acercó el vaso a la nariz.

—¡Dios! —exclamó—. Huele a jardín.

—Bébetelo.

Ella dio un sorbo y comenzó a atragantarse antes de devolverle el vaso a Dillon.

—Sabe a jardín. No puedo beberme eso.

—Sí puedes —dijo él, y para demostrarlo se bebió su vaso de un trago—. Entra mejor de golpe.

—Nada puede hacer que eso entre mejor —replicó Rebecca, pero no tenía fuerza para discutir, así que tomó aire y se bebió el contenido del vaso de un trago.

Se llevó las manos a la boca y comenzó a toser—. ¿Qué es?

—La mitad es whisky —dijo él sintiendo los efectos—. La otra mitad es té de hierbas, corteza y raíces.

—Como he dicho —dijo ella estremeciéndose—. Jardín.

Él sonrió y observó cómo el color regresaba a sus mejillas y el brillo a sus ojos.

Se giró sobre su silla, sacó un trapo de cocina de uno de los cajones y lo humedeció con aquel potingue.

—No me digas que también es un limpiador —dijo ella.

—Es posible. Nunca lo he probado —contestó Dillon, y llevó el trapo hacia su barbilla—. Estate quieta.

—¿Es una antigua receta familiar? —murmuró Rebecca tras un rato en silencio.

—Es de mi abuelo.

—Háblame de él.

—Se llamaba Red Father —comenzó Dillon, sentía cómo el elixir le hacía efecto y le nublaba la visión. Sabía que se le pasaría, y entonces podría ver con claridad—.

Yo sólo tenía ocho años cuando murió, pero solía llevarme a los cañones. Era un chamán.

—¿Un chamán?

—Un curador espiritual —contestó él simplificando la respuesta—. Me enseñó las costumbres de la gente mayor. La naturaleza es la que da la vida. Los elementos, las rocas, las plantas, los animales. Cada cosa tiene su fuente de poder y de energía y hay que respetarlo.

—Eso es precioso —susurró Rebecca.

Dillon la encontraba preciosa a ella. Sus mejillas habían adquirido un color rosa pálido y tenía los labios ligeramente separados. Le acarició la mejilla con el pulgar y se deleitó con la suavidad de su piel.

—Rebecca.

—¿Hmm?

—¿Sabes que si Waters ha contratado a alguien para que te siga, eso es que está preocupado?

—¿Por qué crees que es Waters y no Radick?

—Waters y mi padre eran las cabezas pensantes. Radick sólo era un sheriff que buscaba el modo de saldar sus deudas de juego. Seguramente siga jugando y endeudado. Por otra parte, Waters probablemente siga ejerciendo la abogacía en algún lugar con un nombre diferente. Tendría mucho que perder si las autoridades dieran con él.

—El hombre que me atacó —dijo Rebecca mirando el vaso vacío —. Cuando lo mordí, dijo que ahora era algo personal.

Dillon pensó que querría decir que antes era un asunto de negocios.

—No puedes irte a casa ahora, Rebecca. Es demasiado peligroso.

—Ya no se detendrán, ¿verdad? —preguntó ella. Dillon negó con la cabeza.

—Te llevaré a algún lugar seguro hasta que esto haya pasado.

—No puedo hacer eso —contestó ella cubriéndole la mano con la suya.

Dillon quería discutir, pero podía ver la verdad en su mirada, y él

mismo lo sabía. Estaban juntos en eso, siempre lo habían estado. Antes de que ella se presentara en el Backwater Saloon, incluso antes de aquella fatídica noche hacía veinticuatro años.

Él lo había intuido, lo había intuido como la electricidad antes de una tormenta.

Lo había soñado.

Se preguntaba por qué habría ocurrido en ese momento, pero sabía que la respuesta aparecería a su debido tiempo.

El calor de su mano sobre la suya se extendió por todo su cuerpo. Al contraste, la piel de Rebecca era muy pálida y la suya muy oscura. Ella observó preocupada los puntos que tenía sobre la ceja y luego desvió la mirada hacia su camiseta manchada de sangre.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rebecca.

Él recorrió el contorno de sus labios con el pulgar. Ansiaba besarla y llevársela a la cama para perderse con ella.

—Ahora descansa un rato —contestó él con un suspiro—. Te sentirás mejor y entonces hablaremos.

Al cerrar los ojos, Rebecca nunca había pretendido quedarse dormida. Jamás se hubiera creído capaz de ello pero, al parecer, la bebida que Dillon le había dado había hecho su efecto. Una sensación de calor había inundado su cuerpo y el dolor de la mandíbula había desaparecido. Tendida en su cama, con su aroma envolviéndola, se había quedado dormida.

Y soñó. Soñó con imágenes suspendidas en el tiempo, con sonidos. Soñó con nubes negras, con un ciervo blanco en el bosque, atrapado en un cepo. Soñó con olas llenas de espuma que cubrían la orilla de una playa y luego se volvían rojas como la sangre. Luego una habitación al final de un oscuro pasillo, unas manos que intentaban atraparla, las manos de una mujer. Rebecca sentía el miedo, el dolor, un dolor que se le agarraba a la tripa como un tornillo retorciéndose.

Una voz en su cabeza, dos voces, muy lejanas y alteradas… «por favor, date prisa… te necesitamos…».

Rebecca abrió los ojos de golpe y sintió que el corazón le latía con fuerza, como si hubiera estado corriendo. Había escuchado las voces como si hubieran estado a su lado, pero no había nadie.

Sólo había sido un sueño.

Miró el reloj de la mesilla de noche y, aunque le parecía que habían pasado horas, sólo habían transcurrido treinta minutos. A pesar de su sueño, se sentía descansada, con la cabeza despejada y casi sin dolor en la mandíbula.

No tenía ni idea de qué llevaba exactamente el brebaje que Dillon le había dado, ni estaba muy segura de querer saberlo, pero, desde

luego, había funcionado.

La habitación estaba tranquila. Sintió pánico por un momento y luego se relajó al ver a Dillon sentado junto a la mesa de la cocina, leyendo. Tenía una taza de café humeante en la mano y seguía llevando la misma camiseta y los mismos vaqueros de por la mañana. Ella miró hacia abajo y observó su propia apariencia, suspirando al ver lo desaliñado de su aspecto.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él al ver que se levantaba y se colocaba a su lado.

Ella asintió, miró hacia abajo y el corazón le dio un vuelco al comprobar que no era un libro lo que estaba leyendo.

Se trataba del diario de su madre.

—El día en que lo encontré nevaba —dijo Rebecca mientras se sentaba a su lado

—. Una suave capa de nieve cubría los árboles y el césped del jardín delantero. Mi madre había muerto hacía sólo unas semanas. Yo aún no estaba lista para vaciar sus cosas, pero estaba buscando su jersey favorito, un verde de cachemir. Ella siempre supo que a mí me encantaba ese jersey y me decía que algún día sería mío. Sólo quería tener algo suyo, algo especial. El diario estaba bajo el jersey.

Había revivido aquel día cientos de veces en su cabeza. Quizá miles. Recordaba haber llegado a la entrada de la casa, echando vaho por la boca a causa del frío.

Había subido las escaleras, había abierto la puerta del armario y encendido la luz.

Allí estaba.

Nunca olvidaría la primera línea. He hecho una cosa tremendamente horrible.

Había detalles exactos, fechas, horas, nombres, lugares. Finalmente habría escrito: que Dios me perdone.

Dillon cerró el diario, levantó la taza y se la puso en la mano a Rebecca, que lo miró con suspicacia.

—Esta vez sólo es café —dijo él.

—Entiendo que mi madre debió de escribirlo para protegernos a las dos —dijo ella tras dar un sorbo al café—. Pero después de veinticuatro años, ¿por qué seguiría guardándolo? ¿Por qué iba a querer que yo lo encontrara?

—Para que hicieras lo que ella no pudo hacer —contestó Dillon.

—Hay veces en las que desearía no haberlo encontrado, o haberlo quemado.

Nadie lo habría sabido.

—Tú lo habrías sabido.

—Sí, es cierto.

De pronto Bowie, que estaba durmiendo en el suelo de la cocina, levantó la cabeza y se puso en pie de un salto, corriendo hacia la puerta. Cuando llamaron a la puerta, el animal comenzó a ladrar y Rebecca miró a Dillon alarmada.

—María ha vuelto de la iglesia —dijo él poniéndose en pie—. Prepárate.

Rebecca no tenía ni idea de quién era María ni de lo que quería decir Dillon con aquella advertencia.

Hasta que abrió la puerta.

Inmediatamente, una mujer vestida con un llamativo traje de flores azules y amarillas entró en la habitación seguida de un niño. Al ver los puntos en la ceja de Dillon, la mujer se llevó las manos a la cara.

—¡Dillon, Dios mío!

Comenzó a hablar en español a toda velocidad, y Rebecca no pudo entender nada aparte de «doctor Thompson», algo de una mujer llamada Lidia y algo sobre un

«teléfono».

—Estoy bien, María —dijo Dillon, y se giró hacia el niño, que observaba la sangre de su camiseta y de sus vaqueros—. Estoy bien, Juan —le dijo en español.

Rebecca se quedó sorprendida ante el tono amable y cariñoso que empleó Dillon para hablar con el niño. Parecía que aquel hombre que no quería tener contacto ni apego por nadie resultaba que sí lo tenía.

—¿Estás bien? —preguntó María—. A mí no me parece que estés bien. Pareces la piñata del cumpleaños de Juan. Y seguro que tienes la cabeza igual de vacía. ¿Qué haces que no estás en el hospital?

Antes de que Dillon pudiera contestar, María lanzó otra parrafada en una mezcla de inglés y español de la que Rebecca sólo pudo entender «cabezón, «tonto» y pocas palabras más.

Luego María miró hacia la mesa de la cocina y se quedó con la boca abierta al ver que Dillon tenía compañía.

Dillon comenzó a hablarle en español, obviamente explicándole lo que había sucedido en el motel. María lo escuchó atentamente y atravesó la habitación a toda velocidad hacia Rebecca.

—¡Pobrecita! —dijo agarrándole la mano mientras Dillon cerraba la puerta—.

Yo misma mataría a ese bastardo.

Mientras María hablaba, Dillon cerró la puerta y le dijo algo al chico que Rebecca no pudo oír pero que hizo que el niño sonriera. Entonces Dillon levantó la mano y Juan la chocó con la suya.

—Ven a sentarte en el sofá —insistió María levantando a Rebecca

de la silla—.

Juan, trae cojines de la cama. Dillon, aquí hace demasiado calor y hay mucha luz. Pon el aire acondicionado y baja las luces.

Rebecca miró a Dillon, que simplemente se encogió de hombros y, como Juan, obedeció las órdenes de María. Rebecca se resignó y dejó que la mujer la condujera al sofá. Durante los minutos siguientes, María se desvivió en colocar los cojines y las almohadas de manera que estuviera cómoda.

—Te prepararé arroz con pollo —dijo María ahuecándole por enésima vez la almohada sobre la que estaba sentada—. Y chiles rellenos. Mi difunto marido, Pablo, decía que mis chiles rellenos podían hacer llorar a cualquier hombre adulto.

Era fácil imaginarse a María haciendo llorar a un hombre. Incluso Dillon se había quedado en la cocina, lejos de aquella mujer. Estaba de pie junto a la encimera con una taza de café en la mano y observaba a María alucinado. Rebecca lo miró con odio y trató por todos los medios de convencer a María para que no se molestara, aunque no le sirvió de nada.

—Tú descansarás mientras yo cocino —añadió, y se dirigió a Dillon —. Dillon, quítate la ropa —dijo en español.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dijo María cruzándose de brazos—. Quítate la ropa. Yo te la lavaré y la arreglaré.

—No voy a quitarme la ropa —replicó Dillon.

Una mujer menos insistente se habría dado por vencida, pero María no.

Simplemente se acercó a él y le echó mano al botón del pantalón.

—¡María, por el amor de Dios! —exclamó Dillon dejando la taza sobre la encimera para quitarle las manos de encima a María.

—He visto más hombres desnudos antes.

—No a este hombre —contestó Dillon.

María miró a Rebecca y dijo:

—¿Era así de tímido cuando erais amantes?

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Dillon sorprendido.

—Todo el mundo en el pueblo sabe que le rompiste el corazón a la pobre mujer cuando la dejaste —contestó María—. Una chica tan dulce, tan guapa. Deberías estar avergonzado.

—Esto es el colmo —dijo Dillon, sacó unos vaqueros y una camiseta de un cajón y se encerró en el baño dando un portazo.

—Menudo genio —le dijo María a Rebecca—. Qué pasión. Mi Fernando y yo también tuvimos pasión durante un tiempo.

—Pensé que su marido se llamaba Pablo —dijo Rebecca.

—En efecto —contestó María—. Pero Fernando fue mi primer amante. Quedan pocos hombres así, ¿verdad?

Rebecca no tenía respuesta para eso y, aunque la tuviera, no iba a decirla en voz alta con Juan en la habitación. El chico estaba de pie junto al sofá, mirándola. Cuando Rebecca le dirigió la mirada, él se ruborizó y miró para otro lado.

En ese momento se oyó un golpe en el baño seguido de una serie de improperios. Bowie corrió hacia la puerta y comenzó a ladrar. Un segundo después, la puerta se abrió y los vaqueros y la camiseta salieron volando. Luego la puerta volvió a cerrarse.

—Qué hombre —dijo María—. Juan, vamos, tenemos que asar los pimientos para los chiles rellenos. Bowie, tengo un hueso de la sopa para ti, vamos.

El perro y el niño siguieron a la mujer fuera de la habitación. Rebecca sintió la paz cuando desaparecieron e imaginó que así se debía de sentir una después de un tornado.

Decir que María Guadalupe era una mujer interesante, era lo menos que podía decirse.

Segundos después, Dillon asomó la cabeza por la puerta del baño y dijo:

—Por favor, dime que se ha ido.

Rebecca se mordió el labio para no reírse. Al parecer, un hombre hecho y derecho como Dillon Blackhawk tenía miedo de una mujer de mediana edad.

Dillon salió del baño con una camiseta blanca y unos vaqueros gastados. Se sentó junto a ella en el sofá con un suspiro y comenzó a juguetear con uno de sus mechones entre sus dedos.

Rebecca se quedó sin respiración.

—Así que éramos amantes, ¿eh? —murmuró.

—Yo no dije eso exactamente —contestó ella, preguntándose cómo un roce tan ligero como aquél era capaz de hacerla vibrar por dentro —. Simplemente les mencioné a Dixie y a Jennie que nos conocíamos.

—Y dejaste que ellas sacasen sus propias conclusiones.

—Puedo hablar con ellas —dijo Rebecca—. Explicarles que se hicieron una idea equivocada.

—Me importa una mierda lo que piense la gente, Rebecca, y mucho menos Dixie y Jennie.

—¿Y qué hay de Ilene? —preguntó ella antes de poder evitarlo.

—¿Qué hay de Ilene?

—Nada —dijo ella rápidamente.

—Más conclusiones precipitadas. Ilene y yo nunca hemos sido amantes.

—Ah —dijo ella sintiendo cómo se le aceleraba el pulso cuando Dillon le colocó el mechón de pelo detrás de la oreja.

—Y ahí es donde reside la diferencia entre tú e Ilene —añadió él desviando la mirada hacia su boca—. Que tú y yo sí vamos a ser amantes.

Rebecca sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. Podía haberle llevado la contraria o haberse mostrado indignada. Pero ni le llevó la contraria, ni estaba indignada.

Porque sabía que era cierto.

—Ahora necesitas descansar —dijo él—. Tenemos que enfrentarnos a María esta noche. Y mañana será un día largo.

—¿Mañana? ¿Qué vamos a hacer mañana?

—Vamos a buscar a nuestro corredor de apuestas.

Deseaba por todos los medios no haber aceptado la invitación del reverendo Graybelle para cenar el domingo por la noche en el club de campo. Se le ocurrían mil sitios en los que preferiría estar antes que sentarse junto a Katherine Graybelle mientras hablaba sobre el próximo acto benéfico que iba a organizar.

Leland no la consideraba una mujer fea. Era rubia y tenía los ojos azules, aparte de unos buenos pechos, pero también era increíblemente estirada. Además, debía de estar cercana a los cuarenta. Tal como él lo veía, la mayoría de las mujeres estaban demasiado usadas a partir de los treinta y cinco.

—El comité tuvo grandes ideas —decía Katherine—, pero al final decidimos hacer una subasta silenciosa.

«Bueno, eso te excluye a ti», pensó Leland mientras daba un trago a su copa de champán. La mujer no se había callado ni un momento desde que había dado comienzo la cena.

—Sabemos lo ocupado que estás, Leland —prosiguió Katherine con una sonrisa

—, pero esperamos que puedas hacer un hueco en tu agenda y en tu corazón cristiano para sacar un par de horas —añadió poniéndole la mano en el brazo.

Estaba flirteando con él delante de su marido, un sacerdote nada menos, que estaba en ese momento enzarzado en una discusión política con uno de los ancianos de la iglesia. Leland observó a la mujer más de cerca. Incluso a pesar de ser un poco mayor y de hablar demasiado, quizá debajo de esa fachada estirada hubiese una fiera apasionada esperando a ser desatada.

—Estaría encantado de ayudar —dijo Leland con una sonrisa. Al fin y al cabo, se habría marchado al acabar la semana. Podía prometerle la luna si quisiera, y si, además, conseguía algo a cambio,

tanto mejor—. ¿Por qué no te pasas por mi oficina mañana por la tarde, digamos, a las cuatro? Podré escribirte algo.

Mandaría a su secretaria y a su ayudante a casa a las cuatro y tendría la oficina para él solo.

—Eres un hombre muy generoso —dijo Katherine sonrojándose—. ¿Cómo podremos agradecerte todo lo que has hecho?

Pudo imaginársela agradeciéndoselo al día siguiente, de rodillas, pero la vibración de su móvil lo sacó de sus pensamientos.

—Perdón —dijo, y comprobó quién llamaba. Edmunds—. Estaba esperando la llamada de mi hermana. Nuestra madre está enferma.

—Oh, lo siento —dijo Katherine—. Rezaré por ella.

—Gracias —contestó Leland. Su madre llevaba muerta diez años pero, si Katherine pensaba que debía rezar por su alma, quizá sería más fácil tenerla a su disposición al día siguiente—. Significa mucho para mí.

Cuando llegó al pasillo, contestó al teléfono y apretó la mandíbula al escuchar las palabras de Edmunds.

—Entiendo —dijo Leland tratando de parecer calmado, aunque por dentro se sintiera furioso. Quería gritar, pero había gente pasando, gente a la que conocía, y lo único que pudo hacer fue sonreír y asentir —. Sí, bien, confío plenamente en que puedas ocuparte de la situación. Dile a mamá que la quiero.

Aunque tenía ganas de pegar a alguien, Leland mantuvo la compostura tras colgar el teléfono y regresó al comedor. Presentaría sus disculpas, les diría al reverendo y a su mujer cuánto lo sentía y se marcharía.

Había perdido el apetito, tanto por la comida como por la esposa del reverendo.

Capítulo 9

Dillon se despertó poco antes del amanecer con la cabeza dolorida y el hombro entumecido de dormir en el sofá. Se sentó, estiró los hombros y el cuello y se puso en pie, sintiendo el dolor en la rodilla. Habría de tener cuidado durante un par de días pero, considerando el estado en que había quedado su furgoneta, debía considerarse afortunado. Aunque el hecho de que alguien intentara echarlo de la carretera no era muy afortunado.

Quería sangre, prácticamente podía saborearla. No por él ni por su furgoneta, sino por Rebecca. Cuando encontrara al tipo que había entrado en su habitación y la había atacado, y estaba seguro de que lo encontraría, sabía que llegaría la sangre al río.

Y estaba deseando que llegara el momento.

Había hecho un par de llamadas la noche anterior, mientras ella estaba ocupada con María. Imaginaba que, al menos, estaría preparado para cualquier cosa que pudiera ocurrir. Era la primera vez desde la muerte de su padre en que había necesitado de los amplios recursos que estaban a su disposición, y no había dudado un momento en utilizarlos.

Fuera lo que fuera, estaría preparado.

Bowie, que estaba durmiendo al pie de la cama, se levantó y se acercó a la puerta para que lo dejara salir. Aquélla había sido su rutina durante los últimos cuatro meses. Una rutina con la que ambos se sentían a gusto.

Pero era una rutina que estaba a punto de cambiar, pensó Dillon mientras observaba a Rebecca.

Era la segunda vez en menos de veinticuatro horas que la observaba dormir.

Pero era diferente en esa ocasión. En esa ocasión estaba en su cama.

Naturalmente, habían discutido la noche anterior al decirle Dillon que debía quedarse en su cama, pero Rebecca se encontraba demasiado cansada como para discutir.

Estaba tumbada boca abajo, abrazando la almohada y con el pelo cayéndole sobre la cara. Había sacado una de las piernas de debajo de la sábana y colgaba por un lado de la cama. Una pierna desnuda.

Dillon sabía que, bajo la sábana, Rebecca llevaba unos pantalones cortos y una camiseta rosa extragrande. La había observado rebuscar en su maleta la noche anterior, había visto la vacilación en sus ojos al encontrar la blusa que llevaba habitualmente. Era evidente que se debatía entre dormir con su ropa habitual o no.

Tras una larga discusión consigo misma, había optado por los pantalones cortos y la camiseta.

El día anterior, cuando Dillon le había dicho que serían amantes, ella se había quedado casi sin respiración y había abierto mucho los ojos, pero no había dicho nada, porque Rebecca también lo sabía.

Era una cuestión de tiempo.

Dillon observó cómo se giraba y se colocaba de lado sobre la cama, luego suspiró y se llevó la mano al cuello. Dormida parecía como la princesa de un cuento de hadas esperando un beso del príncipe que la despertara. Sus labios eran lo único que no encajaba en la imagen del cuento. Eran demasiado sexys, demasiado seductores. Era difícil mirar esa boca y no tener ganas de saborearla.

Dillon se colocó junto a la cama y susurró su nombre. Ella no respondió, sino que suspiró de nuevo y se tumbó boca arriba, deslizando uno de sus brazos sobre su cabeza.

—Rebecca —repitió él en voz más alta.

Con el ceño fruncido, Rebecca volvió a colocarse de lado y murmuró algo.

Entonces la sábana se deslizó, dejando ver más piel desnuda y la curva de sus pechos. Dillon apretó la mandíbula. Al parecer, la bella durmiente necesitaba un beso para despertarse.

Era una pena que él no fuese un príncipe.

Se dio la vuelta, se dirigió hacia la puerta y la abrió. Bowie entró corriendo y se dirigió a la cama. Al primer lametazo en la mejilla, Rebecca se estremeció, se sentó y agarró la sábana contra su cuerpo. Pensando que Rebecca quería jugar, Bowie tiró con fuerza de la sábana.

—¡Bowie! —gritó ella—. ¡Para!

Con una sonrisa, Dillon se apoyó sobre la encimera de la cocina y observó la batalla entre la bella y la bestia.

La bella perdió cuando la bestia finalmente consiguió la sábana y salió corriendo con ella hasta soltarla al otro lado de la habitación. Moviendo el rabo y con las orejas levantadas, Bowie se sentó sobre sus patas delanteras y dio un ladrido con la esperanza de que Rebecca fuera tras él.

Al parecer, a Rebecca no le apetecía jugar.

Rebecca se sentó al borde de la cama y miró a Dillon.

—¿Es así como despertáis a vuestros huéspedes? —preguntó.

—Nunca habíamos tenido huéspedes —dijo Dillon—. ¿Verdad, compañero? —

le preguntó a Bowie.

—No me extraña —dijo Rebecca frotándose la mejilla que Bowie le

había lamido—. Podríais ir a clases de protocolo.

—Ojalá lo hubiera grabado en vídeo —comentó Dillon riéndose mientras sacaba un bote de café del armario—. Tendrías que haberte visto la cara.

—Eres un hombre enfermo, Dillon Blackhawk. Un hombre enfermo y retorcido que…

Al no terminar la frase, Dillon se dio la vuelta y la vio sentada al borde de la cama, completamente helada.

—¿Rebecca?

Ella no contestó, simplemente continuó mirando a la nada. Tenía los ojos abiertos y respiraba profundamente. Entonces, de pronto, se llevó las manos al estómago y se agachó hacia delante.

Él dejó caer el bote de café y corrió hacia la cama, sentándose a su lado para agarrarle los brazos.

—¿Qué te pasa?

—¿Dillon?

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —contestó ella, y tomó aliento antes de llevarse una mano temblorosa a la frente—. Ha sido extraño.

—¿Qué ha ocurrido?

—No tengo ni idea. No puedo explicarlo. Yo estaba aquí y, de pronto, no estaba

—cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Lo único que recuerdo es una luz brillante y dolor. Pero ya ha pasado.

—¿Dónde te dolía?

—En el estómago. Era muy intenso. Ha sido muy extraño, como si… —apartó la mirada y negó con la cabeza—. Da igual. Es una tontería.

—¿Qué? —preguntó él levantándole la barbilla con un dedo—. ¿Ha sido como si qué?

Ella lo miró y frunció el ceño.

—Como si yo fuera otra persona.

Aquélla era la peor hasta el momento.

Teresa respiró profundamente al sentir la contracción y centró su atención en la luz que tenía sobre la cabeza. Cuando el dolor pasó, cerró los ojos y se recostó sobre la cama.

A pesar de que debía salir de cuentas en unas semanas, parecía que su bebé tenía otros planes.

Miró a su alrededor y observó la habitación privada a la que había sido trasladada hacía unas horas. Era una habitación agradable y cálida que contrastaba con la frialdad que reinaba en la clínica. Las paredes eran verdes y un había un suave hilo musical. Incluso tenía

baño privado.

Era raro que hubiera estado dormida mientras la trasladaban allí, pero se había sentido extrañamente cansada desde que el médico hubiera ordenado que le pusieran el suero intravenoso el día anterior. También estaba conectada a un monitor. El médico que había dicho que, aunque se le hubiera adelantado el parto, su bebé tenía unos latidos fuertes y que todo parecía correcto.

Teresa se había dejado llevar y, dado que no había ni ventanas ni reloj en la habitación, había perdido la noción del tiempo. Durante las últimas horas, una enfermera llamada Elena había ido cada pocos minutos para echarle un vistazo. Era una mujer pequeña, hispana, con manos suaves y voz tranquilizadora. La mujer había hablado con ella, le había preguntado si había amigos o familiares a los que pudiera llamar. Teresa había admitido que estaba completamente sola y que no tenía dinero. Elena simplemente había sonreído y le había dicho que no se preocupara, que la clínica se mantenía gracias a donaciones y que las mujeres en su situación no tenían que pagar los gastos médicos y, además, recibirían asistencia después del parto. Elena incluso le había comentado que podrían buscarle un lugar donde vivir.

En aquel momento Teresa no había podido contener las lágrimas, sabiendo que sus plegarias, por fin, habían sido escuchadas.

Teresa sintió otra contracción y respiró hondo, concentrándose una vez más en la luz. Las contracciones no habían alcanzado un ritmo fijo todavía, pero parecían ser cada vez más frecuentes e intensas. La última vez que el médico había ido a verla, hacía más o menos una hora, sólo había dilatado tres centímetros. Le había dicho que aún le quedaba tiempo y le había puesto algo en el suero que aceleraría el parto.

Teresa cerró los ojos cuando la contracción pasó y se llevó las manos a la tripa.

Estaba asustada y sabía que las próximas horas serían duras, pero no le importaba, con tal de poder tener en brazos a su bebé.

—Ya no falta mucho, cariño —susurró—. Mamá te quiere.

Se giró sobre la cama y comenzó a incorporarse. Entonces sintió un líquido caliente correr entre sus piernas y el corazón le dio un brinco. Apartó las sábanas con rapidez pero, entre su tripa y los cables a los que estaba conectada, no logró ver nada.

Apretó el botón para llamar a la enfermera y Elena apareció en la habitación segundos después.

—Ha ocurrido algo —dijo Teresa asustada—. Algo va mal.

Elena la miró, sonrió y dijo:

—No pasa nada, cielo. Sólo has roto aguas.

A las ocho ya se habían duchado, habían hecho las maletas y estaban listos para irse. Claro que Dillon no es que hubiera hecho la maleta exactamente, pensó Rebecca mientras cerraba la suya. Había echado algunas prendas en una bolsa de deportes, había agarrado una bolsa de comida para perros y un bol y le había dicho que se reuniera con él fuera cuando estuviese lista.

De momento, sabía que debía dejar que él dominase la situación. Era evidente que aquello la superaba y que, desde luego, estaba fuera de su elemento habitual.

Había sido una estúpida y una ingenua al meterse en semejante aventura. El día anterior había sido horrible. Había aprendido de la peor manera posible, pero había aprendido. Se tocó la barbilla y pensó en el hombre que la había atacado, recordando su rodilla en la espalda y su aliento a tabaco.

Sabía que debía estar asustada, pero no lo estaba. Estaba furiosa. Y más decidida que nunca.

Al escuchar el claxon, agarró la maleta y escuchó las risas de Juan en el jardín delantero al salir. Rebecca había estado hablando con el chico durante una hora la noche anterior antes de que éste se atreviera a mirarla a la cara. Luego había pasado otra hora jugando a un videojuego antes de que el niño comenzara a reírse y a hablar con ella. Sabía que lo echaría de menos, al igual que a María, que había pasado la velada dándoles de comer a ella y a Dillon.

Al pasar tiempo con María, Rebecca se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a su madre. Apenas había tenido tiempo para llorar su pérdida tras encontrar el diario. Y allí estaba, con Dillon, en Texas, completamente alejada de su pequeño mundo.

Al salir por la puerta, Bowie corrió hacia ella ladrando y luego regresó corriendo hacia la calle, donde se hallaba aparcada una furgoneta nueva de color negro. A juzgar por la ausencia de matrícula, el vehículo debía de acabar de salir del concesionario. Juan estaba sentado en el asiento del conductor, saltando de un lado a otro con las manos en el volante. Dillon estaba de pie junto a la puerta del copiloto con María.

Mientras observaba la furgoneta negra, se preguntaba cómo lo habría hecho.

Habría sido distinto de haber estado en la ciudad, pero Resolute estaba al menos a setenta kilómetros de cualquier concesionario. Y, además, eran las ocho de la mañana.

Aun así, un hombre con cuarenta millones de dólares a su disposición, podría mover montañas si se lo proponía. Y, si había algo que hubiese aprendido de Dillon, era que de él había que esperar lo

inesperado.

—Mírame, Rebecca —dijo Juan riéndose desde detrás del volante —. ¡Estoy conduciendo!

—Estás muy guapo conduciendo, Juan —contestó Rebecca con una sonrisa.

Cuando el niño le devolvió la sonrisa, a Rebecca se le derritió el corazón.

—¿Puedes creerte que la compañía de seguros haya enviado la furgoneta tan rápido? —dijo María con los ojos muy abiertos—. Nunca había visto nada parecido.

—Yo tampoco —contestó Rebecca mirando a Dillon. A la luz del día pudo observar que el golpe de su ojo ya se notaba menos, y el cardenal había adquirido un tono púrpura azulado—. Debes de tener una póliza muy buena para que te proporcionen este tipo de servicio.

—Me ha costado algo de dinero extra —confesó Dillon encogiéndose de hombros.

«Sí, unos cuarenta millones de dólares extra», pensó ella.

—¿Estás preparada? —preguntó él.

—¿Dónde está mi coche de alquiler? —preguntó Rebecca mirando a ambos lados de la calle.

—Ya me he ocupado yo.

Ella levantó una ceja, pero supo que no tendría sentido contradecirlo. Al parecer, Dillon era un hombre que sabía cómo ocuparse de las cosas.

Rebecca se acercó a María y le dio un fuerte abrazo.

—Muchas gracias por todo —dijo.

—De nada —contestó María sonriente—. Siempre habrá un sitio para ti en mi casa.

Rebecca no tuvo tiempo de contestar antes de que Juan saltara de la furgoneta y se lanzara con los brazos abiertos a abrazar a Dillon. Sorprendido ante aquella muestra tan repentina de cariño por parte del niño, Dillon se tensó, pero luego se agachó y le devolvió el abrazo.

—Volveré en unos pocos días —dijo él acariciándole el pelo—. Te doy mi palabra. ¿Vigilarás mis cosas por mí?

Juan se apartó y estiró los hombros, orgulloso como estaba de que le hubieran adjudicado semejante tarea. Dillon se incorporó y le dio un silbido a Bowie, que se acercó corriendo desde el otro lado de la calle. El perro saltó a la parte trasera de la furgoneta y ladró, luego miró ansiosamente a Dillon, como diciendo: «¿A qué esperas? Vamos».

Después de que Rebecca se hubiera subido a la furgoneta, María agarró una pequeña nevera que había sobre el pavimento y se la entregó a Dillon. Luego le dio un fuerte abrazo y Rebecca pudo ver las

lágrimas en sus ojos al separarse.

—Ve con Dios, hijo mío.

Abochornado, Dillon se dejó dar otro abrazo y un beso en la mejilla, luego se dirigió hacia la furgoneta, colocó la nevera en el asiento trasero y se sentó al volante.

María y Juan se despidieron agitando las manos mientras se alejaban conduciendo.

Cuando llegaron a la autopista, Dillon forzó el motor y éste sonó como un animal al que acabaran de liberar de su jaula. El olor a cuero nuevo y a hombre era una mezcla muy potente, pensaba Rebecca, y se sintió un poco intimidada ante tanto músculo. Intimidada y, a la vez, excitada. Le dirigió una mirada furtiva a Dillon. Él tenía la atención puesta en la carretera, con una mano colocada sobre el volante y la otra toqueteando los botones de la radio, buscando una emisora. Tenía un perfil tan hermoso como era su cara de frente. Era fuerte, con la mandíbula marcada y pómulos altos. Y con esa mirada oscura e intensa capaz de intimidar a cualquier hombre y de derretir a cualquier mujer.

«Tú y yo sí vamos a ser amantes».

Sus palabras se repetían en la mente de Rebecca y le producían escalofríos, haciendo que se le calentara la piel y el corazón le latiese con fuerza.

Decidida a no pensar en la parte física de su relación con Dillon, se obligó a sí misma a pensar en la razón que la había llevado hasta allí.

—¿Adónde vamos?

—A Fiat Falls.

—¿Fiat Falls?

—Está al norte, a unos cuatrocientos ochenta kilómetros. Radick vivió allí hasta que tuvo treinta años, luego se mudó a Wolf River y fue sheriff durante tres años —

dijo Dillon mientras hurgaba en la radio en busca de la emisora—. Abandonó Wolf River poco después del accidente de mis tíos y, básicamente, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Rebecca recordaba todo lo que Dillon había aprendido sobre ella y no supo si eso la hacía sentirse segura o asustada.

—¿Cómo sabes todas esas cosas?

Él la miró brevemente antes de poner la canción American Girl, de Tom Petty.

Luego se recostó en su asiento y dijo:

—Hice algunos contactos cuando estuve en el ejército.

El ejército. Eso explicaba los años en blanco después de que Dillon abandonara Wolf River.

—¿Qué tipo de contactos?

Dillon cambió de carril y adelantó a una furgoneta que transportaba ganado.

Entonces dijo:

—Significa que conozco gente que tiene acceso a cierta información.

—Ah.

Aquel comentario despertó cientos de preguntas en su interior pero, a juzgar por el tono de su voz y la expresión de su rostro, Rebecca imaginó que sería mejor no preguntar.

—¿Entonces crees que Radick regresó a sus raíces?

—Tenemos que empezar por alguna parte —contestó él encogiéndose de hombros—. En este momento, ése es tan buen sitio como cualquier otro.

Rebecca suponía que tenía razón. La verdad era que tenía sentido. Por norma, la gente tenía la tendencia a regresar al lugar en el que más cómodos se sintieran.

Sólo esperaba que, en el caso de Spencer Radick, la norma fuera cierta.

Había sido un buen día.

Leland comprobó su cuenta bancaria por Internet y sonrió al ver el dinero que Antonio le había ingresado en una cuenta especial. Era sólo la mitad de la cifra que habían acordado, pero el resto se lo ingresaría una vez que los bebés hubieran llegado a su destino.

Esa tal Bellochio progresaba adecuadamente con el parto. Hacía una hora que había roto aguas, había dilatado a cuatro centímetros y había muchas probabilidades de que los bebés nacieran ese mismo día. Leland ya lo había organizado todo para el intercambio e incluso había encargado una caja de puros habanos para Antonio y un ramo de flores para su esposa. Eran regalos para los orgullosos padres.

Las cosas finalmente comenzaban a irle bien. Incluso ese problema con la metomentodo Rebecca Blake y con Dillon Blackhawk ya se había solucionado.

Leland miró los ceros en su cuenta suiza, se recostó en su silla y sonrió plácidamente.

No le importaba nada más en el mundo en ese momento.

Dos horas después de abandonar Resolute, Dillon detuvo la furgoneta en un área de servicio que había junto a un lago artificial. Frente a los lavabos, una pareja joven de pie junto a una caravana estaba estudiando un mapa y, al otro lado del aparcamiento, dos personas mayores estaban inclinadas sobre el maletero de su furgoneta blanca sacando una caña de pescar.

—Cinco minutos —dijo Dillon mientras bajaba las ventanillas y apagaba el motor.

—Vaya, ¿por qué tanto tiempo? —preguntó Rebecca con tono sarcástico—. Y yo que pensé que tenías prisa.

Él le dirigió una mirada irónica y Rebecca se carcajeó antes de salir de la furgoneta y dirigirse a los lavabos. Tropezó con una piedra y entonces fue Dillon el que se rió. Rebecca le dirigió una mirada de odio por encima del hombro, se enderezó y desapareció dentro de los lavabos.

Dillon se sentía aliviado porque Rebecca no hubiera intentado forzar las conversaciones durante las últimas dos horas. Él estaba acostumbrado a viajar solo, a ir donde le diera la gana, cuando le diera la gana, y a no tener que pensar en nadie más que en él mismo. Si hubiera dependido de él, habría ido conduciendo sin parar hasta Fiat Falls, deteniéndose sólo a echar gasolina. Pero entre los ruidos que hacía el estómago de Rebecca y la creciente impaciencia de Bowie, Dillon se había visto obligado a hacer un alto en el camino.

Salió de la furgoneta y estiró la pierna lesionada, luego abrió la puerta trasera.

Bowie salió disparado de la furgoneta como una flecha y se dirigió directo al lago, donde una bandada de patos nadaba tranquilamente. Sin prestar mucha atención al animal, que ladraba sin parar, los patos le dieron la espalda y se alejaron nadando hacia la otra orilla. La indiferencia de las aves provocó a Bowie más aún, y corrió hacia el otro lado del lago, consiguiendo sólo que la bandada de patos volviera a darle la espalda.

Dillon sacó la nevera del asiento trasero y se dirigió hacia un roble. Aunque era sólo media mañana, el calor era bastante sofocante, humedeciendo el aire por momentos. Dillon dedujo que se avecinaba una tormenta, viendo las nubes rodear las montañas. Con un poco de suerte, podrían mantenerse alejados de ella.

Mientras esperaba a que Rebecca y el perro se reunieran con él, se sentó en el suelo, a la sombra del roble, y sacó una botella de agua y un burrito de la nevera. Al ver el envoltorio de plástico con las galletas de chocolate de María, Dillon sonrió. Esa mujer podría tentar al mismo diablo con sus galletas de chocolate. Se comió una, luego estiró las piernas y comenzó con el burrito. Bowie, resignado ante el hecho de no poder alcanzar a los patos, había salido corriendo a explicar una pequeña formación rocosa que había a lo lejos.

Allí sentado, a la sombra del roble y con el olor de la tormenta que se avecinaba, Dillon recordó la primera vez en que su abuelo lo había llevado al cañón. Dillon sólo tenía siete años por entonces, pero aún

podía oír a su abuelo susurrar: «Escucha, Lakota. Si te quedas muy callado, puedes oír a las hormigas hablar entre ellas.

Escucha». Y Dillon había escuchado a las hormigas. Y al conejo y a la araña. Incluso las propias paredes del cañón le habían hablado aquel día.

Había aprendido muchas lecciones en aquel cañón durante el año anterior a la muerte de Red Father. Años después, él había oído hablar a la gente de su abuelo como un viejo indio loco.

Pero, loco o no, él había querido mucho a su abuelo. Para Dillon, eso era suficiente.

El sonido de unos neumáticos sobre el pavimento del aparcamiento llamó su atención. Un utilitario blanco con las lunas tintadas había aparcado en el área de descanso al mismo tiempo que Rebecca salía del baño. Dillon se puso tenso, pero se relajó al ver que del asiento trasero salían un par de adolescentes. Rebecca les dirigió una sonrisa y los saludó. Cuando pasó por delante de ellos, los dos chavales se dieron la vuelta y le miraron el trasero descaradamente. Si no hubieran sido tan jóvenes, Dillon se habría sentido más molesto, pero era imposible ignorar el trasero de Rebecca con aquellos vaqueros ajustados que llevaba.

La observó acercarse a él, moviendo sus caderas y con una sonrisa extremadamente sexy en los labios mientras el sol brillaba sobre su cabeza, haciendo que su pelo pareciera de un rojo intenso. Se sentó junto a él, sacó una botella de agua para ella y dio un sorbo, luego volvió a cerrar la botella. Dillon observó cómo se humedecía los labios con la lengua y sintió cómo toda la sangre del cuerpo se le concentraba en un solo punto.

Ignorando el calor que sentía en la ingle, le entregó un burrito y dijo:

—No volveremos a parar, así que será mejor que comas ahora, y, a no ser que te apetezca orinar detrás de alguna roca junto a la carretera, no te recomiendo que bebas mucha agua.

—Qué elocuencia —dijo ella con tono sarcástico mientras le quitaba el papel de aluminio a su burrito—. ¿Dónde está Bowie?

Dillon se recostó apoyándose contra el tronco del árbol y dijo:

—Buscando serpientes y alimañas.

—Entonces como nosotros —añadió Rebecca, y le hincó el diente a su burrito—.

¿Y si encontramos a Radick? ¿Qué haremos entonces?

—Le pediremos de muy buenas maneras que nos diga dónde está Waters.

—¿Y si no lo sabe?

—Pues seguiremos preguntándole hasta que lo sepa.

—Rebecca tragó saliva y dijo:

—¿Quieres decir que serías capaz de…?

—Rebecca —dijo él al ver que se detenía—, alguien me echó de la carretera y te atacó a ti. Alguien que es probable que aparezca en cualquier momento para acabar lo que ha empezado. Eso me pone un poco furioso.

Al oír a los patos graznar, Dillon levantó la cabeza y miró hacia el lago. Bowie se había metido en el agua y se había acercado a los patos más de lo que a ellos les hubiera gustado. Dillon observó la escena, preparado para intervenir si fuese necesario, pero Bowie finalmente se dio la vuelta y regresó a la orilla.

—Haré lo que tenga que hacer —prosiguió Dillon volviendo a mirar a Rebecca

—. Si no te apuntas, necesito saberlo ahora mismo.

—Claro que me apunto —contestó ella mirándolo a los ojos con un brillo en la mirada.

—Muy bien, entonces —dijo él, y lanzó su botella de agua vacía a una papelera que había a unos metros de distancia—. Termina de comer y nos iremos.

Capítulo 10

Dejaron la interestatal tras pasar Sweetwater y se dirigieron hacia el norte por la autopista. El paisaje que los rodeaba era tan árido que parecía desierto, con formaciones rocosas y cactus cubiertos de espinas. A lo lejos, como si de la columna de un dinosaurio se tratase, unas enormes colinas se alzaban en el horizonte.

Cuando divisaron la señal de «Fiat Falls, próxima a la derecha», Dillon se salió de la autopista.

Unas nubes de un gris metálico habían estado siguiéndolos desde que dejaran el área de servicio, pero habían conseguido mantenerse alejados de la tormenta. Con un poco de suerte, estarían de vuelta en la carretera antes de que comenzara a llover.

Fiat Falls no era mucho más grande que Resolute, lo cual era una ventaja a su favor, pero Dillon sabía que, hacer preguntas en un pueblo donde todo el mundo conocía a todo el mundo, sería algo peligroso.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Rebecca mordiéndose el labio nerviosamente.

—En el mismo lugar en el que tú comenzaste a buscarme a mí —contestó él. Se metió en un aparcamiento asfaltado y infestado de malas hierbas que había junto a un antro llamado The Red Eye y paró la furgoneta.

—¿Un bar? —preguntó ella extrañada mirando el reloj del coche —. ¿A la una en punto de la tarde?

Él le dirigió una mirada tolerante, sacó un pequeño teléfono móvil de la guantera y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros.

—Dame tu teléfono —dijo.

Ella rebuscó en su bolso y le entregó su móvil. Dillon gravó su número y se lo devolvió.

—Si tienes algún problema, llámame.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con el ceño fruncido—. Yo voy contigo.

—No se trata de un coctail ni del baile de fin de curso, cariño. Si entras ahí conmigo, te garantizo que se armará una buena.

—Pero no puedes pretender que me quede…

—Lo pretendo y lo harás —replicó él con severidad—. Puedes dejar el motor encendido y poner el aire acondicionado, o puedes llevarte a Bowie a dar un paseo y buscar alguna sombra bajo la que resguardaros. Mantén tu teléfono móvil encendido, por si acaso yo necesitara llamarte.

—Si ni siquiera sabes mi número —dijo ella al ver que Dillon abría

la puerta de la furgoneta y salía.

—Sí lo sé.

The Red Eye no era muy distinto del resto de antros en los que Dillon había entrado. Era oscuro, el aire era denso y estaba cargado de humo del tabaco. Incluso la clientela parecía ser la misma, pensó al registrar la sala con la mirada. Los vaqueros con sus cervezas, los motoristas hablando con las chicas que trabajaban allí, un hombre y una mujer sentados el uno junto al otro en una mesa. Probablemente estarían casados, pero no entre ellos.

En la televisión que había colgada en la pared sobre la barra estaban echando un partido de béisbol que, Dillon advirtió, se trataba de una reposición de la noche anterior. Dillon se sentó en uno de los taburetes vacíos y observó al camarero, que estaba mirando a la televisión con la boca abierta y los ojos perdidos.

—¿Tenéis cerveza de barril?

—No —contestó el camarero sin desviar la atención de la pantalla de televisión.

—Entonces una Shiner Bock.

Sin ni siquiera mirarlo, el camarero sacó una botella de debajo de la barra, le quitó la chapa y la deslizó sobre el mostrador.

Dillon dio un trago a la cerveza y observó la televisión.

—¿Vais a echar el partido de esta noche aquí? —preguntó.

—Claro que sí —masculló el camarero—. He apostado veinte pavos por los Rangers.

—Yo también querría apostar —dijo Dillon tras dar otro trago a la cerveza—.

¿Puedes apuntarme?

—Yo no —contestó el hombre, y durante uno de los anuncios de la televisión, inclinó la cabeza hacia un hombre que estaba sentado en el otro extremo de la barra

—. Prueba con Benny.

Dillon pensó que tendría cincuenta y muchos años. Era bajito, con gafas gruesas, y llevaba una camisa azul. Desde su pelo hasta su cara alargada, todo en aquel hombre era delgado y estrecho, incluyendo su nariz. Estaba garabateando algo en una pequeña libreta.

—Gracias —dijo Dillon, dejó unos dólares sobre la barra y se colocó junto al hombre.

—Eh, Benny, ¿qué tal va?

Benny lo miró por encima de sus gafas y dijo:

—¿Quién diablos eres tú?

—Mi nombre es Dillon Blackhawk.

—Me alegro por ti —dijo Benny, y siguió con lo que estaba

haciendo.

—Estoy buscando a un viejo amigo de mi padre, de Wolf River —dijo Dillon—.

He oído que eras amigo suyo y pensé que podrías ayudarme.

Benny levantó la cabeza y miró a Dillon.

—¿Acaso ves alguna puñetera señal de «servicio al cliente» sobre mi cabeza?

Vete a denunciar la desaparición al sheriff.

—¿Ves? Qué coincidencia —dijo Dillon apoyándose sobre la barra del bar de la manera más normal—. El amigo de mi padre también era sheriff. El sheriff Spencer Radick.

—Nunca he oído hablar de él.

Fue aquella pausa lo que delató a Benny. Sólo fue un milisegundo, pero lo suficiente para que Dillon supiera que aquel hombre estaba mintiendo. Dillon sacó de su cartera dos billetes de cien dólares y los colocó sobre la barra. A Benny se le iluminaron los ojos.

—Radick, Radick —dijo Benny fingiendo estar pensando, entonces sonrió como si hubiese encontrado la respuesta—. Ah, sí. Radick. Hacía mucho tiempo. El muy bastardo murió hace cuatro años, me debía dinero.

—¿Cómo murió?

Hubo otra pausa significativa.

—Se le paró el corazón —contestó Benny chasqueando los dedos —. Así, sin más. Realmente trágico.

—¿Dónde está enterrado? —preguntó Dillon, y colocó otros dos billetes más sobre la barra—. Por si acaso decidiera ir a visitar su tumba.

—¿Es que acaso parezco de la funeraria? ¿Cómo diablos iba a saberlo? —

contestó Benny mientras el sudor se le iba acumulando en la frente. Se humedeció los labios mientras miraba fijamente el dinero, luego cerró su libreta de golpe y se terminó el whisky que estaba bebiendo—. Ha sido un placer, pero creo que he comido algo que me ha sentado mal.

Dillon observó a Benny desaparecer por la puerta que daba a los servicios. A aquel hombre no se le daba nada bien mentir. No importaba. Sería más fácil tratar con el tipo sin gente delante. Dillon se giró hacia el camarero y preguntó:

—¿Existe alguna puerta trasera en este lugar?

Sin desviar la mirada del televisor, el camarero se acercó hacia Dillon, retiró los dos billetes de cien dólares de la barra y asintió.

—Tercera puerta a la izquierda.

Dillon se puso en pie lentamente y caminó hacia el servicio. No lo sorprendió descubrir que estuviera vacío. Se dirigió hacia la tercera puerta a la izquierda y se echó a un lado mientras la abría y miraba dentro. La habitación estaba vacía, pero había una puerta al otro lado que daba al exterior y que estaba ligeramente entornada.

Dillon atravesó la puerta, que daba al callejón, y suspiró al ver a Benny escabulléndose. «Parece que voy a tener que esforzarme», pensó sintiéndose un tanto molesto.

—¡Benny!

—¡Ha sido un placer hablar contigo, Blackhawk! —gritó Benny por encima del hombro mientras levantaba el brazo para hacerle un corte de mangas antes de doblar la esquina.

Aquello sí que fue una grosería. Dillon decidió que habría de enseñarle maneras al tipo una vez que lo alcanzara.

¿Qué diablos?

Dillon había recorrido la mitad del callejón cuando Benny reapareció. Tenía los brazos estirados hacia delante y retrocedía lentamente.

Un momento después, enseñando los dientes y con los ojos entornados y fijados en Benny, Bowie apareció de detrás de la esquina. Rebecca lo seguía de cerca.

—Perro bueno, perro bueno —murmuraba Benny una y otra vez sin quitar los brazos de delante.

Gruñendo ferozmente, Bowie consiguió llevar al hombre hasta Dillon. Éste, disfrutando del espectáculo, se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared. Decidió que tendría que darles las gracias a los dos más tarde.

Dillon miró a Rebecca, que esbozó una ligera sonrisa y dijo:

—Nos dijiste que fuéramos a dar un paseo.

Con la cara empapada en sudor, Benny miró a Rebecca y dijo:

—Señorita, dígale algo a su fiera.

—En realidad no es mi fiera —dijo Rebecca señalando a Dillon con la cabeza—.

Es de él.

Benny miró por encima del hombro hacia Dillon, maldijo en voz alta y luego sonrió levemente mientras se encogía de hombros como si no pasara nada.

—Eh, sin rencores, Blackhawk. Ya sabes cómo son las cosas. Spence es un viejo amigo y un buen cliente. No puedo traicionarlo.

—Bien —dijo Dillon, y advirtió la libreta que Benny se había colocado en el cinturón de sus pantalones—. Pues dame tu libreta y lo encontraré yo mismo.

Benny agarró la libreta como si del Santo Grial se tratase. Aquel movimiento repentino hizo que Bowie arremetiese contra él.

—Dile que se esté quieto, que se esté quieto —rogó Benny con los ojos abiertos de puro terror.

Dillon no tenía tanta prisa como para no poder disfrutar de aquel espectáculo durante un rato más.

—Le diré que pare cuando nos digas dónde está Radick —dijo él.

—Está a unos tres kilómetros del pueblo —dijo Benny rápidamente —. Os daré la dirección.

—¿Sabes qué? —dijo Dillon—. Yo le diré al perro que se esté quieto y tú nos llevarás hasta Radick.

Benny se humedeció los labios y miró nerviosamente de un lado a otro, a Dillon y al perro.

—Está bien, está bien —dijo finalmente—. Pero dile que se esté quieto.

—¡Bowie, quieto! —le ordenó Dillon al perro, que instantáneamente se apartó.

Benny cerró los ojos y murmuró algo en voz baja, una mezcla de plegarias e improperios. Con la mano temblorosa, se secó el sudor de la frente y volvió a abrir los ojos.

—¿Quién diablos eres tú? —le preguntó a Rebecca.

—No necesitas saber tantas cosas en este momento, Benny —dijo Dillon chasqueando los dedos. Bowie se colocó a su lado—. Vamos a dar una vuelta.

El dolor la despertó.

Como las otras, aquella contracción comenzó de manera floja y luego se hizo más fuerte y se extendió por toda la tripa. Teresa arqueó el cuello y emitió un leve gemido, manteniendo los ojos centrados en la luz que tenía sobre su cabeza, obligándose a concentrarse en la respiración. Lenta, no demasiado profunda. El estómago el ardía, como si se lo estuvieran perforando con un tornillo.

Cerró los ojos y se recostó sobre la cama cuando el dolor pasó. Dado que había roto aguas, sus contracciones se habían intensificado en frecuencia y dolor. Sin un reloj a mano, no estaba segura al cien por cien de cada cuánto tiempo se producían, pero imaginaba que cada cuatro o cinco minutos. Llevaba tiempo durmiéndose y despertándose a saltos. Su mundo existía sólo dentro de su cuerpo. No tenía sentido de la orientación ni del tiempo.

—Lo estás haciendo muy bien, Teresa.

Teresa abrió los ojos y miró a Elena, que había estado a su lado la mayor parte del día.

—¿Cuánto tiempo queda?

Elena sonrió y dijo:

—Cada mujer es diferente. Sólo has dilatado cinco centímetros, así que cálculo que otras tres o cuatro horas.

Para Teresa aquello era toda una eternidad. Quería tener en brazos a su bebé cuanto antes. Quería ver a su hijo o hija respirar por primera vez, quería escucharlo llorar.

—¿Mi bebé está bien? —preguntó Teresa. Sabía que uno de los monitores a los que estaba conectada mostraba el latido del corazón de su bebé, pero no había sonido alguno.

—El bebé está bien —le aseguró Elena—. Tienes que relajarte y dejar de preocuparte, cariño. ¿Acaso no te dije que nosotros cuidaríamos de ti y de tu bebé?

Teresa asintió y dijo:

—Has sido muy amable.

—Dentro de un rato estarás poniéndome verde —dijo Elena apretándole la mano—, pero merecerá la pena.

—Lo sé —contestó Teresa sonriendo, entonces respiró profundamente al sentir la siguiente contracción.

La vieja granja y el granero estaban situados entre una arboleda de cipreses, a un kilómetro y medio más o menos de la autopista. Excepto por la pintura blanca descascarillada, los cristales rotos de las ventanas y varias furgonetas abandonadas que había en el jardín, el lugar no estaba tan mal. O eso le parecía a Rebecca. Nada que un buldózer o varios cartuchos de dinamita no pudieran arreglar.

Con Bowie sentado en el asiento junto a ella, Rebecca estaba colocada detrás de Benny, que no había dejado de vigilar al perro desde que se habían subido a la furgoneta de Dillon. Una vez en que había levantado la mano para indicarle a Dillon que debía girar, el animal había comenzado a gruñirle y se había asegurado de dar las indicaciones verbalmente a partir de entonces.

Había sido una suerte que Rebecca se hubiera cansado de esperar a Dillon en la furgoneta. Bowie estaba ansioso por estirar las patas, y no llevaban más de dos minutos fuera de la furgoneta cuando aquel hombre había doblado la esquina y se había chocado con ellos.

A Bowie aquello no le había gustado ni un pelo.

Si Rebecca no hubiera oído a Benny decir el nombre de Dillon y luego no hubiera oído a Dillon gritar, le habría dicho al perro que se estuviese quieto.

Habiendo estado en la lista negra del perro con anterioridad, Rebecca casi sentía pena por Benny.

—Está en casa —dijo Benny mientras levantaba la mano para señalar, pero la bajó con rapidez cuando Bowie comenzó a gruñir—.

Ese es su coche —añadió dirigiendo la mirada hacia un viejo Buick de color blanco.

—¿Es un tipo simpático? —preguntó Dillon mientras aparcaba junto al Buick.

—Tan simpático como tú —dijo Benny con tono sarcástico, y se quedó con la boca abierta cuando Dillon sacó una pequeña pistola de la guantera.

A Rebecca le dio un vuelco el corazón al ver el arma. No era que no hubiese visto una antes, incluso había tenido alguna en la mano. Su padrastro tenía varias en su colección y Sean tenía licencia apara llevar una en sus aviones. Pero algo le decía que la de Dillon no formaba parte de ninguna colección y que, además, no tenía licencia.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Benny con los ojos muy abiertos.

Dillon le dirigió una mirada al tipo y luego salió de la furgoneta, sujetándose la pistola a la cintura del pantalón.

—Sólo quiero información, eso es todo. Venga.

Mientras Rebecca y Bowie seguían a Dillon y a Benny, se levantó un aire caliente que le puso los pelos de punta a Rebecca. Se escuchó un trueno en la distancia. Trató de ver a través de las oscuras ventanas, preguntándose si Radick estaría detrás de alguna de ellas, observando. Sentía cómo la adrenalina le corría por las venas, haciendo que el corazón le latiese a toda velocidad.

Benny llamó con fuerza a la puerta delantera de la casa, se echó atrás y gritó:

—¡Spence! Soy Benny.

No hubo respuesta.

Benny volvió a llamar y gritó:

—Eh, Spence, voy a entrar.

Siguió sin haber respuesta.

Dillon sacó la pistola, giró el picaporte y abrió la puerta lentamente. A excepción del sonido de las viejas bisagras, todo parecía silencioso.

Demasiado silencioso.

A Rebecca se le aceleró el pulso. Dillon le hizo señas a Benny para que entrase.

—Vuelve a llamarlo —dijo.

—¡Spence! —gritó Benny con voz nerviosa. Asomó la cabeza primero, miró a su alrededor y luego cruzó la puerta—. ¿Estás ahí?

Las tablas de madera del suelo crujieron cuando Benny y Dillon entraron a la casa.

Tras secarse el sudor de las palmas de las manos, Rebecca los

siguió.

Las cortinas estaban echadas y les llevó un tiempo acostumbrar los ojos a la escasa luz del interior. Dentro hacía mucho calor y el aire estaba bastante cargado.

—Puede que esté en el granero —dijo Benny mirando a su alrededor—. Quizá debería ir a ver.

—Quizá deberías quedarte aquí —dijo Dillon echando una ojeada a la pequeña cocina—. ¿Qué hay ahí atrás? —preguntó señalando hacia el pasillo.

—Dos habitaciones y un baño.

—Abre las puertas.

—¿Yo? —preguntó Benny—. Tú tienes la pistola.

—Un hombre no dispara a su corredor de apuestas a no ser que le deba mucho dinero —dijo Dillon—. ¿Te debe mucho dinero?

Benny miró ansioso la pistola y luego a Bowie. Murmuró algo inaudible y se dirigió hacia el pasillo. Dillon lo siguió.

—Soy yo, Spence —dijo Benny mientras abría la primera puerta. Miró dentro y luego respiró. Se dirigió hacia la segunda habitación, abrió la puerta y, una vez más, suspiró aliviado.

—Sólo queda el baño —dijo Benny girando el picaporte. La puerta chirrió al abrirse y Benny se quedó con la mandíbula desencajada—. ¡Dios!

Rebecca no podía ver lo que había en el baño porque los dos hombres se lo impedían, pero observó cómo Dillon abría la puerta del todo y fruncía el ceño.

—Parece que al final tenías razón, Benny —dijo Dillon bajando el arma—. Está muerto.

—¡Dios! —repitió Benny, poniéndose pálido como la leche.

—¿Muerto? —preguntó Rebecca mientras intentaba acercarse más.

—No querrás ver esto —dio Dillon levantando una mano para detenerla.

Pero era demasiado tarde. Ella ya estaba junto a la puerta y pudo ver al hombre tirado en la bañera. Tenía una expresión de paz en aquella cara comida por el paso del tiempo, como si estuviera durmiendo. El agua de color rojo le llegaba hasta el cuello y tenía un brazo colocado sobre el borde de la bañera.

Se había cortado las venas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, se dio la vuelta y regresó al pasillo tratando de respirar profundamente.

—Pero si lo vi ayer mismo —murmuró Benny—. El chico de Jersey pagó tres de los grandes. Estaba en el bar invitando a todo el mundo a copas.

—¿A qué hora? —preguntó Dillon.

—Más o menos al mediodía, supongo. Pero no estoy seguro. Probablemente se marchó a las dos o las tres —dijo Benny sacudiendo la cabeza con incredulidad—. No tiene sentido que haya hecho algo así. Tenía cosas buenas por delante.

Dillon volvió a colocarse la pistola en el pantalón y preguntó:

—¿Qué tipo de cosas buenas?

Benny estaba mirando fijamente al hombre tirado en la bañera. Luego miró a Dillon y contestó.

Había un tipo que le enviaba cheques regularmente. Dinero suficiente para que Spence tuviera una buena vida y apostara en las carreras. Decía que ya estaba colocado de por vida.

—Colocado de por vida —dijo Dillon mirando al cadáver—. Parece que alguien ha puesto fin a esa vida demasiado pronto.

—¿Quieres decir que no ha sido…? —comenzó a decir Benny frunciendo el ceño—. ¿Alguien lo ha matado?

A lo lejos se escuchó otro trueno. Benny dio un brinco e incluso Bowie se asustó.

Rebecca le acarició la cabeza al perro y el animal se apoyó contra su pierna.

—No quiero formar parte de esto. Tengo una reputación. Que la gente se muera no es bueno para el negocio —dijo Benny mientras agarraba una toalla y comenzaba a limpiar el picaporte con ella. Luego se dirigió a los demás picaportes que había tocado.

A Rebecca le dio la impresión de que, al fin y al cabo, no había tanta lealtad ni amistad entre los dos tipos.

—Los cheques que recibía —dijo Dillon mientras salía del baño—, ¿sabes quién los enviaba?

—Nunca me lo dijo —contestó Benny—. Alguna vez los sacaba cuando quería hacer una apuesta.

—¿Viste de qué banco eran?

—¿Por qué demonios iba yo a saber algo como…? —Benny dejó de limpiar de pronto uno de los picaportes—. Quizá sí lo sepa.

—Nada de «quizá» —dijo Dillon agarrando al hombre del cuello y empotrándolo contra la pared—. Dime lo que sepas, y será mejor que sea cierto, o te prometo que serás tú el que acabe en la bañera.

—Está bien, está bien. No hace falta ponerse así —dijo Benny, y se echó hacia atrás cuando Dillon lo soltó—. Dame un respiro, tío. Acabo de perder a un amigo y a un buen cliente. Tendré que llorar su muerte.

Dillon sacó su cartera y le colocó al tipo unos cuantos billetes en la mano.

—Bien, parece que ya me acuerdo —dijo Benny metiéndose el dinero en el bolsillo—. Una vez Spence le dio un beso a uno de los cheques y dijo que, si el Corpus Christi fuese una mujer, se la tiraría.

Capítulo 11

A unos setenta y cinco kilómetros al norte de Abilene, la tormenta finalmente se desencadenó.

Dillon aparcó frente a un motel ruinoso llamado The Blue Haven Canyon Resort. Unas enormes gotas de lluvia golpeaban la furgoneta con fuerza y rebotaban en el suelo del aparcamiento. Había relámpagos por todas partes y el aire estaba cargado de electricidad.

Después de dejar a Benny en Fiat Falls, Dillon se había dirigido hacia el sur. Ni él ni Rebecca habían dicho nada durante la última hora. Él se había concentrado en conducir y ella había estado todo el tiempo mirando por la ventanilla.

—Pararemos aquí a pasar la noche.

—¿Qué? —preguntó ella como si acabase de darse cuenta de que el coche se había parado.

—No podemos seguir conduciendo así —contestó él mientras apagaba el motor

—. Pasaremos aquí la noche y veremos si escampa. Continuaremos por la mañana.

Rebecca y el perro lo siguieron a toda prisa hasta la oficina del motel, donde una mujer de mediana edad con bolsas en los ojos los recibió. Sobre el mostrador un cartel decía: Bernadette está de servido. La mujer miró a Bowie y frunció el ceño.

—Nada de perros.

—Está adiestrado —dijo Dillon. Estaba demasiado cansado como para discutir, así que colocó un montón de billetes sobre el mostrador y a Bernadette se le iluminaron los ojos. La mujer sonrió y se levantó de la silla.

—Con eso conseguirá una suite —dijo, como si la mejor habitación de aquel tugurio pudiera ser suficiente para tal cantidad de dinero—. La número ocho es la mejor que tenemos —añadió mientras tomaba la llave de la pared y la dejaba sobre el mostrador—. ¿Necesitan algo más?

—Comida.

—Puedo hacer que les envíen pizza —dijo la mujer mientras observaba a Dillon guardarse la cartera de nuevo en el bolsillo—. ¿Les gusta el pepperoni?

—Está bien —dijo Dillon, y colocó más dinero sobre el mostrador —. Y seis latas de cerveza.

—Perfecto, caballero —dijo Bernadette, y le dirigió una sonrisa a Rebecca—.

¿Tú quieres algo, cielo?

—Algunas toallas extra, por favor.

La mujer se metió en un armario que había detrás del mostrador y volvió a salir con varias toallas, que le entregó a Rebecca.

—Le diría al botones que los ayudara con el equipaje —dijo Bernadette—, pero es su día libre.

Para cuando llegaron a la habitación, estaban empapados. Dillon cerró la puerta tras ellos y dejó su bolsa y la maleta de Rebecca sobre el sofá.

La supuesta suite tenía un pequeño salón y una habitación con una cama enorme. En el salón había una televisión. A Dillon le parecía que el motel Mesa, en comparación, era como el Waldorf, aunque las toallas estaban limpias y había agua caliente cuando abrió el grifo del baño.

Cuando regresó al salón, Rebecca estaba arrodillada en el suelo secando a Bowie con una toalla. La habitación olía a perro mojado y a alfombra vieja.

—Toma —dijo Rebecca, y le lanzó una tolla de las que había depositado sobre la mesa, luego se giró y cerró los ojos cuando Bowie decidió sacudirse el agua de encima.

—Yo lo haré —dijo Dillon, le quitó la toalla y comenzó a secar al perro—. ¿Por qué no vas a descansar mientras llega la comida?

—Supongo que podría darme una ducha —dijo ella mirándolo.

—¿Estás bien? —preguntó Dillon al ver su cara pálida.

Rebecca no contestó al instante, sino que se quedó observándolo con la mirada perdida.

—Nunca había visto algo así —dijo finalmente.

Él sí que había visto cosas así en su vida. E incluso peores.

—No pienses en ello —dijo Dillon acercándola a su cuerpo y colocándole la barbilla sobre la cabeza—. Ya está hecho. Nada puede cambiarlo.

Por la ventana se vio un relámpago y, un segundo después, se escuchó el trueno. Bowie se asustó y se metió bajo la mesa del café.

—Lo ha hecho Waters, ¿verdad? —susurró Rebecca—. Sabía que estábamos cerca, así que mató a Radick. Hizo que pareciera un suicidio para que nadie sospechara.

—No debería haberte dejado ver eso —dijo él mientras le frotaba los hombros con las manos.

—Necesitaba verlo —contestó ella apretando la mejilla contra su pecho—. No soy tan frágil como piensas, Dillon.

—Yo no pienso que seas frágil.

—¿Ah, no? —preguntó Rebecca mirándolo con lágrimas en los ojos.

Él le apartó el pelo de la cara y negó con la cabeza.

—La mayoría de las mujeres no habrían soportado todo lo que has soportado tú. Tú lo has hecho bien, Rebecca.

Ella suspiró y apoyó la frente sobre su pecho.

—El hombre que me atacó mató a Radick, ¿verdad?

Dillon quería llevarla al dormitorio, quitarle esa imagen de la cabeza, hacerle olvidar todo durante un rato. Pero no era buen momento, así que tendría que esperar.

Suspiró, le quitó los brazos de encima y se apartó.

—Ve a darte una ducha. Hablaremos después.

Ella asintió, recogió su maleta y un par de toallas más y se dirigió al cuarto de baño.

—¿Dillon? —dijo antes de cruzar la puerta.

—¿Sí?

—Me alegra que tengas una pistola.

Con un grito que le salió de lo más profundo de su garganta, Teresa se inclinó hacia delante, agarrándose a los pasamanos, con los ojos cerrados y empujó.

—Muy bien, cariño —dijo Elena acariciándole el brazo—. Lo estás haciendo muy bien.

—Está asomando la cabeza —dijo el doctor Wilson—. Sigue empujando, Teresa.

«¿Qué otra opción tengo?», pensó Teresa. La presión y el dolor eran más fuertes de lo que habría imaginado jamás, algo que nadie podría explicar sin pasar por ello.

Apretó con fuerza los pasamanos de la cama y empujó con todas sus fuerzas.

Casi sin aliento, volvió a recostarse sobre la cama y escuchó al doctor Wilson decirle algo a Elena sobre el suero. La enfermera se dio la vuelta y tomó una jeringuilla del carrito que había junto al doctor.

—Esto es para tranquilizarte un poco y ayudarte a empujar —dijo Elena mientras colocaba la jeringuilla en la vía—. Puede que te sientas un poco mareada, pero no te preocupes. Estarás bien.

—No —susurró Teresa negando con la cabeza. No quería drogas. Quería estar bien despierta, quería recordar aquel preciado momento de dar a luz a su bebé.

Había pasado la peor parte sin drogas y ya no las quería—. Nada de drogas.

—Es sólo un sedante suave —dijo el doctor Wilson—. No te preocupes. No habrá tiempo de que pase por tu sangre y llegue hasta el bebé.

Incapaz de contener la necesidad de empujar, Teresa volvió a

inclinarse hacia delante y apretó los dientes. Gritó al sentir el dolor que se extendía por todo su cuerpo.

—La cabeza está fuera —le dijo el doctor a Elena, que se colocó a su lado para ayudarlo—. Sigue empujando, Teresa.

Poco a poco, la voz del doctor fue haciéndose cada vez más lejana y la luz cada vez más tenue. La necesidad de cerrar los ojos era más fuerte que ella, pero se negaba a sucumbir. Aguantó apretando los dientes y empujando, sintiendo cómo el bebé se desprendía de su cuerpo y pasaba a las manos del doctor.

—¿Qué es? —preguntó, pero se dio cuenta de que no había movido la boca y de que la pregunta estaba sólo en su mente. Trató de levantar la cabeza para ver al bebé, pero no pudo. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Aún sentía al doctor trabajando entre sus piernas, podía oír voces, pero no comprendía las palabras. Sin poder hacer nada, vio cómo Elena envolvía a su pequeño retoño con una manta y se alejaba.

Teresa trató de levantar el brazo y llamar a la enfermera para que se estuviera quieta, pero sentía como si su cuerpo se hubiese vuelto de plomo y la cabeza le daba vueltas. «¿Qué ocurre?», trató de preguntar, pero no le salían las palabras, y una extraña oscuridad finalmente se apoderó de ella.

Y en aquella oscuridad, Teresa sintió la incontrolable necesidad de empujar.

Era agradable sentir el agua caliente sobre su cuerpo.

Con las manos apoyadas contra la pared de la ducha, Rebecca agachó la cabeza y dejó que el chorro de agua le masajeara el cuello y los hombros. Durante las últimas horas se había sentido como en un sueño, desorientada, como si todo sucediese a cámara lenta.

Aún podía ver a Radick en la bañera con las muñecas abiertas. Tanta sangre. Y, extrañamente, su expresión era de paz.

Sintió un escalofrío y giró la manivela del grifo para que el agua saliese más caliente.

Si ver a Radick muerto en la bañera le había causado a Dillon alguna impresión, desde luego, no lo había demostrado. Le daba la sensación de que no era el primer muerto que veía en su vida. No sólo muerto, pensó cerrando los ojos.

Asesinado.

Si ella no hubiera peleado con el hombre que la había atacado, probablemente ése habría sido también su final. En una bañera llena de sangre con las venas cortadas. «Pobre mujer», habría dicho todo el mundo. «Tan deprimida por la muerte de su madre y por el horrible crimen que ésta había cometido». ¿Quién lo habría puesto en duda?

Rebecca apretó los dientes. Sean y Melanie sí que lo habrían puesto en duda. En el fondo sabía que no habrían parado hasta averiguar la verdad. Saber que tenía una familia, gente que la quería, nunca había significado tanto para ella como en ese momento. Era lo que conseguía la muerte. Hacía que las personas apreciaran más la vida.

—¿Rebecca, estás bien?

Dio un brinco al escuchar la voz de Dillon en el baño, y tuvo que tragarse el nudo que sentía en la garganta antes de contestar.

—Sí.

—Ya está aquí la comida.

No podía verlo a través de la mampara de cristal de la ducha, pero sentía que seguía en el baño. Sabía que estaba a no más de medio metro de ella. Tan cerca.

Tan lejos.

Apoyó la espalda contra la pared y sintió cómo el corazón la golpeaba con fuerza contra las costillas. A través del cristal de la ducha pudo ver su silueta. No dijo nada. Sólo se quedó ahí.

Rebecca apenas podía respirar, y mucho menos moverse.

El sonido de la puerta de la ducha sonó claramente en la habitación. Rebecca levantó la mirada y pudo ver los ojos de Dillon observándola. Sintió cómo la excitación recorría todo su cuerpo. Dillon apretó la mandíbula y levantó la mirada.

Se agachó lentamente y se quitó las botas. Una tras otra, las dos cayeron al suelo dando un golpe. Dillon se enderezó y se quitó la camiseta. Rebecca sintió cómo el corazón le daba un vuelco. Aun así, incluso con el pecho descubierto, incluso cuando se desabrochó los pantalones y se los bajó, Rebecca no dejó de mirarlo a los ojos. Una voz en su interior le decía que debía cubrirse, que debería estar avergonzada. Pero no lo estaba. Después de todo lo que habían pasado, ¿cómo podría estarlo?

Cuando Dillon entró en la ducha y cerró la mampara tras él, ella levantó los brazos y le colocó las palmas de las manos en el pecho, sintiendo su fuerza y su virilidad.

El vapor los rodeaba y el agua caliente mojaba sus cuerpos. Rebecca levantó la cara para mirarlo.

Él se agachó y la besó.

Aquel beso fue tan excitante y sobrecogedor como el primero. Rebecca deslizó las manos sobre su pecho y le rodeó el cuello con los brazos.

Una locura. De eso se trataba. Aquello era una auténtica locura.

Era como si la tormenta hubiese entrado a través de las paredes.

Los truenos, los relámpagos. Todo estaba allí, dentro de ella, dentro de él.

Él le cubrió de besos el cuello y fue bajando la mano por su hombro hasta llegar a su pecho. Las palmas de sus manos estaban muy calientes y Rebecca sintió el deseo como un torrente dentro de ella. Cuando Dillon bajó más la mano y la colocó entre sus piernas, ella emitió un gemido.

—Te necesito —susurró Rebecca, se puso de puntillas y frotó su cuerpo contra la piel húmeda y caliente de Dillon, sintiendo su erección—. Te necesito dentro de mí. Ahora, por favor.

Dillon le agarró las nalgas con las manos y la levantó. Instintivamente, ella le rodeó la cintura con las piernas y se dejó caer lentamente. Dillon gimió al penetrarla y la empujó contra la pared.

Entonces comenzó a moverse.

No se movía con ternura. Sus movimientos eran rápidos y fuertes, una y otra vez, y ella los recibía de buena gana. Su cuerpo vibraba ante la necesidad y la sangre le ardía en las venas, al tiempo que el corazón le palpitaba salvajemente. Se agarró desesperadamente a él, clavándole las uñas en los hombros y gritando con fuerza al alcanzar el clímax. Sintiendo aún las convulsiones, le pasó las manos por el pelo y mantuvo el ritmo, sintiendo cómo Dillon se excitaba cada vez más. La pared se tambaleaba a cada embestida, pero ella aguantaba. Con un profundo gemido, Dillon se estremeció y comenzó a convulsionarse.

Jadeante, Rebecca dejó caer la cabeza sobre su hombro. Él la mantuvo agarrada con fuerza y sin ningún esfuerzo, como si no pesara nada.

Cuando, finalmente, Rebecca desenganchó las piernas de su cintura, él se agachó hasta que sus pies tocaron el suelo de la ducha. Le tomó las manos y se las llevó a la boca para besarlas.

—¿Estás bien?

Ella asintió, dio un largo suspiro y se apoyó contra la pared de la ducha. Dillon se colocó de espaldas a la alcachofa de la ducha, parapetándola del agua, y se inclinó una vez más para besarla.

Pero, en esa ocasión, sus besos fueron tiernos y delicados. Lentos y profundos.

Deslizó las manos hasta sus pechos y comenzó a rodearle los pezones con los pulgares. Ella se arqueó y se estremeció al sentir de nuevo el deseo. «¿Tan pronto?», pensó alucinada. Cuando Dillon comenzó a besarle los pechos, Rebecca contuvo la respiración y sintió cómo la necesidad se extendía por su cuerpo.

Mientras la acariciaba con las manos, comenzó a lamerle uno de

los pezones con suavidad. Rebecca gimió al sentir el placer y le pasó las manos por la cabeza. Sus rodillas amenazaban con doblársele, así que se agarró a sus hombros fuertes y sintió cómo sus músculos se contraían bajo sus dedos.

Dillon movió su boca húmeda y caliente hasta el otro pezón, y comenzó a lamerlo y a juguetear con él. Ella volvió a arquearse y sintió cómo la urgencia la poseía de nuevo. Quería volver a sentirlo dentro de ella para saciar el deseo que la consumía entre las piernas.

Entonces Dillon deslizó la boca más abajo.

Rebecca abrió los ojos, quería quejarse, pero no encontraba las palabras. Dillon le besó el ombligo y exploró cada centímetro de su vientre con la boca. Deslizó las manos por sus caderas y colocó una de ellas entre sus muslos, separándole las piernas. La acarició con los dedos, luego con la boca y, finalmente, con la lengua.

Rebecca le clavó las uñas en los hombros y sintió cómo la excitación fluía por su cuerpo como un torrente.

Estaba desesperada, el mundo le daba vueltas. Se encontraba perdida en aquel lugar hermoso y dulce donde el placer y el dolor se volvían uno solo. Dillon siguió acariciándola y lamiéndola hasta que pensó que no podría aguantar más.

Rebecca gritó su nombre una y otra vez, incapaz de dejar de convulsionarse al sentir el clímax extenderse por su cuerpo.

Suspiró cuando, finalmente, Dillon la tomó en sus brazos y la apretó contra su pecho. Definitivamente, aquello era una locura, pensó.

¿Qué otra cosa podría ser?

Más tarde, habiendo olvidado la comida, estaban tumbados bajo las sábanas, desnudos, envueltos el uno en brazos del otro. La tormenta proseguía su curso fuera pero, dentro, con Bowie en la otra habitación y la pistola en la bolsa junto a la cama, Dillon consiguió relajarse.

Aunque, después de haber pasado una hora entera haciendo el amor con Rebecca, habría sido imposible no relajarse.

Aquella liberación física había sido buena para ambos. La tensión de los últimos días había conseguido ponerles los nervios a flor de piel. Sabía que el sexo conseguía equilibrar la mente y el cuerpo. La paz que se conseguía con él, aunque fuera temporal, era tan poderosa como cualquier tranquilizante.

Había sido algo inevitable, casi predecible, el que acabaran juntos en la cama.

Era la unión natural de dos personas que se sentían fuertemente atraídas.

Lo que no había sido inevitable ni, desde luego, predecible, había sido su propia reacción ante ello.

Ninguna otra mujer lo había hecho sentirse como Rebecca. Ninguna mujer había conseguido excitarlo tanto y hacerlo sentirse tan desesperado. Nunca antes había perdido el control, nunca había olvidado quién era ni lo que hacía. Una vez más, se había acercado demasiado a la línea que se había trazado hacía tiempo, y tuvo que obligarse a sí mismo a retroceder.

Y había algo más de lo que había que ocuparse, algo que era necesario decir.

—Rebecca —dijo él dándole un beso en la sien—. No he usado protección.

—Ahora me doy cuenta —dijo ella con un suspiro—. Yo ni siquiera podía pensar.

—Ninguno de los dos podíamos —añadió Dillon, y la tumbó sobre su espalda para mirarla—. Tienes que saber que nunca antes había hecho eso.

—Yo tampoco lo había hecho antes —dijo ella—. Olvidarme, quiero decir. Claro que, sólo he estado con…

Se detuvo, se mordió el labio y apartó la mirada sonrojada.

Dillon no debía forzar aquella conversación. La sola idea de pensar en las personas con las que Rebecca podía haber estado despertaba en él un sentimiento que era mejor no invocar, un sentimiento que nunca había tenido con otra mujer.

Pero parecía que no podía evitarlo. Quería saberlo. Necesitaba saberlo. Estar dándole vueltas a eso supondría una distracción, y la verdad era que no quería más distracciones aparte de las que ya tenía.

Estiró el brazo y le acarició la barbilla con el dedo.

—¿Has estado con quién?

—Tuve un novio en mi primer año de universidad. Siempre fuimos los dos muy cuidadosos —contestó ella mirándolo a los ojos—. Tuve otros novios, pero no ha habido nadie con quien me haya acostado.

De un modo u otro, Dillon se sintió contentó al escuchar eso. Si era virgen, podría hacerse cargo. Pero, aparte del hecho de saber que los dos estaban sanos, había otro asunto que lo preocupaba.

—¿Estás tomando la píldora?

—Ehh —Rebecca parpadeó—. No.

—De acuerdo —dijo él, le apartó el pelo, aún húmedo, de la cara y la besó—. Ya nos ocuparemos de eso más tarde, si es que tenemos que hacerlo. La próxima vez, no nos arriesgaremos.

Ella no contestó ni discutió sobre la posibilidad de que hubiera una próxima vez. Ambos sabían que sería así.

La lluvia había amainado un poco, pero los truenos seguían haciendo temblar las paredes de vez en cuando. Dillon ya había decidido que se quedarían allí toda la noche, pero esperaba que pudieran ponerse en carretera por la mañana temprano.

No tenía intención de esperar a que Waters o cualquiera de sus esbirros apareciera y los sorprendiera. La próxima vez, estaría preparado.

—¿Por qué te marchaste? —preguntó Rebecca rompiendo el silencio que se había apoderado de ellos.

—¿Marcharme? —preguntó él, y la miró al darse cuenta de que lo estaba observando.

—Hace dieciséis años. ¿Por qué te fuiste tras graduarte en el instituto y no volviste nunca?

Aquella pregunta hizo que se le acelerara el pulso. Nunca antes había hablado de ello con nadie. Nunca había querido hacerlo. ¿Acaso lo deseaba en ese momento?

Se apartó de ella y se sentó al borde de la cama, observando las sombras que habían invadido la habitación.

—Lo siento —dijo ella con suavidad—. No es asunto mío.

Durante dieciséis años había tratado de sacar de su mente aquella noche. Se había obligado a no pensar en ello. Pero, de pronto, era como si todo volviese contra él. Iba conduciendo hacia su casa a medianoche, sintiendo la grava del suelo bajo los neumáticos del Porsche que su padre le había regalado al graduarse. Todas las luces de la casa estaban encendidas.

—Aquella noche llegué pronto de la fiesta de graduación. No me esperaban tan pronto.

—Dillon…

—Estaban discutiendo en el piso de arriba, gritándose el uno al otro —aquella noche se había tomado un par de cervezas, pero estaba más interesado en conducir que en beber, así que se había ido a casa —. Los había oído discutir más veces antes, pero nunca así. Nunca con tanto odio y tanta ira.

—No tienes por qué contarme esto —susurró Rebecca. Pero Dillon sabía que sí tenía que hacerlo. Por primera vez en su vida, necesitaba contárselo a alguien.

—Al principio no comprendía lo que decían —prosiguió—, pero luego me di cuenta de que mi madre quería divorciarse. Mi padre se negaba a darle el divorcio y le dijo que me contaría la verdad si ella se marchaba.

Había escuchado a su madre decir: «Te odio, te odio». Luego el sonido de un puñetazo contra la pared. Había comenzado a subir las

escaleras haciendo crujir las maderas del suelo, pero sus padres no lo habían escuchado.

—Ella le dijo que, quizá, ya fuese hora de que supiese la verdad, que ya no era un niño. Era un hombre. Eso hizo que mi padre se pusiera más furioso. Nunca antes había oído a mi madre rebelarse contra mi padre de ese modo. Ella le dijo que yo tenía derecho a saber quién era mi verdadero padre y que qué importaba al fin y al cabo. Le dijo que sabía que tenía una amante, que llevaba años con ella. Dijo que era un hipócrita y un farsante. Él le dijo que era una cualquiera. En ese momento fue cuando yo abrí la puerta.

Dillon cerró los ojos al sentir el dolor que le colmaba el pecho. La sorpresa en la cara de su madre, la ira en la expresión de su padre. Aquello siempre quedaría grabado en su cerebro.

Sintió la mano de Rebecca en su espalda, reconfortándolo. Aquello era más de lo que podía soportar. Levantó la cabeza, apretó los dientes y suspiró.

—Les pregunté quién era mi verdadero padre —continuó Dillon—. Mi madre estaba demasiado afectada para hablar. Mi padre me gritó y me dijo que él era mi padre. Dijo que lo único que importaba era que no fuese medio blanco, que mi sangre no estuviese teñida de blanco. Cuando miré a mi madre, se puso a llorar y me dijo que lo sentía. Entonces me di la vuelta y bajé las escaleras.

—¿Y entonces te marchaste? —preguntó Rebecca, acercándose para apoyar la mejilla en su espalda.

Él asintió y siguió hablando.

—Mi padre me alcanzó en la puerta y me dijo que me fuera a mi habitación. Yo me negué y él me dio un puñetazo en la mandíbula, haciendo que me cayese contra la pared. Se colocó sobre mí, me dijo que él me había criado y que más me valía hacer lo que decía. Yo me puse en pie y agarré el picaporte de la puerta. Él volvió a golpearme y oí a mi madre gritar. Cuando se acercó a mí una tercera vez, fui yo el que lo golpeó.

Dillon se miró la mano y se dio cuenta de que había apretado el puño, sólo que, el puño que veía estaba lleno de sangre. La sangre de su padre.

—Me fui con el coche hasta las afueras del pueblo y lo dejé allí. Fui haciendo autostop por todo el estado, trabajando en ranchos y trabajos similares. Tres meses después, finalmente los llamé. Contestó el teléfono una voz extraña, la del ama de llaves. Me dijo que mi madre había muerto tres semanas antes de un ataque al corazón. Al día siguiente me alisté en el ejército.

—Lo siento mucho —susurró Rebecca dándole un beso en el

hombro.

Cuando Dillon sintió sus lágrimas deslizarse por su espalda, se levantó y se puso los vaqueros. Se acercó a la puerta pasándose la mano por el pelo. Necesitaba distancia, espacio.

Apenas podía respirar.

—Maldita sea, Rebecca, no llores por mí. No lo merezco. Yo la dejé allí con él.

Me fui sin ni siquiera escuchar lo que me habría podido decir. Y luego murió.

—¿Y te culpas por ello?

—Ella se quedó con mi padre, el hombre que creía que era mi padre, durante todos esos años por mí. Y, cuando más me necesitaba, fui un egoísta y la abandoné.

¿A quién si no voy a culpar?

—Tu madre tomó una decisión —dijo Rebecca doblando las rodillas y tapándose con la sábana—. Puede que ahora no comprendas el motivo. Quizá nunca lo hagas, pero tienes que creer que hizo lo que pensaba que era mejor.

—¿Es eso lo que hizo tu madre?

Vio el dolor en los ojos de Rebecca y sintió que era como un cuchillo que le desagarraba el corazón. ¿Por qué siempre les causaba dolor a las personas que le importaban?

—Sé que mi madre me quería —dijo Rebecca sin dejar de mirarlo —. Y no me cabe ninguna duda de que tu madre también te quería. No podemos cambiar el pasado. Ni lo ocurrido hace cinco minutos, ni lo que ocurrió hace veinticuatro años.

Fuiste tú el que me lo dijo, ¿recuerdas? Lo que realmente importa es lo que hagamos ahora, lo que seamos a partir de este momento.

A Dillon le parecía muy ingenua. Todo el mundo tenía que pagar por sus pecados. Era la ley que regía el universo. Había estado negándolo durante los últimos dieciséis años, había intentado escapar de ello. Pero ya no más.

Ya no más.

—Ven a la cama, Dillon —dijo ella estirando un brazo.

Él la miró. La deseaba con una desesperación que lo aterrorizaba. Su primera idea fue huir, salir corriendo.

Pero ya no más.

Maldiciéndola a ella y maldiciéndose a sí mismo a la vez, regresó a la cama.

Capítulo 12

—Vamos a ver lo que he conseguido con mi dinero, señor Worthington.

—Nada menos que lo mejor, Antonio, amigo.

Con una sonrisa, Leland se recostó sobre el asiento de cuero del despacho que tenía en casa. Observaba en la pantalla de ordenador que tenía enfrente las fotos y las partidas de nacimiento que le habían enviado por correo electrónico quince minutos antes.

—Han nacido hace una hora. El niño primero. Dos kilos trescientos veinticuatro gramos, cincuenta y cinco centímetros. La niña nació dos minutos después. Dos kilos doscientos cuarenta, cincuenta y tres centímetros. No ha habido complicaciones. Los dos bebés están perfectamente sanos.

—Supongo que no te importará que lleve a mi propio médico para que los examine cuando hagamos el intercambio —dijo Antonio—. No es que no confíe en ti, Leland. Pero, ya sabes, soy un hombre precavido.

—Por supuesto que no me importa. Es bueno ser precavido —dijo Leland. El examen preliminar y la prueba sanguínea habían demostrado que ambos gemelos tenían una salud excelente, pero Leland comprendía la posición de Antonio—. Si no quedas completamente satisfecho, te devolveré el dinero y encontraré un hogar apropiado para los dos niños.

Leland no estaba preocupado. Jamás le habían devuelto un bebé. Incluso a los clientes más duros y exigentes se les caía la baba cuando les ponían en brazos a su bebé.

Y, por lo que a los bebés respectaba, el niño y la niña eran bastante monos, pensaba Leland al observar las fotografías en la pantalla. Probablemente serían los mejores que jamás hubiera visto, sobre todo para tener una hora de vida. Los dos tenían buen color, la forma de sus cabezas era correcta y tenían el pelo oscuro.

Diablos, si le gustaran los críos, incluso estaría tentado de llevárselos a casa él mismo.

—¿Tienen algún antojo? —preguntó Antonio.

—No que yo sepa —dijo Leland hojeando la información médica que le habían enviado. Lo volveré a comprobar y te lo haré saber.

—¿La madre supondrá algún problema?

—No —dijo Leland. La madre seguía inconsciente y seguiría así durante varias horas. Incluso después de que se despertara, seguiría con el efecto de las drogas hasta bastante después de que los niños hubieran sido entregados. Luego, la mandarían a su casa con un

cuantioso cheque—. No tienes por qué preocuparte por ella.

—Como ya he dicho, soy un hombre precavido —dijo Antonio—. No quiero que haya nada que pueda relacionarme con ella ni contigo. ¿Lo comprendes?

—Perfectamente —contestó Leland—. Te aseguro que, si existiera el más mínimo problema, me encargaría de él.

Una mujer anónima muerta de una sobredosis en un callejón. Habría una investigación pero, sin familia ni amigos que la estuvieran buscando, a las autoridades les llevaría meses identificarla.

Pero no tenía por qué ser así. Siempre que esa tal Teresa Bellochio no levantase sospechas, no había razón para hacerle daño. Teniendo en cuenta el valor del cheque que él mismo había firmado para ella, estaba seguro de que esa mujer estaría encantada de gastárselo en uno o dos días.

—¿Dónde y cuándo quieres que te los entregue? —preguntó Leland.

—Mi mujer y yo nos registraremos en el Marriott el miércoles por la mañana —

dijo Antonio. Colocó la mano en el auricular y le dijo algo a su esposa. Luego quitó la mano—. Necesitaremos algo de tiempo para prepararnos. A las tres nos viene bien.

Leland apretó los dientes. Estaban a lunes. Esperaba poder deshacerse de los niños por la mañana. Sobre todo tras haber cambiado sus planes y haber decidido marcharse el jueves en vez del viernes.

—Entonces a las tres en punto el miércoles —dijo Leland con una sonrisa—.

Ciao.

«Qué diablos», pensó tras colgar el auricular. Suponía que no importaba entregar los bebés el jueves o el miércoles. La única persona que podría haberlo acusado estaba flotando en una bañera llena de sangre.

Leland miró el reloj y supo que, al día siguiente a esa misma hora, Dillon Blackhawk y Rebecca Blake estarían tan muertos como Spencer Radick.

Dillon se despertó con el sonido de la lluvia golpeando los cristales de la habitación del motel. Parecía que lo peor de la tormenta había pasado. Ahora sólo lloviznaba. Miró el reloj que había en la mesilla y vio que eran casi las siete.

Rebecca estaba dormida acurrucada bajo su brazo con una mano sobre su estómago y una pierna enrollada alrededor de su muslo. Tenía el pelo revuelto y extendido sobre su pecho, y Dillon tuvo que

contener la necesidad de deslizar los dedos por sus rizos suaves y brillantes.

En vez de eso, se quedó observándola.

Rebecca movía el pecho ligeramente cada vez que respiraba, extendiendo su aliento por su tripa como un manto húmedo. El latido de su corazón, firme y potente, vibraba a través de él.

Dillon jamás se había sentido tan pletórico. Nunca se había dejado llevar de semejante manera. Aunque eso seguía inquietándolo, no veía razón para pensar en ello en aquel momento. Lo que había ocurrido, había ocurrido, y ya no podía cambiarse.

Ella misma se lo había dicho la noche anterior. «No podemos cambiar el pasado. Ni lo ocurrido hace cinco minutos ni lo que ocurrió hace veinticuatro años.

Se trata de lo que hagamos ahora, de lo que seamos a partir de ahora».

Si todo fuera tan simple.

Rebecca comenzó a mover las puntas de los dedos y a estirarse, murmurando algo incomprensible. Dillon sintió algo en el pecho, una necesidad nada familiar, una ternura que hizo que frunciera el ceño. Se dijo a sí mismo que era por la situación, no por la mujer. El placer que habían compartido había sido tan único como las circunstancias que habían hecho que se encontraran. En cuanto pusieran fin al pasado, ella regresaría a Boston, con su familia y su profesión. Con su vida. Él volvería a… ¿a qué?

No tenía ni idea.

Rebecca se frotó contra él, estirándose mientras se despertaba, y Dillon sintió cómo el calor comenzaba a circular por sus venas y el corazón se le aceleraba. Como si de un puño se tratase, la necesidad lo había agarrado con fuerza. Incluso después de una noche de sexo, seguía deseándola. La deseaba desesperadamente. La deseaba en ese mismo instante.

La colocó encima de él y Rebecca abrió los ojos de golpe. Los rizos revueltos rodeaban su rostro y le caían sobre los hombros. Dillon agarró uno de sus mechones al tiempo que le agachaba la cabeza para besarla.

—Espera —dijo ella echando la cabeza hacia atrás. Lo miró con unos ojos que, de pronto, eran puro fuego.

Entonces le acarició el pelo con las manos y agachó la cabeza para besarlo.

«No debería ser así», pensó él. No después de la última noche. O debía desearla de esa manera, con esa ansia.

Pero la verdad era ésa, y no podía evitarlo.

Con una mano aún colocada en su cabeza, Dillon buscó con la otra en su bolsa hasta sentir el envoltorio del condón mientras ella se deslizaba hacia abajo. Gimió al sentir cómo le lamía el vientre con la lengua y se quedó apenas sin respiración al notar que bajaba más aún.

Apretó los dientes y gimió con fuerza al sentir cómo Rebecca se deleitaba con la lengua en su erección. Cerró la mano con la que le acariciaba el pelo y se arqueó hacia arriba mientras ella se movía. El deseo lo cegaba, no dejándole ver nada que no fuese su pasión por ella.

No podía soportarlo, pensaba que se moriría si no la poseía en ese instante. Se incorporó, la tumbó sobre su espalda, separándole las piernas con la rodilla, y la penetró con un rápido movimiento. Ella se arqueó y gimió, estirando las manos para tocarlo. Dillon le agarró las muñecas y le colocó los brazos encima de la cabeza, aprisionándola contra el colchón. Rebecca abrió los ojos y sonrió, moviendo las caderas al ritmo que él marcaba.

Se restregaron el uno contra el otro, jadeando, apresurándose cada vez más hasta llegar los dos al clímax, que los sumió en una espiral de espasmos y contracciones. Dillon se preguntaba si sería eso lo que sentiría uno al morir, o al nacer.

Decidió que las dos cosas debían de ser lo mismo y apretó a Rebecca contra su cuerpo.

La niebla la atrapó.

Teresa luchaba contra ella, intentaba abrir los ojos, mover el brazo, pero parecía que no había conexión entre su cerebro y su cuerpo. Confusa y asustada, luchó contra el embrujo que la envolvía.

«¿Dónde estoy?», pensó.

Escuchó algo. Un zumbido. Alguien caminando sobre un suelo de baldosas, y el sonido de una máquina. Se dio cuenta de que el zumbido era la voz de un hombre.

—Teresa, ¿puedes oírme?

Sentía que los párpados le pesaban una tonelada pero, lentamente, consiguió abrir los ojos y vio a un hombre a un lado de la cama y a una mujer al otro. Le eran muy familiares.

Eran el doctor Wilson y Elena. ¿Por qué la miraban así?

—Se ha despertado a las nueve y media —dijo el doctor mirando su reloj—.

Apúntalo.

Entonces lo recordó todo muy deprisa. Estaba dando a luz, la enfermera había envuelto a su bebé con una manta y luego… oscuridad. Una completa oscuridad.

Sintió cómo el pánico se apoderaba de ella y miró a su alrededor.

¿Dónde estaba su bebé?

—Mi bebé —consiguió decir, aunque las palabras no fueron más que un leve susurro. Sentía la garganta totalmente seca.

Elena le acarició el brazo suavemente y dijo:

—¿Por qué no descansas un poco, Teresa?

—No —dijo ella tratando de incorporarse con los codos, pero no le respondían los brazos—. Mi bebé.

—Ha habido una complicación —dijo el doctor Wilson tomándole las manos—.

Siento mucho decirte que ha habido complicaciones. Tu bebé no lo consiguió.

Teresa cerró los ojos. Podía sentir cómo el corazón le latía contra las costillas.

—No lo comprendo.

—Tenía el corazón poco desarrollado. No pudimos hacer nada —añadió el doctor—. Lo siento mucho.

¿Sentirlo? ¿Lo sentía?

No. Aquello no estaba ocurriendo. No podía ser. Su bebé estaba sano. Ella ni siquiera se había tomado una aspirina durante el embarazo. El médico le había dicho que todo iba bien, que su bebé estaba sano. «Estoy dormida», pensó. Tenía que haber sido una pesadilla. Una pesadilla horrible. Tenía que ser así.

«Por favor, Dios, haz que me despierte», pensó.

Abrió los ojos y vio la expresión solemne y compasiva del doctor y de la enfermera.

Era cierto. Dios, era cierto.

El llanto le salió de lo más profundo del pecho. Sentía un dolor agudo e intenso y estaba segura de que iba a morirse en ese instante.

Y, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas, rezó a Dios para que así fuera.

Comieron en la cafetería de un área de servicio a las afueras de Austin. El agua con hielo les proporcionó un alivio agradable contra el sofocante calor. Bajo la mesa de madera, Bowie estaba tumbado a los pies de Rebecca, observando atentamente a los demás clientes. El aire húmedo olía a frituras y a salsa barbacoa y el suelo retumbaba de vez en cuando a causa de los enormes camiones que entraban y salían del aparcamiento.

Rebecca se sentía segura en un lugar con tanta gente. Se sentía segura de estar con Dillon.

Mientras saboreaba su ensalada de pollo, lo observó dar un bocado al sándwich de ternera que había pedido. Habían hablado muy poco desde que abandonaran el motel por la mañana.

Pero claro, también habían hablado muy poco por la noche.

Nunca antes había experimentado algo similar a lo que había experimentado con Dillon. Jamás habría imaginado que podría existir una pasión semejante. Incluso en ese momento, al pensar en ello, sentía cómo la piel se le calentaba. Se había sentido totalmente superada por esa intensidad y ese poder.

Pensó que, a lo mejor, era la situación, todo lo que había ocurrido en los días anteriores. El peligro, la tensión, la muerte. Todas esas cosas exacerbaban los sentidos de las personas, haciendo que la vida pareciera más preciada.

Pero, para ella, era algo más. Estaba segura de ello. Era algo más que la atracción física o la unión de sus cuerpos. Casi parecía imposible pero, en el fondo, sabía que era cierto.

Estaba enamorada.

Sabía que no debía pensar en ello, no pensar en la posibilidad de que él pudiera correspondería con sus sentimientos. Pero eso no hacía que sus sentimientos desaparecieran. Él la deseaba y, por el momento, eso habría de ser suficiente.

El ladrido de Bowie sacó a Rebecca de sus pensamientos. El perro se había sentado y miraba intensamente al otro lado del patio cubierto en el que estaban comiendo. Rebecca miró en aquella dirección y divisó un gato gordo sentado al otro lado. El gato había visto a Bowie también y lo observaba con expresión de cansancio.

—Bowie —dijo Dillon—. Quieto.

Bowie obedeció pero no apartó los ojos del felino.

—¿No le gustan los gatos? —preguntó Rebecca mirando cómo el gato movía la cola.

—No estoy seguro —contestó Dillon antes de apurar su vaso de agua—. Lo encontré sólo hace unos meses.

—¿Te lo encontraste?

—Habíamos recibido noticias de que había unos individuos viviendo en una furgoneta cerca junto a una central eléctrica a unos kilómetros de la refinería. Me enviaron a mí a comprobarlo —dijo Dillon mirando al perro—. Fueran quienes fueran, se habían marchado, dejando atrás montones de basura. Agarré unos guantes y una bolsa de basura para limpiar aquel desastre y observé que algo se movía bajo los desperdicios.

—¿Alguien abandonó a su perro en la basura? —preguntó Rebecca frunciendo el ceño.

Dillon asintió.

—Estaba medio muerto. Tenía un agujero de bala en el cuarto trasero.

—Oh, Dios —exclamó ella—. ¿Por qué iba alguien a hacer una cosa así?

—¿Quién sabe? —dijo él encogiéndose de hombros—. Puede que fuera un accidente, o quizá decidieran que ya no querían tener un perro. O quizá pensaron que se lo pasarían bien jugando a disparar.

La sola idea hizo que a Rebecca se le revolviera el estómago. Dejó el tenedor y esperó un rato a que se le pasara.

—¿Qué ocurrió?

—Lo llevé a mi furgoneta y luego al veterinario del pueblo. El veterinario dijo que no podría hacer nada por él, pero le dije que le pusiera un parche y me lo llevé a casa. Pensé que lo había perdido al principio, porque desapareció durante unos días, pero luego apareció.

—Por eso se alejó cuando sacaste aquella jarra del armario —dijo Rebecca acariciándole la cabeza al perro, que seguía observando al gato—. Porque ya sabía lo malo que estaba.

Dillon sonrió y dijo:

—Al final de la semana comía solo. Y, en cosa de tres semanas, ya ni se notaba que hubiera estado malo.

—¿Así que no sabes nada de él? —preguntó Rebecca.

—El veterinario dice que tendrá unos tres años y que probablemente tenga algo de pastor alemán —dijo Dillon, partió un pedazo de su sándwich y se lo dio a Bowie.

El perro lo devoró pero no perdió de vista a su presa—. Estuve destinado con una unidad K-9 durante un tiempo mientras estuve en el ejército, así que sabía cómo trabajar con perros. Es uno de los más listos que jamás haya visto. A veces no sé si fui yo el que lo entrenó o él a mí, pero parece que ha salido bien.

Rebecca trató de imaginarse qué tipo de persona podría hacerle daño a un animal así y dejarlo abandonado para que muriera, pero no lograba imaginárselo.

Entonces recordó a Spencer Radick muerto en la bañera y supo que había todo tipo de personas en el mundo. Y algunas de ellas hacían cosas verdaderamente horribles.

Cuando el gato se puso en pie, arqueándose elegantemente, Bowie se estremeció ante la expectación y gruñó mientras el felino se alejaba.

—Me temo que esta vez no, amigo —dijo Dillon acariciándole la cabeza.

Entonces miró a Rebecca—. ¿Has terminado?

Rebecca observó su ensalada a medio terminar y la apartó. Ya no tenía interés en la comida.

Mientras Dillon pagaba la cuenta, Rebecca esperó con Bowie en la salida. Filas de camiones enormes estaban aparcados entre el

restaurante y la gasolinera de al lado. Dos camioneros que llevaban camisetas blancas y gorras de béisbol salieron del restaurante hablando del tiempo que habían perdido a causa de la tormenta de la otra noche.

Aunque ni siquiera estuvieran cerca, Bowie gruñó al verlos y observó cómo los dos hombres se dirigían a sus camiones. Rebecca le acarició la cabeza para calmarlo.

Era comprensible que el animal desconfiase de los desconocidos. Ella misma se mostraba suspicaz en los últimos días.

—Deberíamos llegar a Corpus Christi antes de que anochezca —dijo Dillon cuando estuvieron de nuevo en la furgoneta, dirigiéndose hacia el sur por la interestatal.

—Es una ciudad grande —dijo Rebecca con un suspiro—. ¿Cómo lo encontraremos?

—Seguramente siga dedicándose a las leyes de un modo u otro, aunque no con el mismo nombre. Habrá tenido la precaución de cambiárselo. Pero, tarde o temprano, de un modo u otro, lo encontraremos.

¿Por qué Rebecca tenía la extraña sensación de que habría de ser temprano o, si no, no lo encontrarían jamás? No tenía mucho sentido pensar que, después de veinticuatro años, un día o una semana pudiera cambiar en algo.

Pero era así. Tenía la agobiante sensación de que, si no lo encontraban inmediatamente, algo malo ocurriría.

La carretera se extendía ante sus ojos como una serpiente de asfalto. Dillon adelantó a un par de furgonetas que tocaron el claxon a modo de saludo, pero la carretera no estaba muy concurrida en general. Una señal a un lado de la autopista indicaba que se aproximaba una curva y un desnivel, advirtiendo a los camiones para que redujeran la velocidad. Dillon redujo la velocidad al pasar la curva.

Entre la falta de sueño y la comida que acababa de tomar, Rebecca sentía cómo los párpados le pesaban cada vez más. Trató de resistirse, pero la monotonía de la autopista y el paisaje árido, consiguieron hacer que se le cerraran los ojos.

—Rebecca —dijo Dillon—, despierta.

—Lo siento —dijo ella bostezando. Pero algo en el tono de voz de Dillon hizo que su cansancio desapareciera. Se enderezó y entornó los ojos—. ¿Qué ocurre?

—Mira detrás de nosotros.

Rebecca se giró y vio el enorme camión azul que se dirigía hacia ellos.

Capítulo 13

Por el espejo retrovisor, Dillon observó la furgoneta acercarse. No tenía intención de disminuir la velocidad, y ni siquiera tocó el claxon para advertir que hubiera algún problema. Como un dragón azul enorme, volaba hacia ellos echando humo negro. Como estaban en un desnivel, los alcanzó con rapidez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rebecca con los ojos muy abiertos.

—Tenemos compañía —contestó Dillon, y pisó el acelerador. La furgoneta reaccionó inmediatamente, pero él sabía que no sería suficiente para dejar atrás a enorme camión de dieciocho ruedas.

Dillon calculó las posibilidades que tenían de sobrevivir si se salía de la autopista. A la velocidad que iban, había muchas posibilidades de que volcaran.

Decidió que no era una opción. Pero, con aquel armatoste azul pisándoles los talones, tampoco podía reducir la velocidad para apartarse.

—Se está acercando —dijo Rebecca. El pánico era patente en su voz. Se agarró con fuerza al cinturón de seguridad y contuvo la respiración—. ¡Dios, va a darnos!

—Ésa es la idea —dijo Dillon pisando el acelerador—. Agárrate.

Rebecca dio un grito y se agarró con fuerza al tirador de la puerta justo cuando el camión los embestía por detrás. De un salto, Bowie pasó del asiento trasero al suelo.

—Agarra el volante —gritó Dillon.

—¿Qué? —exclamó ella, mirándolo como si hubiera perdido el juicio.

—¡Agarra el volante! —repitió él, abrió la guantera y sacó la pistola—. Sólo agárralo con fuerza.

—Dillon, no puedo…

—¡Ahora, maldición! —gritó él mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad—. ¡Hazlo!

Rebecca agarró el volante y Dillon se colocó en el asiento trasero y abrió la ventana. Cuando sacó el brazo y se dispuso a disparar, el conductor del camión sacó su propia pistola y disparó. Rebecca se quedó con la boca abierta al ver que una bala impactó en uno de los espejos laterales, y gritó al comprobar que una segunda bala atravesaba la cabina.

—Agáchate y no sueltes el volante —gritó Dillon con la esperanza de que pudiera oírlo con el ruido del camión.

Dillon apuntó con decisión y disparó, maldiciendo en voz alta al fallar el tiro.

Ignoró la bala que rebotó en algún lugar cerca de su cabeza. «Concéntrate», se dijo a sí mismo, y volvió a disparar.

Bingo.

Consiguió reventar uno de los neumáticos del camión que, inmediatamente, dio un frenazo y comenzó a deslizarse de lado sobre la carretera. El conductor trató por todos los medios de controlar el vehículo, pero le fue imposible y el camión acabó volcado a un lado de la carretera.

—A ver si puedes con eso, bastardo —gritó Dillon, luego miró a Rebecca—. Da la vuelta.

—¿Qué? —preguntó ella mirándolo como si estuviera loco—. Tiene una pistola.

—Yo también, cariño.

Mientras Dillon regresaba al asiento delantero, Rebecca redujo la velocidad y cambió de dirección, regresando de nuevo hacia el enorme camión. Estaba tirado a un lado de la carretera, como una bestia derrotada, mostrando el ombligo.

—Quédate aquí —ordenó Dillon.

—Supongo que le estarás hablando a Bowie —dijo ella abriendo la puerta del conductor para salir. Dillon no tuvo tiempo para discutir con ella, y sabía que tampoco le serviría de mucho. Miró rápidamente a su izquierda y luego a la derecha.

La autopista estaba vacía, pero no sería durante mucho tiempo. Cruzó la carretera con Rebecca pisándole los talones y con la pistola levantada, dispuesto a abrir fuego.

Con los ojos fijos en la cabina del camión, Dillon se aproximó lentamente. No podía ver al conductor a través del parabrisas resquebrajado. Salía humo negro del motor, y un olor intenso a gasolina inundó el aire. Sintiendo cómo la adrenalina le corría por las venas, Dillon se acercó más, manteniendo la mirada fija.

No había movimiento.

Comenzaron las llamas, que pronto se elevaron entre el humo negro. Dillon le hizo señales a Rebecca para que regresara, luego rodeó la cabina y se subió al tráiler.

Sentía el metal bajo sus botas a medida que se aproximaba a la cabina. Cuando llegó, abrió la puerta del conductor y se apartó, imaginando que el conductor dispararía.

No pasó nada.

Levantó la pistola, tomó aliento y miró dentro con un movimiento rápido.

Había un hombre tirado contra la puerta del pasajero con una pierna doblada, evidentemente rota. Tenía una herida sangrante en la

cabeza y estaba completamente quieto.

Aún con la pistola por delante, Dillon entro en la cabina, estiró la mano y le tocó el cuello al hombre. No tenía pulso. Le levantó la mano derecha y la examinó.

No había duda. Era su hombre. Aguantando la respiración a cause del creciente humo, registró al hombre y extrajo la cartera de uno de sus bolsillos. Se la agarró a la cintura de los vaqueros, observó que había una bolsa de deportes en el suelo y la agarró también.

—¡Dillon! —gritó Rebecca—. ¡La cabina está ardiendo! ¡Sal de ahí!

Cuando Dillon salió de la cabina y saltó al suelo, Rebecca fue corriendo hacia él.

Él siguió andando, la agarró del brazo y la arrastró hasta la furgoneta.

—Tenemos que largarnos de aquí antes de que aparezca alguien.

—Pero, lo necesitamos —insistió Rebecca mirando por encima del hombro—.

Puede decirnos dónde está Waters.

—Me temo que no le dirá nada a nadie —dijo Dillon—. Vamos.

Bowie los recibió con un ladrido cuando regresaron a la furgoneta. Dillon tiró la bolsa al asiento delantero, se sentó al volante y pisó el acelerador, haciendo que los neumáticos derraparan levantando polvo y arena a medida que se alejaban.

Todo el episodio, desde que habían visto el camión por primera vez, hasta ese momento, no habría durado más de seis o siete minutos.

Tras ellos, una inmensa columna de humo negro se elevaba hacia el cielo.

Jadeando, Rebecca cerró los ojos y apoyó la cabeza en el asiento.

—¿Estás seguro de que era él?

—Tenía la marca de un mordisco en la mano derecha.

Ella abrió los ojos, suspiró y miró la carretera que se extendía ante ellos.

—¿Así que estamos de vuelta como al principio?

—No necesariamente —dijo Dillon, y redujo la velocidad hasta estar cerca del límite permitido. Lo último que necesitaban es que los parara la policía. Sacó la cartera de su cintura y se la entregó a Rebecca—. Me he llevado esto junto con su bolsa de viaje.

Rebecca abrió la cartera con manos temblorosas.

—Lawrence Gibson —dijo leyendo el nombre del carné de conducir—. Hay una dirección de Oklahoma.

—Lo comprobaremos pero, probablemente, sea falsa. ¿Qué más?

—Hay dos tarjetas de crédito, quinientos dólares, casi todo billetes de veinte.

—¿Y ya está?

—Ya está —dijo ella tras examinar todos los compartimentos.

—Maldición —dijo Dillon secándose el sudor de la frente con la mano—. Mira en la bolsa.

Rebecca levantó la bolsa negra de deportes del suelo, tomó aliento y la abrió.

—Dos camisetas, una camisa blanca, calcetines.

De pronto se quedó quieta y la cara se le puso blanca. Dillon miró dentro de la bolsa y vio lo que Rebecca estaba viendo.

Guantes de látex.

—Ha muerto, Rebecca —dijo Dillon—. Ya no puede hacerte daño.

—Lo sé.

Al ver que no se movía, Dillon estiró la mano y dijo:

—Deja, yo lo haré.

—No —contestó ella agarrando la bolsa—. Estoy bien.

—Rebecca…

—Estoy bien —insistió mientras el color regresaba a sus mejillas y sus ojos comenzaban a brillar con determinación—. De verdad —añadió, y siguió buscando en la bolsa—. Un pequeño neceser, un paquete de tabaco…

Rebecca se asustó al notar que algo vibraba dentro de la bolsa. Buscó en el bolsillo lateral y extrajo un teléfono móvil.

—Ábrelo —dijo Dillon mirando el teléfono—. Pero no contestes.

—Hay un nombre en la pantalla —dijo ella tras abrir la carcasa.

—Déjame ver —dijo Dillon, y memorizó el número cuando Rebecca se lo mostró—. ¿Tienes un boli en el bolso?

Entonces el móvil dejó de sonar.

—No han dejado ningún mensaje —dijo ella, y sacó un bolígrafo del bolso para dárselo a Dillon.

Él se escribió el número en la mano y divisó un coche patrulla que se acercaba hacia ellos. Todo su cuerpo se puso en tensión, y no dejó de observar al coche hasta que ya no pudo verlo por el espejo retrovisor. En cualquier momento, la policía se encontraría con el camión en llamas y se desataría un auténtico infierno.

—¿Nos buscarán? —preguntó Rebecca con evidente preocupación mientras observaba la autopista que dejaban atrás.

—No ha habido testigos. Además, lo más seguro es que el camión hubiese sido robado del área de servicio. Supongo que se dedicarán a investigar eso de momento.

Observó el número que se había apuntado en la mano, entonces se sacó el móvil del pantalón y marcó.

—Alfa 82347 —dijo cuando al escuchar el ordenador al otro lado

de la línea.

—Eh, Blackhawk —dijo una voz familiar a los pocos segundos—. Llevo dos años sin saber nada de ti y ahora no haces más que llamar.

Dillon habría contestado de manera tosca, pero sabía que Rebecca estaba observándolo y escuchando atentamente. Habría preferido hacer la llamada en privado, pero necesitaba la información y no podía esperar.

—Necesito que localices un número de teléfono —dijo Dillon, y leyó en voz alta los números que tenía escritos en la mano—. Llámame en cuanto puedas. Sí, lo sé. Te la debo.

Cuando colgó, Rebecca se quedó mirándolo con una mezcla de curiosidad y asombro.

—¿Qué hiciste exactamente en el ejército? —preguntó.

Dillon tardó en contestar y luego simplemente negó con la cabeza y dijo:

—No quieras saberlo.

—No —dijo ella con un suspiro y volvió a mirar hacia la carretera —. Supongo que no.

Aquel viejo se negaba a marcharse. La primera vez que Teresa lo vio, estaba de pie en silencio en la esquina de la habitación del hospital. Tenía el pelo largo y blanco como la nieve, que rodeaba su rostro oscuro y ajado por los años. Llevaba una chaqueta de piel y mallas. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y, aunque no podía verle los ojos, sabía que estaba observándola.

Teresa sabía que ese hombre no estaba realmente allí, que era el resultado de todos los tranquilizantes que el doctor Wilson le había administrado. Pero, extrañamente, aunque el hombre no hablaba ni se movía, ella se encontraba tranquila en su presencia.

Aunque una leve neblina seguía oscureciéndole la visión, Teresa lo observó en esa ocasión y se preguntó si, quizá, habría ido allí para guiarla en su camino hacia el otro lado. Esperaba que así fuera. Sólo allí podría estar con su preciado Cade.

«Una anomalía», había dicho el doctor. «Imposible que sobreviviera».

El doctor Wilson se había encargado de todo por ella, para que le resultara más fácil, pero Teresa deseaba haber podido sostener a su hijo en brazos al menos una vez, para darle un beso y despedirse. Cerró los ojos al sentir el dolor que le desgarraba el pecho. Era imposible soportar una pena tan grande.

—Teresa.

Oyó aquella voz, abrió los ojos muy despacio con la esperanza de que se tratara de aquel hombre viejo, rezando para que finalmente se

hubiese acercado a ella para llevársela. Pero descubrió que se trataba del doctor Wilson y se sintió profundamente decepcionada.

—Teresa, despierta —dijo el doctor con una sonrisa—. ¿Cómo te sientes?

«¿Cómo me siento?», pensó Teresa. Si no hubiera estado tan cansada y tan anestesiada por el dolor, aquella pregunta la habría enfurecido. Pero sabía que eso no estaría bien. No podía culpar al doctor. Estaba segura de que habría hecho todo lo posible por salvar al bebé. Al fin y al cabo era médico, ¿no?

—Estoy bien —mintió, a pesar de que las palabras no fueron más que un hilo de voz.

El doctor le colocó un estetoscopio en el pecho y escuchó.

—Ahora voy a quitarte la vía y, más tarde, si te apetece, Elena te ayudará a ducharte. No hubo desgarros durante el parto así que, sin necesidad de puntos, podrás caminar sin sentir dolor.

«¿Sin sentir dolor?», pensó ella. ¿Es que acaso aquel hombre no lo sabía?

Siempre sentiría dolor a partir de ese momento.

—Gracias —dijo con calma, y apenas notó nada cuando el doctor le quitó la vía y le limpió la herida.

—Ahora voy a darte algo para que descanses —dijo el doctor, y sacó un sobre blanco de su bata—. Cuando te despiertes, hablaremos de cómo conseguirte ayuda cuando regreses a casa.

«No tengo casa», pensó Teresa, pero ni siquiera eso le importaba en ese momento. Ansiaba sentir pronto el sueño. Cualquier cosa sería mejor que sentir.

El médico le colocó dos píldoras amarillas en la boca y un vaso de agua en la mano. Con su ayuda, consiguió llevarse el vaso a la boca.

Un movimiento en un rincón captó su atención. Era de nuevo aquel hombre viejo, que meneaba la cabeza. «Sé que no estás realmente ahí», pensó Teresa, aunque podía sentir su mirada intensa puesta en ella. ¿Estaría advirtiéndole? Teresa volvió a mirar al doctor, que le sonreía abiertamente.

Teresa sorbió el agua y dio un trago.

—Buena chica —dijo él apartándole el vaso—. Ahora descansa.

El médico abandonó la habitación y Teresa cerró los ojos. Podía oír el latido de su corazón con fuerza. Levantó el brazo y se llevó la mano a la boca.

Escupió las dos píldoras.

Cuando volvió a abrir los ojos, miró de nuevo al rincón de la habitación. El hombre asintió.

—¿Qué quieres decir con que ha habido un cambio de planes?

Leland estaba destruyendo algunos de los documentos de su oficina y despejando su escritorio cuando sonó su móvil. Había albergado la esperanza de que fuera Edmunds, pero se trataba de Antonio.

—Quiero que estés allí mañana cuando hagamos el intercambio —dijo Antonio desde el otro lado de la línea.

—Realmente no es necesario, Antonio —dijo Leland con voz tranquila, aunque por dentro se sintiera tremendamente molesto—. Como acordamos, el doctor y la enfermera se ocuparán de la entrega.

—No necesito que me digas lo que acordamos —dijo Antonio con voz severa.

Entonces dejó escapar una carcajada—. Tenemos que compartir los puros que me has enviado, amigo. Nos fumaremos uno juntos para celebrar nuestra buena fortuna, ¿de acuerdo?

Leland no había llegado a donde estaba en la vida siendo estúpido. No se podía decir que no a Antonio Medini, a no ser que quisieras acabar muerto o con miembros del cuerpo amputados.

Leland apretó los dientes. Era demasiado tarde para echarse atrás, incluso aunque Medini hubiera decidido cambiar de planes súbitamente. Antonio hacía las normas y las rompía a su entera conveniencia. Leland sabía que no podía hacer nada al respecto. Sabía que no habría lugar en el mundo en el que pudiera esconderse si enfadaba a Medini.

Leland suspiró. Tendría que marcharse un par de horas más tarde de lo planeado. Qué diablos. ¿Qué cambiarían un par de horas?

—Llevaré una botella de champán —sugirió.

—A mi mujer le encantará —dijo Antonio—. Ah, y una cosa más.

Leland apretó el teléfono con fuerza y preguntó:

—¿De qué se trata?

—He decidido pagarte el resto en efectivo. He tenido ciertos ingresos adicionales.

¿En efectivo? Leland arqueó las cejas. El factor de riesgo y la posibilidad de error, por pequeña que fuera, siempre existía con los bancos pero, en efectivo, quedaba garantizado el pago inmediato. Y, además, ¿quién no podría andar por ahí con un maletín lleno de billetes?

—Lo que sea más fácil para ti, Antonio —dijo Leland recostándose en su asiento

—. Entonces, mañana a las tres.

Leland colgó el teléfono y marcó el número de Edmunds por segunda vez aquel día. No era extraño que aquel hombre no contestase al teléfono. A veces estaba horas sin que nadie pudiera localizarlo, sobre todo cuando estaba trabajando.

Con un poco de suerte, ya se habría encargado de la señorita Blake y de Dillon Blackhawk, aunque no le importaba realmente. Incluso aunque llegaran hasta Corpus Christi, estarían dando vueltas sobre sus propios pasos durante días.

Leland miró la hora. Eran ya las cinco y media de la tarde. En menos de veinticuatro horas, los bebés habrían llegado a su destino, a Teresa Bellochio le habría llegado su dinero y Leland Worthington desaparecería.

Capítulo 14

A las siete en punto de aquella tarde, Rebecca esperaba en la furgoneta junto a Bowie a que Dillon los registrara en un motel junto a la playa. Después de kilómetros y kilómetros mirando una llanura desierta, la costa del golfo de México suponía una agradable distracción.

Las nubles blancas y algodonosas salpicaban el cielo y el océano, de un azul oscuro, desaparecía en el horizonte. Los barcos de colores adornaban el agua aquí y allá y, más allá, un grupo de gaviotas revoloteaba en círculos sobre un barco pesquero. Era la típica imagen perfecta para una postal, pensó Rebecca.

Excepto por el hecho de que, en alguna parte de aquella ciudad había un hombre que quería verlos a ella y a Dillon muertos.

Seguían sin tener pruebas de que León Waters estuviera en Corpus Christi, pero Rebecca no necesitaba prueba alguna. Él estaba allí. No podía explicarlo, pero podía sentirlo. Miró hacia los edificios de la ciudad que se levantaban por toda la costa y se alejaban hasta más allá de lo que podían ver sus ojos.

«Te encontraremos, bastardo», pensó.

Desde el momento en que Rebecca había decidido encontrar a Waters, había tenido cierta sensación de urgencia. Una urgencia que parecía crecer a cada día que pasaba. Y, ahora que estaba tan cerca, aquella urgencia se hacía casi opresiva.

—¿Estás bien?

Dio un brinco al oír la voz de Dillon. Ni siquiera lo había escuchado abrir la puerta de la furgoneta.

—Estoy bien —contestó ella asintiendo con la cabeza, a pesar de que el pulso se le había acelerado.

Dillon agarró sus bolsas y Rebecca lo siguió a través del aparcamiento mientras que Bowie, contento por estar por fin fuera de la furgoneta, correteaba a su alrededor ladrando y meneando la cola.

La habitación tenía una pequeña cocina incorporada, un salón y un dormitorio.

Dillon dejó las bolsas junto a la enorme cama y dijo:

—Deberíamos comer algo.

Rebecca ni siquiera había pensado en la cocina desde el incidente con el camión.

Se había sentido demasiado alterada como para pensar en eso.

—De acuerdo.

—El embarcadero está cerca de aquí —dijo él—. Probablemente nos venga bien un paseo.

—Bien —contestó ella, a pesar de sentir que le temblaban las piernas.

Rebecca comenzó a darse la vuelta pero, en ese momento, Dillon la agarró y la apretó contra su cuerpo, besándola con ansia. Ella le devolvió el beso y deslizó las manos sobre sus hombros, rodeándole después el cuello con los brazos.

Más que comida, aquello era lo que ella necesitaba, lo que él necesitaba. Aquel beso fue tierno y, a la vez, profundo, y Rebecca pensó que iban a derretírsele los huesos a juzgar por el calor intenso que circulaba por sus venas. Dillon le colocó las manos en las nalgas y la elevó suavemente hacia él, haciéndole sentir su erección contra sus muslos. Ella restregó las caderas contra él y escuchó el profundo gemido que salió de su garganta.

—Quiero estar dentro de ti —murmuró Dillon mientras le cubría de besos el cuello.

Sus palabras la excitaron y le dieron fuerzas. Entonces fue ella la que tomó la iniciativa. Le colocó las manos en el pecho y se apartó. Alcanzó la puerta del dormitorio y la cerró, apartándolos a ambos del mundo exterior.

Miró a Dillon a los ojos y se llevó la mano al botón del pantalón para desabrocharlo. Dillon apretó la mandíbula cuando comenzó a bajarse la cremallera.

Rebecca se acercó hacia él.

Tenía los ojos brillantes mientras observaba cómo Rebecca comenzaba a desabrocharse la blusa. Estaba de pie en frente de él. Se quitó la blusa y ésta cayó al suelo sin hacer ruido alguno.

Dillon respiraba cada vez más deprisa. El sujetador blanco de algodón que llevaba ella, no había sido diseñado para seducir a ningún hombre pero, a juzgar por el modo en que Dillon la miraba, como si fuera un helado en un día caluroso, Rebecca se sintió como si fuera una diosa. Se bajó uno de los tirantes del sujetador, luego el otro, y luego se lo desabrochó, haciendo que cayera junto con la blusa.

—Eres preciosa —dijo él mientras se acercaba para cubrirle los pechos con las manos. Luego se arrodilló—, y tan dulce…

Con los pulgares comenzó a rodearle los pezones y a besarle el estómago desnudo. Rebecca echó la cabeza hacia atrás, sintiendo cada caricia de sus dedos y de sus labios. Le colocó las manos en los hombros y sintió cómo sus músculos se tensaban bajo sus dedos.

Entonces sus manos fueron reemplazadas por sus labios. Comenzó a deslizar su lengua húmeda y caliente sobre sus pezones, mordisqueándolos después suavemente. Ella casi se quedó sin aliento al sentir aquel torrente de placer extenderse por todo su cuerpo, y

luego gimió.

Dillon deslizó las manos por su cintura y sobre su estómago plano, bajándole suavemente los vaqueros y la ropa interior, hasta que estuvo completamente desnuda. Rebecca se sentía como si toda su piel fuera fuego, clavó los dedos en sus hombros y comenzó a estremecerse de placer.

Dillon volvió a juguetear con la boca sobre su tripa mientras, con las manos, le acariciaba los pechos. Rebecca estaba segura de que no podía aguantar más, y colocó las manos sobre las de Dillon en un intento por apartarlas, aunque comenzó a moverse a su ritmo. Sus palmas calientes sobre sus pechos y sus manos sobre las de él, la excitaron más de lo jamás hubiera experimentado. Tomó aliento y se apartó, dirigiéndose después hacia la cama.

Sin dejar de mirarlo, apartó las sábanas y se tumbó sobre el colchón.

—Ahora —susurró.

Se pasó las manos por el cuello, los pechos y el estómago. Luego comenzó a acariciarse los muslos y separó las piernas ligeramente.

Dillon entornó los ojos mientras se deleitaba con aquella imagen. Una fina capa de sudor rodeaba su cuerpo bronceado y el pelo revuelto le caía sobre los hombros.

Se desabrochó el botón de los vaqueros y se bajó la cremallera.

Al ver cómo se quitaba los pantalones, Rebecca pensó que era algo erótico y primitivo. Estaba completamente excitado, preparado y completamente desnudo.

Rebecca se estremeció ante la expectación.

Dillon no dejó de mirarla mientras se tumbaba sobre la cama. Como ella misma había hecho, le pasó las manos por el cuello, por los pechos, por el estómago, y luego le acarició los muslos entre las piernas.

Rebecca sintió un vuelco en el corazón y comenzó a respirar entrecortadamente.

Arqueó las caderas hacia él, restregándose contra su mano, ansiando que estuviera dentro de ella, pero él la ignoró y la torturó con suaves caricias entre los muslos.

Rebecca agarró las sábanas con las manos y cerró los ojos, mordiéndose el labio inferior para no gritar. ¿Acaso Dillon no se daba cuenta de lo mucho que lo necesitaba?

Dillon deslizó entonces las manos hacia arriba y las detuvo justo por encima de sus rodillas.

—Mírame —dijo.

Ella abrió los ojos y se encontró con su mirada oscura. Se dio

cuenta entonces de que la poseía. Su cuerpo y su alma. Pero ella sabía que también poseía cierta parte de él. Levantó los brazos por encima de su cabeza y sonrió.

Dillon se puso rígido, le separó las piernas y se hundió dentro de ella.

Rebecca se agarró a él y comenzó a moverse a su ritmo. Los dos se movían frenéticamente, agarrándose el uno al otro, respirando entrecortadamente, gimiendo.

Sus embestidas eran cada vez más fuertes, más profundas y, cuando Rebecca alcanzó el clímax, gritó con fuerza, arqueándose mientras las sacudidas se extendían por todo su cuerpo. Dillon echó la cabeza hacia atrás y gimió al tiempo que todo su cuerpo se convulsionaba con su propio clímax.

Ninguno de los dos podía moverse. Él se dejó caer encima de ella, pero a Rebecca no le importó. Le besó la frente húmeda y encontró la fuerza para pasarle la mano por encima del hombro y sonreír.

Parecía como si lo conociera desde siempre, como si lo hubiera amado desde siempre. La idea de estar sin él cuando todo aquello hubiera acabado era demasiado dolorosa como para considerarla. Así que no lo hizo. Simplemente se mantuvo ahí, disfrutando del peso de su cuerpo sobre el suyo, del tacto de su piel y de su boca sobre su hombro. En ese momento, eso era lo único que importaba.

Cuando ya no pudieron ignorar por más tiempo sus estómagos vacíos, se ducharon, dieron un paseo por la playa y cenaron gambas y patatas en el embarcadero, bebieron cerveza y escucharon a una banda de jazz en directo.

Dillon llevaba el móvil consigo, y ambos estaban muy atentos al bolsillo de su pantalón, esperando la llamada telefónica.

Y la llamada se produjo a la mañana siguiente, despertándolos poco después de las ocho y media. Dillon se sentó al borde de la cama y anotó algo en una libreta que había en la mesilla mientras escuchaba. Cuando colgó, se pasó una mano por el pelo y miró a Rebecca.

—¿Y bien? —preguntó ella ansiosa al ver que Dillon no decía nada.

—Lo tenemos —contestó él esbozando una leve sonrisa.

Teresa oyó a un bebé llorar.

Al principio el sonido era lejano, tan suave, que pensaba que lo había imaginado. Se dijo a sí misma que sería una televisión, o quizá un gatito. Pero entonces volvió a oírlo. Un poco más alto, con más fuerza.

Se incorporó y escuchó con atención. Nada.

Desde que había dejado de tomar las píldoras que el doctor Wilson

y Elena le daban cada pocas horas, la niebla que le nublaba la cabeza había desaparecido. Era capaz de pensar con más claridad y ya no sentía que los brazos y las piernas le pesaran tanto. Incluso el hombre de la esquina había desaparecido.

Pero había empezado a oír cosas.

Teresa apartó la bandeja del desayuno que Elena le había llevado hacía un rato.

No tenía hambre, así que se había obligado a comer unos cuantos huevos revueltos y alguna tostada, sabiendo que, si quería marcharse de allí, necesitaba estar fuerte.

Observó el sobre que había junto a la bandeja del desayuno. Dentro había un cheque de cinco mal dólares y un billete de avión para Los Ángeles. Teresa había tratado de devolverlo. Ya habían hecho mucho por ella y, seguramente, habría alguien que lo necesitara más que ella.

Pero el doctor Wilson había insistido. Le había dicho que empezar una nueva vida lejos de Texas la ayudaría a pasar el dolor. Ella no se lo creía pero, el doctor había sido tan simpático, que no había encontrado las fuerzas para discutir.

Con un suspiro, dejó caer la cabeza sobre la almohada y frunció el ceño. Allí estaba otra vez. Proveniente de otra habitación, el llanto de un bebé. Aquel sonido hizo que se sintiera dolorida por dentro.

Se quitó las sábanas de encima, se deslizó hacia un lado de la cama y colocó los pies descalzos sobre el suelo de baldosas. Era la primera vez que se levantaba sin ayuda, y tardó un poco en conseguir que la habitación dejara de dar vueltas. Sabía que no debería ir, que ver al bebé de otra mujer no haría sino intensificar su dolor, pero no podía evitarlo. Tenía que ir.

Lentamente y con mucho cuidado, caminó hacia la puerta y giró el picaporte, saliendo al pasillo. Oyó un murmullo de voces provenientes de una habitación que había al final del pasillo. Pensó que eran el doctor Wilson y Elena, y el suave llanto de un bebé. Se dijo a sí misma que sólo echaría una ojeada rápida y se marcharía de nuevo a su habitación.

Sin separar la mano de la pared, Teresa comenzó a caminar lentamente y asomó la cabeza al doblar una esquina. Se trataba de una especie de salón muy acogedor, con un sofá beige y una alfombra azul. El doctor y Elena estaban de pie en el comedor, al otro lado de la sala, dándole la espalda. Elena estaba metiendo pañales y biberones en una bolsa y el doctor estaba hablando por teléfono.

Teresa volvió a oír el llanto del bebé y se dio cuenta de que provenía de una canastilla que había junto al sofá. Se acercó sin hacer

ruido y miró en su interior.

Se dio cuenta de que no era un bebé, sino dos. Uno estaba envuelto en una manta rosa y el otro en una azul. Eran tan pequeños y tan hermosos… Teresa sintió el dolor en lo más profundo de su corazón. Del bebé de rosa sólo podía verse parte de la mejilla y su diminuta nariz. El bebé de azul tenía los ojos abiertos. Eran de color azul y su pelo era negro. Dejó de llorar cuando Teresa se inclinó sobre él.

Tenía ganas de tomar al bebé en brazos, pero sabía que no podía, así que simplemente estiró la mano y le tocó el puño al niño. Nunca había tocado una piel tan suave. Acarició la manta con la mano y notó con los dedos un trocito de papel que estaba debajo y que se cayó. Lo recogió y trató de ponerlo en su sitio pero, al ver las palabras que había escritas, se quedó con la boca abierta.

Belhchio. Niño. Dos kilos trescientos veinticuatro.

¿Qué? Se quedó mirando el trozo de papel y volvió a leerlo una segunda vez, incluso una tercera.

El corazón le latía con fuerza, y la mano comenzó a temblarle al alcanzar un segundo pedazo de papel que había junto a la niña.

Bellochio. Niña. Dos kilos doscientos cuarenta.

—¡Oh Dios mío!

El grito de Elena asustó a Teresa. Dejó caer el trozo de papel, corrió hacia ella y la agarró del brazo.

—¡Maldita sea! Te dije que cerraras esa puerta con llave —gritó el doctor Wilson.

Elena apretó el brazo de Teresa con más fuerza y contestó al médico con otro grito.

—Idiota, fuiste tú el último en salir.

—No, no lo entiendo —dijo Teresa mientras observaba cómo el doctor rebuscaba en una mochila de cuero que había sobre la mesa. Luego miró a Elena—.

¿Éstos son mis bebés?

—Por supuesto que no —contestó Elena tirándole del brazo—. Vuelve a la cama, cielo. No te hagas esto a ti misma.

—No estoy haciendo nada —dijo Teresa apartándose de la enfermera, sorprendida ante la fuerza que surgió de su interior—. Aquí pasa algo.

—Teresa…

—Son mis bebés, ¿verdad? —preguntó Teresa agarrando a la enfermera y zarandeándola—. ¡Dímelo!

—Estás alucinando —dijo Elena—. Tú no tuviste gemelos, ¿recuerdas?

Confusa, Teresa apretó con más fuerza a la enfermera. Ella no

podía recordar absolutamente nada.

Entonces, de pronto, el doctor la rodeó con los brazos por detrás y le colocó un trapo en la nariz. Aquel olor le abrasó los pulmones y le nubló los ojos. Teresa trató de luchar y de apartarse, pero él era demasiado fuerte.

Oyó el llanto del bebé de nuevo. La habitación comenzó a hacerse borrosa y luego todo se volvió negro.

Leland iba vestido de manera informal. Llevaba una cazadora Armani de color azul marino, unos pantalones oscuros, un polo de color blanco y unos zapatos.

Observó su reflejo en el espejo de cuerpo entero del cuarto de baño. «Eres un tío guapo», pensó mientras se pasaba la mano por el pelo.

Encajaría a la perfección en el yate. El sol en su cara, el olor del mar abierto. No vería más que cielo y océano. Había dedicado toda su vida a poder conseguir ese momento, y por fin había llegado el día. Se sentía excitado, tenía el pulso acelerado y la respiración entrecortada. No podía esperar.

Había llamado a su secretaria hacía diez minutos, diciéndole que cancelara todas sus citas. Le había dicho que se trataba de una emergencia familiar. Más tarde, una empresa les enviaría los cheques a los empleados junto con una nota diciendo que la oficina quedaba oficialmente cerrada y que ya no eran necesarios sus servicios.

Para ese momento, él ya estaría lejos de allí.

—Señor Worthington, su desayuno está listo.

—Maldita sea, Sidwell —dijo Leland asustado al escuchar la voz de su mayordomo. El hombre estaba en la puerta del baño—. ¿Por qué siempre haces tan poco ruido al andar?

—Lo siento, señor —dijo el mayordomo, y se fijó en el maletín que había junto al armario—. ¿Va a alguna parte, señor?

—Mi madre ha empeorado y me voy a Ohio para estar con ella —dijo. Leland había mencionado a su supuesta madre enferma a las suficientes personas como para que nadie cuestionara el motivo de su salida—. No sé cuánto tiempo estaré fuera.

—Lo siento mucho —dijo el mayordomo—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—En realidad, Sidwell, me temo que tendré que dejar que se vaya —dijo Leland, y sacó un sobre del bolsillo de su cazadora—. Te he escrito una carta de recomendación y te doy un cheque bastante sustancioso.

—No lo comprendo, señor —dijo el mayordomo mirando el sobre.

—Estoy seguro de que encontrarás trabajo en cualquier otro sitio

—dijo Leland

—. Me gustaría que te marcharas en una hora.

—¿En una hora? —preguntó Sidwell con tono de incredulidad.

—Si es posible, antes —añadió Leland. En ese momento sonó su móvil, así que se apresuró a colocarle el sobre en las manos al mayordomo—. Eso es todo.

—Sí, señor —dijo Sidwell mirando el sobre—. Gracias, señor.

Leland esperó a que el mayordomo se marchara y entonces contestó al teléfono.

—Worthington —dijo.

—Leland —dijo Antonio desde el otro lado de la línea—. Acabamos de registrarnos en el hotel y mi mujer de pronto está impaciente por terminar la operación. ¿Puedes estar en el Marriott en una hora? Suite 732.

—¿En el Marriott en una hora? —Leland miró el reloj. Eran sólo las nueve y media, pero sería mejor terminar con el encargo cuanto antes. Estaba inquieto al no haber recibido noticias de Edmunds desde el día anterior—. Claro, no hay problema.

Leland acababa de colgar cuando el móvil volvió a sonar.

—¿Sí?

—Tenemos un problema —dijo el doctor desde el otro lado de la línea.

—Lo siento, señorita Roberts, pero el señor Worthington no se encuentra en la oficina en este momento —dijo la secretaria con seriedad—. ¿Quiere dejar algún mensaje?

Rebecca miró a Dillon, que tenía la oreja pegada al móvil. Estaban aparcados frente al edificio de la oficina de León Waters, también llamado Leland Worthington.

—¿Regresará hoy? —preguntó Rebecca—. Es muy importante que hable con él personalmente.

—¿De qué se trata? —preguntó la secretaria.

—Mi… mi marido, Thurston —dijo Rebecca adoptando una voz temblorosa—.

Murió de repente la semana pasada y, cinco millones de dólares de pronto son demasiado agobiantes para mí.

Dillon levantó una ceja y preguntó en voz baja:

—¿Thurston?

Rebecca lo ignoró.

—Siento mucho su pérdida —dijo la secretaria con tono compasivo —. Mi nombre es Rita. Soy la ayudante personal del señor Worthington. Si quiere puedo concertarle una cita con él la semana que viene.

—Si yo pudiera hablar con el señor Worthington aunque fuera un minuto… —

dijo Rebecca, y comenzó a sollozar—. Lo siento, Rita. Salvo por el pequeño Thurston, ahora estoy sola en el mundo. No sé en quién puedo confiar.

—Bueno, le aseguro que puede confiar en nosotros —le aseguró la secretaria—.

Mire, intentaré contactar con el señor Worthington en su casa y, si me da su número, yo volveré a llamarla.

Rebecca miró a Dillon, pero éste negó con la cabeza.

—Si no le importa —dijo Rebecca con voz temblorosa—, la llamaré yo después de la misa de esta mañana.

—Por supuesto, querida —dijo Rita—. Esperaré su llamada.

Rebecca colgó y le entregó el teléfono a Dillon.

—Parece que no está en su oficina.

—Lo cual nos deja sólo con el apartamento —dijo Dillon mientras ponía en marcha la furgoneta—. Estamos a unos diez minutos de allí.

El contacto de Dillon no sólo les había proporcionado el alias de León Waters, Leland Worthington, sino también las direcciones de su casa y de su trabajo.

—¿Y si no está allí? —preguntó ella—. ¿Entonces qué?

—Cada cosa a su tiempo, cariño —dijo Dillon, y giró a la derecha en la siguiente esquina. Le entregó a Rebecca un mapa—. Tú guías.

No había mucho tráfico aquel miércoles por la mañana, así que, ocho minutos después, Dillon aparcó frente a los apartamentos Shoredrive. Rebecca se dispuso a quitarse el cinturón de seguridad pero Dillon le colocó la mano en el brazo.

—Creo que podré hacer esto mejor yo solo —dijo él.

—Ni hablar, Blackhawk —dijo Rebecca negando con la cabeza. Dillon ya había tratado de convencerla para que se quedara con Bowie en el motel, pero ella se había negado—. No he llegado hasta aquí para quedarme metida en el coche.

Dillon la observó guante un momento y ella se dio cuenta de que quería discutir, pero simplemente suspiró y le soltó el brazo.

—Haz exactamente lo que te diga y cuando te lo diga, ¿entendido?

Ella asintió, y el corazón le dio un vuelco al ver cómo Dillon sacaba la pistola de la guantera y se la escondía bajo la camiseta. Recordaba que, la última vez que había hecho eso, alguien había acabado muerto.

Los apartamentos Shoredrive tenían una vista al puerto deportivo y a la bahía de Corpus Christi. A lo lejos pudo escucharse la bocina de un barco y el sonido metálico de una boya flotando. Una fría brisa

oceánica hacía que las palmeras que se alzaban en la calle se movieran de un lado a otro.

—Apartamento 2204 —dijo Dillon.

—¿Y qué hay de la seguridad? —preguntó Rebecca cuando cruzaron la calle.

—Hay una cámara sobre la entrada —contestó Dillon colocándole un brazo por encima del hombro—. Tú mantén la cabeza agachada.

A Rebecca se le aceleró el pulso al pasar bajo la cámara de seguridad y luego a través de las puertas de cristal de la entrada. El vestíbulo era elegante, con suelos de mármol y sofás de cuero. Dos señoras mayores que estaban de pie junto a un helecho dejaron de hablar cuando Dillon pulsó el botón del ascensor. Él miró por encima del hombro y sonrió.

—Buenos días, señoras. Tienen un aspecto maravilloso hoy.

Ambas mujeres se sonrojaron y apartaron la mirada rápidamente.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor.

—Qué encantador —dijo Rebecca mientras él pulsaba el botón una vez dentro.

Cuando el ascensor se detuvo, Dillon sacó la pistola de debajo de su camiseta.

—Tú quédate detrás de mí —dijo.

Mientras caminaban por el pasillo, Rebecca sentía cómo la adrenalina le corría por las venas. El apartamento 2204 estaba justo al final del pasillo.

Dillon le hizo gestos a Rebecca para que se apoyara contra la pared, entonces él se echó a un lado de la puerta y llamó.

Esperó y llamó una segunda vez. Un hombre abrió la puerta y asomó la cabeza.

Dillon le colocó la pistola en la sien.

Capítulo 15

Leland condujo hasta las afueras de la ciudad y aparcó su Mercedes plateado frente a la casa de madera blanca en el 966 de la avenida Tustin. Técnicamente, aquel lugar era suyo, a pesar de no haber estado nunca allí. La casa era una de las tres que había adquirido mediante la fundación Rayo de Luz, una organización no gubernamental que había fundado tras mudarse a Corpus Christi. Pero no importaba lo mucho que alguien pudiera investigar, nunca encontrarían el nombre de Leland Worthington en ninguno de los documentos. Tenía un toque mágico en lo que se refería a mover dinero de sitio, de cuenta en cuenta, hasta que, ¡zas!, desaparecía. El sistema era perfecto.

Había sido imparable.

«Sigo siéndolo», pensó.

Leland apagó el motor y observó la casa. Normalmente no se encargaría de un problema tan mundano como ése él mismo pero, dado que Antonio estaba esperándolo, el tiempo era primordial. Miró el reloj. Eran las nueve y cincuenta y ocho. Podría estar en el Marriott a las diez y media.

No se apresuró, sabía que cualquier vecino curioso que estuviera observando, sólo vería a un hombre bien vestido caminando tranquilamente hacia la casa. Incluso aunque recordaran su coche, no importaba. Después de ese día, Leland Worthington dejaría de existir.

Cuando levantó la mano para llamar a la puerta, ésta se abrió de golpe.

Aparecido una morena de ojos grandes que se agarraba nerviosamente la parte delantera de su vestido verde. Él no había visto nunca a esa mujer, pero sabía que se trataba de la novia de Wilson, Elena.

—Señor Worthington, muchas gracias por…

Leland pasó por delante de ella y se dirigió al salón, donde se encontró con el doctor, que tenía la cabeza entre las manos. Leland se acercó a él y lo agarró del cuello de la camisa, poniéndolo de pie.

—Maldito imbécil.

—Puedo explicarlo —dijo Wilson.

Leland le asestó un puñetazo en la mejilla y el doctor cayó al suelo.

—¡Bobby! —exclamó Elena arrodillándose junto a él—. ¿Por qué hace eso? —le preguntó a Leland—. Él no ha hecho…

Como seguía necesitando a la mujer y no quería dejarle marcas en la cara, Leland le dio un golpe en la cabeza con la mano. Ella dio un grito y acabó en el suelo junto al doctor.

—Sois los dos unos incompetentes —dijo Leland—. El señor Bobby es un cabeza hueca que no tendría licencia para ejercer si no fuera por mí. Y tú seguirías trabajando de stripper si no fuera porque él te eligió hace un año. Ahora, poneos en pie y decidme qué ha ocurrido.

El doctor y Elena se pusieron en pie apoyándose el uno en el otro.

—Ella vino hasta aquí —dijo el doctor pasándose una mano temblorosa por la cabeza—. Vio a los bebés y supo que eran suyos.

—Se suponía que debíais mantenerla drogada —dijo Leland.

—Lo hicimos —dijo Elena—. Estuvimos con ella mientras se tomaba las píldoras, vimos cómo se las tragaba. Con la cantidad que le dimos, hasta un elefante se habría quedado dormido.

—¿Dónde está la madre? —pregunto Leland mirando a su alrededor.

—Está encerrada en su habitación —dijo Wilson—. Está desmayada. He usado cloroformo.

—¿Y los bebés?

—Al otro lado de la casa, donde los tenemos habitualmente —dijo la mujer—.

En el dormitorio que hay junto a la cocina.

—Mételos en tu coche —le dijo Leland a Elena.

—Pero no podemos seguir con esto ahora —insistió Wilson—. Sólo queremos nuestro dinero, no todo, quizá sólo la mitad. Lo suficiente para que podamos empezar una nueva vida en otra parte.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dijo Leland, y agarró al doctor de la camisa para zarandearlo—. O entregamos estos bebés, o estamos muertos. Hacer un trato con Antonio Medini es como hacer un trato con el diablo. Si no los entregamos, nos vamos al infierno.

—Pero la madre lo sabe —se quejó Elena—. Puede identificarnos.

Leland se preguntaba cómo dos personas tan estúpidas habían llegado a adultas.

—Está afligida. Vamos a darle algo para calmarla. Permanentemente.

—No queremos formar parte de esto —dijo Elena—. Díselo, Bobby. Nosotros nunca acordamos matar a nadie.

Leland se hartó de aquel par de idiotas, sacó la pistola de su cazadora y apuntó directamente al corazón de Wilson.

—Vosotros acordasteis hacer lo que yo dijera y cuando yo dijera. Ahora, preferiría no tener que usar esto, porque realmente no me gusta la sangre. Pero tienes tres segundos para hacer lo que te digo o te hago un agujero en el pecho. Y tú —dijo dirigiéndose a Elena—, mete a los bebés en el coche cierra la puñetera boca.

Elena retrocedió lentamente y con los ojos muy abiertos.

—De acuerdo, de acuerdo. Calma. Lo que usted, diga, señor Worthington.

Leland volvió a apuntar al doctor, que asintió y luego se apresuró corriendo hacia una bolsa de cuero que había sobre la mesa.

Miró el reloj. Aún tenían tiempo suficiente para encargarse de Teresa Bellochio y llegar al Marriott. No encontrarían el cuerpo de la chica en varios días. Sería otra muerta más sin identidad. Sin familia ni amigos que estuvieran buscándola, las posibilidades de identificarla con rapidez eran escasas.

Wilson regresó con dos bolsas de líquido transparente y una jeringuilla. Le temblaban las manos.

—Eso está mejor —dijo Leland con una sonrisa—. Ahora, vamos a ello.

Despierta… despierta.

Teresa oyó la voz susurrándole al oído y sintió una corriente de aire frío en la cara. Escuchó un gemido y se dio cuenta de que venía de su propia garganta.

Despierta… deprisa.

Se incorporó y se llevó una mano a la sien. Parpadeó y consumió ver con más claridad.

Estaba de vuelta en su habitación, sobre la cama, pero no recordaba cómo había llegado hasta allí.

Y, de pronto, le vino todo a la cabeza.

Sus bebés. Dos bebés. Había tenido gemelos.

Estaban vivos.

Saber que aquello era real le proporcionó fuerza suficiente. No comprendía lo que estaba ocurriendo, pero comprendía que estaba en peligro, que sus bebés estaban en peligro. Se dejó llevar por su corazón. Por su corazón y la voz que le susurraba.

Deprisa…

Salió de la cama y colocó la almohada bajo las sábanas. Irían a buscarla, eso era seguro. Sabía demasiado. Miró a su alrededor buscando algún arma, cualquier cosa que pudiera serle útil, ¿pero qué sabía ella de armas? Jamás en su vida le había hecho daño a nadie.

Hasta ese momento, jamás habría pensado que pudiera ser capaz de herir a otra persona, ni siquiera para defenderse. Pero ahora sabía que sí podía.

Sabía que podía matar.

Sintió la ira crecer en su interior. Por sus bebés y por ella misma. Crecía dentro de ella como una tormenta. Apretó los puños y la mandíbula. Haría lo que fuera que tuviera que hacer.

Registró la habitación con la mirada, pero no encontró nada que

pudiera serle de ayuda. Se dirigió al baño, pero allí tampoco había nada más que una toalla y una pastilla de jabón. Abrió el armario de las medicinas que había sobre el lavabo pero estaba vacío. Cuando lo cerró, Teresa se observó a sí misma en el espejo, pero apenas se reconoció.

Miró la tolla, se la envolvió alrededor de la mano y golpeó el espejo con el puño. Su reflejo se distorsionó. Volvió a golpear el espejo y comenzaron a caer los cristales sobre el lavabo. Agarró el pedazo más grande con la toalla y regresó a la habitación.

Al oír la llave en la cerradura, se escondió detrás de la puerta agarrando con fuerza el cristal y sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza.

La puerta se abrió lentamente y oyó la voz del doctor.

—Teresa —dijo él—. Soy el doctor Wilson.

Vio la jeringuilla en su mano y le entraron ganas de gritar, pero contuvo el aliento y esperó.

Wilson abrió la puerta un poco más y entró en la habitación.

—Teresa…

Teresa bajó el brazo de golpe y le clavó la punta más afilada del cristal al doctor en el cuello. Él se convulsionó de dolor y cayó sobre sus rodillas. Ella lo apartó de en medio y se dirigió a cruzar la puerta.

Al salir, sintió un puñetazo en la barbilla que le hizo ver las estrellas y caer al suelo. Sintió el sabor de la sangre en su boca. Lentamente levantó la cabeza y vio a un segundo hombre con una cazadora azul marino entrar en la habitación. Era mayor que Wilson, con el pelo gris.

La apuntó con la pistola que llevaba en la mano.

Teresa cerró los ojos y emitió un leve sollozo.

—Muy bien, señorita Bellochio —dijo el hombre—. Nos ha sido usted de gran ayuda.

Ella trató de levantarse, pero la habitación seguía dando vueltas.

—¿Por qué me hace esto a mí?

—Se lo ha hecho usted misma, me temo —dijo él—. Podría haberse marchado de aquí con un bonito cheque entre sus manos y un billete de avión a cualquier parte.

—Mis bebés —susurró ella.

—Tendrán cualquier cosa que pudiera usted desear para ellos. Dinero, privilegios, respeto, la mejor educación. ¿Qué podría haberles dado usted?

—Usted no me conoce —dijo Teresa apretando los dientes—. No sabe nada de mí.

El hombre suspiró profundamente y miró al doctor.

—¡Wilson! Deja de lloriquear y agarra la jeringuilla.

—Me ha apuñalado —dijo el doctor echándose la mano al cuello. La sangre se deslizaba entre sus dedos.

—Y yo voy a pegarte un tiro como no recuperes inmediatamente esa jeringuilla.

—Por favor, no haga esto —rogó Teresa—. Por favor.

Incapaz de hacer nada por evitarlo, vio cómo el doctor recogía la jeringuilla y se dirigía hacia ella.

Dillon aparcó la furgoneta frente a la casa que había al lado del 966 de la avenida Tustin. El vecindario estaba tranquilo y, a excepción de una furgoneta de correos aparcada a lo lejos, la calle estaba desierta.

Había conducido a toda velocidad desde el bloque de apartamentos y no habían tardado mucho.

—Ése es su coche —dijo Dillon al ver el Mercedes plateado aparcado junto al bordillo, luego miró a Rebecca. Quería decirle que esperara en el coche pero, a juzgar por el brillo de determinación que había en sus ojos verdes, habría sido como hablar con el volante—. Tú ve detrás de mí, ¿entendido?

Ella asintió y los dos abrieron las puertas al mismo tiempo, corriendo después hacia la casa, atravesando el césped a toda velocidad hasta esconderse tras unos setos que había bajo las ventanas delanteras. Con Rebecca detrás de él, Dillon saltó al porche delantero y se pegó a la pared.

Sacó la pistola y se acercó al picaporte de la puerta, que giró lentamente.

La puerta se abrió.

Lentamente, Dillon empujó la puerta y entró, examinando inmediatamente la habitación con la mirada. Estaba vacía, pero oyó las voces de dos hombres a la izquierda del pasillo y el llanto de una mujer. Levantó la pistola, se asomó al pasillo y vio una puerta abierta. Le hizo gestos a Rebecca para que vigilara el salón y luego comenzó a avanzar muy en silencio por el pasillo.

—Por el amor de Dios —escuchó que decía un hombre—. ¿A qué esperas para hacerlo?

Dillon se colocó detrás de un hombre de pelo gris que estaba de espaldas a la puerta y dijo:

—Si alguno de los dos se mueve, estáis muertos.

El hombre del pelo gris se quedó quieto, comenzó a darse la vuelta pero se quedó de piedra cuando Dillon colocó el dedo sobre el gatillo.

—No, no. Tira la pistola al suelo y luego dale una patada —ordenó Dillon.

La pistola cayó al suelo haciendo un fuerte ruido.

—He dicho que le des una patada —dijo Dillon colocándole el cañón de la pistola en la espalda.

La pistola se deslizó por el suelo de la habitación.

Dillon observó al segundo hombre, que estaba arrodillado en el suelo. Le salía sangre del cuello, manchando de rojo la bata blanca que llevaba. Tenía la aguja de una jeringuilla apretada contra el brazo de una chica.

—Tira ésa —dijo Dillon—. ¡Ahora!

Con ojos de puro terror, el doctor dejó caer la jeringuilla. La chica se lo quitó de encima y se echó hacia atrás.

El hombre del pelo gris levantó las manos y Dillon advirtió el brillo del diamante que llevaba en el dedo pequeño de la mano izquierda.

Waters.

—Ha pasado mucho tiempo, León —dijo Dillon con voz de asco—. Ah, espera, ahora eres Leland.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —dijo Leland, y se dio la vuelta lentamente mirando a la pistola que lo apuntaba—. Pero esto no es asunto tuyo.

—¿Ah, no? ¿Qué opinas tú, Rebecca? ¿Crees que es asunto nuestro?

Rebecca se colocó a su lado y miró al hombre que ellos conocían como León Waters.

—Radick y Edmunds te envían recuerdos —dijo ella con frialdad.

—¿Cómo me habéis encontrado aquí? —preguntó Waters levantando la cabeza.

—Nunca enfades a tus mayordomos —dijo Dillon—. Siempre saben más de lo que parece.

Por el rabillo del ojo, Dillon notó un movimiento a su derecha, giró la cabeza y vio a una mujer con la boca abierta en medio del salón. Aquella distracción, aunque sólo duró un segundo, fue suficiente para que León se abalanzara hacia delante y le agarrara la mano a Dillon.

Los dos lucharon por la pistola, golpeándose contra la pared con fuerza. León le retorció la mano a Dillon y la pistola cayó al suelo. Los dos se lanzaron hacia ella pero estaba fuera de su alcance. León le asestó un puñetazo en la boca a Dillon y luego en el estómago. Dillon contraatacó con un golpe en la nariz.

León se cubrió la nariz con las manos y se tambaleó hacia atrás hasta caer sobre sus rodillas. La sangre se deslizó por su barbilla y comenzó a gotear en el suelo.

Dillon miró hacia el salón y vio que Rebecca había abatido a la otra mujer con un candelabro.

Dillon se puso en pie, se pasó la mano por la boca y apenas notó la sangre.

—No está mal —le dijo a Rebecca con una sonrisa.

—Lo mismo digo —añadió ella devolviéndole la sonrisa, pero entonces la sonrisa desapareció de su rostro—. Dillon, date la vuelta.

Él se giró y vio a la chica joven de pie junto a la puerta, mirando a León. Tenía su pistola en la mano y estaba apuntándole a la cabeza.

—¿Dónde están mis bebés? —preguntó apretando los dientes.

—No —dijo Dillon levantando la mano—. No lo hagas.

—Me dijeron que mi bebé había muerto —dijo la chica—. Ni siquiera sabía que tenía dos. ¿Qué tipo de monstruo haría una cosa así?

—Irá a la cárcel —dijo Dillon acercándose lentamente a ella y manteniendo la voz suave—. Todos irán a la cárcel. Baja la pistola.

—¿Dónde están mis bebés? —repitió ella gritando y poniendo el dedo sobre el gatillo—. ¡Dímelo! —le ordenó a León.

—Te sugiero que contestes a la pregunta —dijo Dillon mirando a León, que tenía la cara pálida.

—En el dormitorio —contestó llevándose los brazos a la cabeza, como si así fuese a parar la bala—. Junto a la cocina.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Dillon suavemente colocándose junto a la chica.

—Teresa —contestó ella—. Teresa Bellochio.

—Teresa —añadió Dillon estirando el brazo—. Yo soy Dillon. Dillon Blackhawk. Ésta es Rebecca Blake. Ya estamos aquí. Todo saldrá bien.

Teresa levantó la vista y miró a Dillon a los ojos. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Le entrego la pistola a Dillon con manos temblorosas y, en ese momento, León se apartó los brazos de la cara. Dillon aprovechó para darle una patada en la cara, haciendo que cayera hacia atrás quedando inconsciente. Dentro de la habitación, el hombre con la herida en el cuello estaba en suelo retorciéndose de dolor y diciendo que necesitaba un médico.

—Mis bebés —susurró Teresa agarrando a Dillon del brazo.

—Están aquí —dijo Rebecca desde el salón, sosteniendo en un brazo un pequeño bulto rosa y en el otro uno azul.

Teresa atravesó la sala llorando y les acarició la cara a sus hijos.

—Son preciosos —dijo Rebecca mientras se los entregaba con cuidado a la madre.

Teresa los abrazó y los acunó, dándoles besos en las mejillas.

—Mamá está aquí —susurró—. Mamá está aquí.

En la distancia comenzaron a oírse las sirenas de los coches de

policía.

Los oficiales de policía y los detectives registraron cada rincón de la casa de la avenida Tustin. Había una ambulancia con las luces encendidas aparcada en la calle y podían escucharse un par de radios de policía. Además, una pequeña multitud de vecinos se había reunido al otro lado de la calle para contemplar el drama que se había desencadenado.

En el sofá del salón, Rebecca estaba sentada junto a Teresa y escuchaba asombrada cómo la chica le contaba a la detective Janet Relias todo lo sucedido los cuatro días anteriores.

Rebecca esperaba que todos ellos, Waters, Wilson y Elena, se pudrieran en la cárcel durante el resto de sus vidas.

Se habían llevado al doctor malherido en una camilla hacía unos minutos y habían esposado a la enfermera para llevarla hasta el coche patrulla. León, o Leland, como se hacía llamar, estaba siendo todavía interrogado en otra de las habitaciones.

Dillon estaba sentado junto a la mesa del comedor prestando declaración a uno de los oficiales.

«Se acabó», pensó Rebecca. «Finalmente se ha terminado».

Rebecca observó a los dos bebés, que dormían en brazos de Teresa. La detective le había ofrecido su ayuda, pero Teresa se había negado. Después de haber oído aquella historia, Rebecca dudaba que la chica fuese a dejar que alguien se acercase a sus hijos.

¿Y quién podría culparla? Rebecca observó a los dos bebés y sintió cómo se le derretía el corazón.

«De eso se trataba todo», pensó Rebecca. Por eso había sentido esa urgencia y esa necesidad apremiante de encontrar a Waters, de llegar hasta allí y de ayudar a esa mujer y a sus hijos. No se trataba sólo de lo que Waters hubiera hecho en el pasado, aunque, desde luego, tendría que pagar por eso. Se trataba de lo que pretendía hacer en el presente.

Aunque, desde luego, no podría decirle a nadie eso. ¿Quién iba a creerse semejante historia? Levantó la cabeza y vio a Dillon, que la estaba observando.

Él la creería.

Se abrió la puerta del dormitorio y Teresa abrazó a sus bebés instintivamente cuando el oficial condujo a León esposado hacia el salón. Tenía la nariz y el ojo derechos hinchados. «No es suficiente», pensó Rebecca. Cuando el hombre la miró, ella levantó la barbilla y le mantuvo la mirada.

Dillon se levantó de la mesa del comedor y se acercó a Rebecca y a Teresa.

—Eres como tu padre —dijo León con voz de asco.

—No me parezco en nada a mi padre —dijo Dillon.

—Sí que te pareces. Lo que pasa es que no lo sabes —añadió León con una sonrisa socarrona.

—Vamos —dijo el oficial agarrando a León del brazo.

—Vamos a llevarte a ti y tus bebés al hospital para que os examinen —le dijo la detective a Teresa—. ¿Hay alguien a quien querrías llamar? ¿Familia o amigos?

—No hay nadie —dijo Teresa negando con la cabeza. Entonces miró a Rebecca y a Dillon—. ¿Os importaría…?

Rebecca abrió la boca para contestar, pero fue Dillon quien dijo las palabras que ella estaba a punto de decir.

—Por supuesto que iremos.

Capítulo 16

Rebecca cerró lentamente la puerta del dormitorio tras ella y salió al salón de la habitación del motel. Bowie la saludó dándole un lametazo en la mano y luego siguió con su tarea de vigilancia frente a la puerta del dormitorio.

Como su amo, Bowie se había mostrado tremendamente protector con Teresa y sus bebés, como si, de algún modo, el perro supiera por lo que había pasado la chica y sintiera que era su deber protegerla.

—Están dormidos —dijo Rebecca cuando Dillon la miró desde la puerta de la terraza.

—Bien.

Rebecca levantó la mano para apartarse el pelo de la cara y la detuvo en el aire.

La mesa y el sofá estaban llenos de bolsas de papel marrones. Además había dos canastillas llenas de productos para bebés junto a la entrada.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Rebecca.

—Imaginé que Rebecca necesitaría algunas cosas —dijo Dillon encogiéndose de hombros—. He hecho un par de llamadas.

¿Un par de llamadas? Rebecca observó todas las bolsas y los productos para bebés. No había estado más de una hora en el dormitorio ayudando a Teresa a ducharse y a dar de comer a los gemelos. ¿Cómo diablos conseguía ese hombre hacer las cosas tan deprisa?

Era como si la vida los últimos días fuese a toda velocidad. Desde la primera noche en la que había entrado en el Backwater Saloon, todo había ocurrido casi sin que se diera cuenta.

¿Acabaría todo con la misma rapidez? No quería pensar en ello en ese momento, así que trató de desterrar esa idea de su cabeza.

El olor a mar entraba por la puerta corredera de la terraza y la brisa acariciaba suavemente las cortinas. Por primera vez en días, quizá meses, Rebecca tenía una sensación de paz.

Se cruzó de brazos y se acercó hacia él.

—Dillon Blackhawk, eres un gran farsante.

—¿Ah sí?

—Sí. Quieres que todo el mundo piense que eres malo y rudo.

—Soy malo y rudo —contestó él emitiendo un gruñido para demostrarlo.

Ella negó con la cabeza y le colocó las manos en el pecho, sintiendo el latido firme de su corazón.

—Por dentro eres un osito de peluche.

—Si fueras un hombre, sabrías que debería golpearte por decir algo así.

Con una sonrisa, Rebecca deslizó las manos hacia sus hombros y le rodeó el cuello con los brazos.

—Me alegro de no ser un hombre —dijo mientras le agachaba la cabeza.

Los labios de Dillon rozaron los suyos suavemente al principio, luego la rodeó con los brazos y el beso se intensificó, haciéndose más largo y profundo, y ella disfrutó del placer que la consumía por dentro.

Con un suspiro, Rebecca se apartó y apoyó la cabeza sobre su pecho, mirando cómo las olas del océano rompían en la playa.

—Estuvo a punto de matarla.

—Pero no lo hizo.

—Cuando ella lo apuntó con la pistola —dijo Rebecca mirando a Dillon a los ojos—, una parte de mí quiso que apretara el gatillo. Luego me di cuenta de que hay otros niños por ahí, otra gente a la que le ha hecho daño, y supe que tenía que vivir.

—En el lugar al que va, ya no podrá hacerle daño a nadie —dijo Dillon—. Entre las confesiones de Wilson y Elena y la cooperación del mayordomo, la policía tiene suficientes pruebas para encerrarlo de por vida.

—No es suficiente —dijo Rebecca firmemente. Pero, al menos, la policía tendría algún lugar por donde empezar.

—No pienses más en él —dijo Dillon mientras le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja—. Háblame de los bebés.

—Son preciosos —dijo ella con una sonrisa, y supo que Dillon estaba intentando distraerla, aunque no le importó—. Cade se bebe los biberones como si no existiera el mañana, y se pone furioso cuando intentas que eche los gases, pero Carissa es tan delicada como una flor.

—¿Teresa te ha contado algo de ella?

Rebecca negó con la cabeza y dijo:

—No le he preguntado. Supongo que, si le apetece hablar, sabrá que puede confiar en mí. Lo único que sé es que no quiere saber nada de su familia ni del padre de los bebés. También ha dejado claro que no está buscando limosnas.

—Hay una diferencia entre dar una limosna y echar una mano —dijo Dillon.

—Eso es exactamente lo que le he dicho —contestó Rebecca, observó las bolsas de la compra y sonrió—. De todas formas, vas a tener que explicarle todo esto. Es una jovencita muy decidida.

—Me recuerda a alguien que conozco —dijo él acariciándole los brazos—.

Rebecca…

A Rebecca le dio un vuelco el corazón al ver que dejaba de hablar y comenzaba a sentirse incómodo.

«Todavía no», pensó. «Por favor, todavía no. Deja que tengamos un día más, o una hora antes de que salgas de mi vida».

Sabía que el momento tenía que llegar, pero no estaba preparada. Aunque no creía que pudiera estar nunca preparada para ver cómo el hombre al que amaba salía de su vida.

No pensaba llorar. Al menos no en ese momento. Ya habría tiempo para las lágrimas más tarde. Levantó la barbilla, lo observó y esperó. Si Dillon tenía algo que decir, sería mejor que lo dijera cuanto antes.

—Me marcho mañana.

¿Mañana? Sintió cómo un cuchillo tremendamente afilado le atravesaba el corazón al escuchar aquellas palabras. Aun así, mantuvo la barbilla levantada, preguntándose por qué a Dillon le temblaría de pronto la mano, si era él el que iba a marcharse. Ella no dijo nada. No pensaba ponérselo fácil.

—Quiero que… tú… Dios —Dillon dio un paso atrás, se pasó una mano por la cabeza y miró al techo—. Maldita sea.

¿Era así como iba a poner fin a todo?, pensaba ella furiosa. Después de todo lo que habían pasado, ¿ni siquiera podía mirarla a los ojos para despedirse?

Sintiéndose furiosa, Rebecca estiró los hombros y le clavó un dedo en el pecho.

—¿Maldita sea? —dijo repitiendo el taco que él había dicho, y volvió a clavarle el dedo con más fuerza, haciendo que se tambaleara —. ¿Eso es lo mejor que puedes decir? ¿No puedes decir: «Ha estado genial, tú eres genial, ya nos veremos"? ¿Sólo

«maldita sea»?

—¿Pero de qué…?

—Si tienes algo que decir, Blackhawk —añadió ella volviendo a señalarlo con el dedo—, pues dilo y dejar de andarte por las ramas.

—Yo no me ando por las ramas, demonios —dijo él, y le agarró la mano al ver que iba a volver a clavarle el dedo—. ¿Vendrás conmigo?

—¿Ir contigo? —preguntó ella totalmente desconcertada.

—Mañana me voy a Wolf River —añadió Dillon apretándole la mano—. Quiero que vengas conmigo.

—¿Te vas a Wolf River? —preguntó Rebecca, y él asintió—. ¿Quieres que vaya contigo?

Se sentía como una idiota repitiendo todo lo que él había dicho,

pero era como si hubiese dejado de funcionarle el cerebro.

—Creo que deberías —dijo él mordisqueándole los nudillos—. Hace mucho tiempo que ninguno de los dos pasamos por allí. Deberíamos pasarnos por allí y ver si nos seguimos sintiendo a gusto en la casa.

—¿Nos? —susurró ella con miedo a dejarse llevar por la esperanza.

—Bueno, tendremos que vivir en alguna parte y, mientras sopeso otras opciones, pensé que podíamos empezar en Circle B.

Rebecca tuvo que colocar la mano que le quedaba libre sobre su pecho para estabilizarse, temiendo que iba a caerse al suelo.

—Estás yéndote por las ramas otra vez, Blackhawk —dijo casi sin aliento—. Por el amor de Dios, ¿por qué no lo dices?

Él frunció el ceño y luego suspiró profundamente.

—En mi corazón, creo que siempre supe que vendrías a buscarme. Pero mi corazón es lo único en lo que me negué a confiar, así que huí. Negué mi pasado y di vueltas sin objetivo alguno, existiendo, pero no viviendo. Y entonces entraste en mi vida.

—Más que entrar, me temo que irrumpí —dijo ella.

Él la acercó a su cuerpo sonriendo.

—Ya no podía seguir huyendo, no podía negar mi pasado del mismo modo que no puedo negar mi futuro —dijo acariciándole la mejilla—. Mi pasado, mi presente y mi futuro eres tú, Rebecca. Sólo tú. Te quiero.

Rebecca sintió cómo la alegría se le extendía por el pecho y las lágrimas le escocían en los ojos. Dillon la había hecho pasar de la desesperación al escepticismo y luego a la felicidad más absoluta en tan sólo un par de minutos. Tenía la sensación de que su vida juntos sería más o menos así.

—Yo también te quiero —dijo ella.

—Ven conmigo a Wolf River —le propuso él antes de besarla—. Conoce a mi familia. Cásate conmigo. Tengamos hijos.

Matrimonio, hijos. El amor se había desbordado, y ella nadaba feliz entre sus aguas.

—Sí —murmuró Rebecca rodeándole el cuello con los brazos—. Sí.

Nunca olvidaría ese momento. El sonido de las olas rompiendo en la playa, el olor del océano, el latido de su corazón contra el de Dillon. El roce de sus labios.

De pronto recordó a la chica que estaba durmiendo en la habitación con los bebés.

—Teresa —dijo mirando a Dillon a los ojos—. No puedo dejarla todavía. Es demasiado pronto.

—No te preocupes —sonrió Dillon—. Vendrá con nosotros.

—¿Y ella lo sabe? —preguntó Rebecca arqueando las cejas.

—Lo sabrá cuando lleguen aquí los refuerzos.

—¿Refuerzos? —preguntó ella frunciendo el ceño—. ¿Qué refuerzos?

Alguien llamó a la puerta en ese momento. Bowie se levantó de donde estaba y se acercó a la puerta corriendo. Dillon atravesó la habitación con Rebecca de la mano y abrió.

—¡Hola, querido! ¡Oh, qué imagen tan bonita!

¡María!

Maleta en mano y con Juan detrás de ella, la mujer irrumpió en la habitación y le pellizcó la mejilla a Dillon. Luego le dio un abrazo a Rebecca, dejándola sin respiración.

—Dillon ha enviado una limusina a buscarnos —le dijo María a Rebecca—.

¿Puedes creerlo? ¡Como si fuera rico!

Rebecca miró a Dillon y éste se encogió de hombros. Al parecer, tendría que hablar con María pero, en ese momento, estaba demasiado excitada como para escuchar nada que no fuera su propia voz.

—¿Dónde está nuestra mami? —preguntó María.

—Ahora mismo está durmiendo —la informó Dillon tras cerrar la puerta mientras le acariciaba la cabeza a Juan.

—Bien —asintió María, y se quedó con la boca abierta al mirar a su alrededor—.

Caramba, tenemos muchas cosas que hacer. Juan, date prisa, pon agua a calentar para el arroz. Esta noche comeremos arroz con pollo.

María pasó por delante de ellos y Rebecca se quedó mirando a Dillon con cara de incredulidad.

—¿Cuándo… cómo?

—Antes —dijo Dillon encogiéndose de hombros—. Mientras tú estabas en la habitación del hospital con Teresa.

Rebecca sacudió la cabeza y observó cómo María comenzaba a husmear en las bolsas de la compra. Entonces volvió a mirar a Dillon y dijo:

—¿Hay algo más que deba saber?

Con una sonrisa, Dillon la tomó en sus brazos y dijo:

—¿Te he mencionado que te quiero?

—Sí —susurró ella—. Pero no me importaría escucharlo otra vez.

—Te quiero —murmuró él antes de besarla.

Tras ellos, Rebecca oyó a María suspirar y a Juan reírse. Pensó en Teresa dormida en la habitación, con sus bebes tumbados en la cama junto a ella.

Riéndose, besó a Dillon y supo que estaban todos en el lugar donde

debían estar.

—¿Ésta es tu casa? —preguntó Juan tres días después, cuando Dillon giró el coche por el camino de conducía a la casa en la que se había criado—. ¡Es una mansión!

—No es una mansión —dijo Dillon aparcando frente a la enorme casa de ladrillo—. Pero es grande, ¿verdad? Hay caballos en el corral, por si quieres ir a verlos.

Juan saltó del asiento delantero y Bowie lo siguió, desapareciendo ambos detrás de la casa. Dillon bajó de la furgoneta y observó la casa que había abandonado dieciséis años antes.

No había estado seguro de lo que sentiría al regresar allí. Si el dolor y la rabia producidos por el pasado serían capaces de empañar la felicidad que sentía en el presente. Pero el espíritu de su abuelo y de su madre era la luz que lo guiaba a través de la oscuridad, y Dillon supo que el legado de su amor viviría en él.

Observó el paisaje que lo rodeaba, las colinas que se extendían a lo lejos y los enormes robles. El olor a ganado y a caballos inundaba el aire de la mañana, y Dillon ansiaba poder cabalgar de nuevo. Desde la muerte de William Blackhawk, un equipo reducido de personas se había ocupado de mantener las tierras y la casa. Obviamente habían hecho un buen trabajo, pensaba Dillon al ver la pintura blanca y el barniz que recubría las puertas de entrada. Incluso habían plantado flores recientemente y estaba todo salpicado de margaritas amarillas y blancas.

Al oír el ruido de los neumáticos sobre la tierra, Dillon se dio la vuelta con una mezcla de excitación y nervios y observó la limusina negra acercándose a la furgoneta. Habían ido allí juntos desde Corpus Christi y habían tardado dos días más de lo que él había imaginado.

Había descubierto en los últimos días que los bebés tenían sus propios horarios.

El conductor de la limusina salió y saludó a Dillon con la cabeza, luego dio la vuelta y abrió la puerta del coche. María fue la primera en salir, con Cade en brazos, luego Rebecca salió con Carissa. Las siguió Teresa, quejándose y diciendo que no era una inválida, así que Rebecca le entregó a la niña. Dillon sonrió y estuvo seguro de que, si Teresa se hubiera negado a ir con ellos, aún estarían en Corpus Christi esperando a que cambiara de opinión. Por suerte, Teresa se había mostrado encantada.

—Ahora somos una familia —había dicho María mientras la abrazaba. Teresa se había puesto a llorar, más tarde Rebecca y, finalmente, todas habían acabado llorando y abrazándose. Dillon había abandonado la habitación antes de que intentasen contagiarlo a

él también.

María observó la casa con los ojos muy abiertos y luego comenzó a hablar muy deprisa en español. Seguía tratando de comprender por qué un hombre con tanto dinero había estado seis meses viviendo en su garaje.

Una de las puertas de roble que daba a la casa se abrió y apareció un hombre con traje color carbón y una corbata azul. Dillon subió los escalones del porche y le ofreció la mano.

—Peter —dijo—. Gracias por venir.

—Un placer —dijo el albacea con una sonrisa estrechándole la mano—. Espero que todo sea de tu agrado.

—Dejaremos que las mujeres decidan eso —dijo Dillon, observando cómo las tres mujeres subían los escalones—. Yo aquí no puedo juzgar objetivamente.

—Señoras —dijo Peter haciendo una reverencia—. Bienvenidas a Circle B.

Mientras el conductor de la limusina descargaba las bolsas y las maletas, Peter acompaño a María y a Teresa a sus habitaciones. Dillon agarró a Rebecca antes de que pudiera marcharse y la llevó al vestíbulo.

—Te he echado de menos —dijo él colocándola contra la pared antes de besarla.

Ella se dejó llevar y, para cuando Dillon apartó la cabeza, estaba casi sin aliento.

—Sólo han pasado dos horas —susurró ella rodeándole el cuello con los brazos.

—A mí me han parecido dos semanas.

Con una sonrisa, lo besó y luego miró a su alrededor. El suelo de mármol de la entrada era de un blanco brillante y había una mesa redonda de madera junto a la escalera con un jarrón de flores recién cortadas. El aroma de las rosas y de los liliums se mezclaba con el olor a limón del suelo.

—Yo solía ayudar a mi madre a encerar la madera de las escaleras —dijo ella—.

Una vez me deslicé por la barandilla sin que nadie me viera.

—Yo también lo hice una o dos veces —dijo él con una sonrisa.

—¿Crees que nuestros hijos también lo harán? —preguntó Rebecca acariciándole el pecho con un dedo.

Él le agarró la mano y la miró a los ojos.

—¿Quiere eso decir que quieres ser la esposa de un ranchero?

—Quiero ser tu esposa, Dillon —contestó ella—. Sin importarme adonde me lleve eso. Wolf River, Resolute, Tombuctú. No me importa,

siempre que tú estés conmigo. A mi hermano y a mi hermana no les hace especial ilusión que abandone Boston, pero Sean tiene un avión. Podrán visitarnos siempre que quieran.

—Construiré una pista de aterrizaje —dijo él antes de besarla una vez más—.

No me hagas esperar demasiado, cariño. He estado una vida entera esperándote.

—Apuesto a que esto es muy bonito en otoño —dijo ella—. Una boda en otoño sería genial.

—Entonces en otoño —convino él, y oyó a María en el piso de arriba diciéndole a Teresa que necesitaba descansar mientras los bebés dormían—. Cuando María descubra que hemos fijado una fecha, no habrá quien la detenga.

—Lo sé —dijo Rebecca con brillo en la mirada—. ¿No es maravillosa?

—Sí, supongo que sí —convino él, y le robó otro beso largo y apasionado. No pensaba que pudiera esperar hasta el otoño.

Tampoco pensaba que pudiera esperar a estar a solas con ella para demostrarle lo mucho que la quería. Decir que los últimos tres días habían sido un caos, era quedarse corto, a pesar de haber sido un caos agradable. Al ver a Rebecca tomar en brazos a los gemelos de Teresa, se había sentido ansioso por tener sus propios hijos.

Sólo con pensarlo, sintió un vuelco en el corazón y abrazó a su futura esposa con más fuerza.

Dillon levantó la cabeza al oír que alguien se aclaraba la garganta y vio a un hombre de pie en la puerta. Llevaba vaqueros y una camisa. A su izquierda, también con vaqueros y camisa blanca, había otro hombre. A su derecha, una mujer con pantalones negros y una blusa azul.

No cabía duda alguna de que los tres llevaban los genes de los Blackhawk.

Tenían el mismo pelo oscuro, los mismos pómulos y la misma piel morena.

Dillon había estado esperándolos pero, ahora que estaban allí, empezaron a sudarle de pronto las manos y se le quedó la boca seca. Se enderezó, se apartó de Rebecca y se acercó al hombre que tenía enfrente.

—¿Rand?

Rand asintió y Dillon miró al otro hombre.

—¿Seth?

Seth también asintió y entonces Dillon observó a la mujer.

—Elizabeth.

—Ahora me llamo Clair —dijo ella con una sonrisa que iluminaba sus ojos azules—. Pero éstos a veces me llaman Lizzie.

—Ésta es Rebecca —dijo Dillon acercándose a ella.

Dillon observó la ilusión en sus ojos al observar a los hermanos Blackhawk.

—Tus primos —susurró ella.

Dillon le pasó un brazo alrededor de la cintura y la apretó contra su cuerpo.

Tenerla cerca hacía que aquel momento fuese perfecto. Hacía que fuese completo.

—No —dijo Dillon mirando a Rand—. Mis hermanos y mi hermana.

—¿Tus hermanos y tu hermana? —repitió Rebecca—. No lo comprendo.

Dillon se pasó una mano por la cabeza y suspiró. Sabía que no iba a ser fácil explicarlo. Él había tenido tres días y ni siquiera estaba seguro de comprenderlo.

—Mi madre estaba embarazada de mí cuando se casó con mi… cuando se casó con William —comenzó tratando de encontrar las palabras adecuadas—. William sabía que yo era hijo de su hermano Jonathan, que mi madre amaba a Jonathan y no a él, pero no le importaba. Casarse con mi madre y criarme a mí fue su modo de vengarse.

—¿Vengarse por qué? —preguntó Rebecca.

—William siempre había sentido celos de sus dos hermanos —explicó Dillon—.

Jonathan y Thomas eran más listos y más fuertes y, en la mente retorcida de William, pensaba que mi abuelo los prefería.

—Pero, si Jonathan era tu padre, ¿por qué no te reclamó? ¿Por qué no…? —

Rebecca se detuvo, miró a Rand y se mordió el labio—. Lo siento, no es de mi incumbencia.

—No tienes por qué sentirlo —dijo Clair suavemente, dando un paso al frente

—. Si no hubiera sido por ti y por el diario de tu madre, ninguno de nosotros estaría aquí ahora. Tú has vuelto a juntarnos, Rebecca. Te estaremos eternamente agradecidos por eso.

—Lo que hizo mi madre es imperdonable —dijo Rebecca sacudiendo la cabeza.

Clair sonrió y dijo:

—Fue como se suponía que tenía que ser. Pero, en cuanto a tu pregunta, Jonathan no sabía que Mary estaba embarazada. Habían

estado saliendo durante muy poco tiempo cuando conoció a mi madre y se enamoraron. Mary sabía que había perdido a Jonathan, pero se casó con William para que Dillon pudiera llevar el apellido Blackhawk que, por derecho, le pertenecía. Nunca le contó a nadie la verdad.

—Pero, si no se lo dijo a nadie —dijo Rebecca frunciendo el ceño —, ¿cómo lo sabéis vosotros?

—León Waters —dijo Dillon—. Después de que mi madre muriera, William se emborrachó y cometió el error de confiarle a León su secreto. León trató de hacer un trato conmigo cuando lo arrestaron. Fue lo suficientemente estúpido como para pensar que yo lo ayudaría a conseguir una sentencia menos severa si me decía todo lo que sabía. Le dije que se fuera al infierno y, entonces, llamé a Rand.

Dillon sabía que el odio de William Blackhawk les había costado caro a Rand a Seth y a Clair. Les habían mentido y vendido como si fueran ganado. Sus vidas habían cambiado por completo. «¿Cómo pueden mirarme a mí y no ver a William?», pensaba Dillon.

Fue como si la casa de repente hubiera tomado aliento y se hubiera quedado conteniéndolo. Dillon observó a su hermano levantaba la mano y sonreía.

—Bienvenido a casa, Dillon —dijo.

Dillon le estrechó la mano a Rand con fuerza y sintió cómo la casa volvía a respirar. Sintió cómo él mismo volvía a respirar. Hubo más apretones de manos, abrazos y lágrimas.

«Ya ha acabado», pensó Dillon.

—¡Dillon!

Se dio la vuelta y observó a Teresa bajar corriendo por las escaleras abrazando un marco de fotos de madera contra su pecho. Tenía los ojos muy abiertos y las mejilla sonrojadas. Se quedó parada a medio camino en las escaleras al ver a la gente en la entrada.

—Lo siento. No sabía que tenías compañía.

Cuando comenzó a darse la vuelta, Dillon subió corriendo las escaleras y la tomó del brazo. La llevó abajo y la presentó a todo el mundo.

—No quería molestar —dijo Teresa educadamente—. Puedo hablar contigo más tarde.

—¿De qué? —preguntó Dillon. Le quitó el marco a Teresa y observó la fotografía. Era una imagen de su abuelo vestido con un traje ceremonial. Una foto tomada un año antes de su muerte—. Es mi abuelo, Red Father.

Teresa miró a todas las personas que había a su alrededor y luego dijo con mucha calma:

—Él estaba conmigo. Cuando me desperté después del parto y me

dijeron que mi bebé había muerto. Él estaba allí. Estaba observándome, ayudándome.

Teresa se sonrojó al contemplar el silencio a su alrededor. Luego tragó saliva y siguió hablando.

—Sé que parece una locura, pero era él. Lo sé. Incluso llevaba la misma ropa.

Dillon volvió a mirar la fotografía y vio el orgullo en la cara de su abuelo, que le devolvía la mirada. Se levantó una suave brisa que entró por la puerta y que pronto desapareció.

Se hizo el silencio entre todos los presentes. Un silencio que trajo consigo la sensación de paz y de armonía. Una sensación de equilibrio.

—Caramba —exclamó María mientras bajaba por las escaleras, y la paz se esfumó como el humo en el viento—. ¿Es que te criaron en un granero, Dillon Blackhawk? Cierra esa puerta e invita a la gente a pasar.

La mujer se autopresentó a todo el mundo mientras daba órdenes para que entraran al salón. Antes de que Rebecca pudiera alejarse, Dillon la agarró de la mano, la acercó a él y la miró fijamente.

—¿Lo has sentido?

—Sí —contestó ella con una sonrisa—. Lo he sentido.

—Estamos en casa, Rebecca —susurró Dillon antes de besarla—. Por fin, estamos en casa.

Fin